

II Antología de NARRATIVA

Relatos de humor

sin extrema-unción

de la Asociación de Escritores de Mérida



Consejo Nacional de la Cultura. Dirección General Sectorial de Literatura
Asociación de Escritores de Mérida. Fondo Editorial “Ramón Palomares”

**II Antología de Narrativa de la
Asociación de Escritores de Mérida
*Relatos de humor sin extrema-unción***

© 2006, Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela

Este libro ha sido financiado parcialmente por la
Dirección General Sectorial de Literatura del
Consejo Nacional de la Cultura (CONAC).
Asociación de Escritores de Mérida (AEM)
Fondo Editorial “Ramón Palomares”.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal LFO7420058004521

ISBN 980-6679-11-3

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley.

No puede ser reproducida, ni registrada o transmitida
por cualquier sistema de recuperación de información,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico o fotocopia,
sin el permiso previo, por escrito, del autor o de los editores.

Diseño e ilustración de carátula y diagramación interna:

Reinaldo Sánchez Guillén

reijosheg@yahoo.com

Impresión:

Myrs C.A., Mérida. myrsca4@yahoo.com

Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

ÍNDICE

Alcocer Fernández Luis A. (Madrid-España)	7
Andrade Raiza (Mérida-Venezuela)	16
Bertrand Lola (Asturias-España)	21
Cantalapiedra María Ángeles (Madrid-España)	28
Castillo Olivari Arcángel (Mérida-Venezuela)	34
Cati Cobas (Buenos Aires-Argentina)	38
Collar Alena (Madrid-España)	41
Díaz Ambrona Lola (La Coruña-Galicia)	45
Estrada Martha (Mérida-Venezuela)	50
Gamarra Stalin (Mérida-Venezuela)	54
García López Araceli (Palma de Mallorca-España)	62
González Xabier (Ourense-Galicia)	66
Krís-pin Mireya (Mérida-Venezuela)	77
Lázzaro María Luisa (Mérida-Venezuela)	86
López Marila (Sevilla-España)	94
Mármol Socorro (Málaga-España)	99
Martínez y Andrade Don Rodrigo (Mérida-Venezuela)	107
Martínez Llongueras Issa (Ciudad de México)	112
Mora-Morales Arturo (Mérida-Venezuela)	115
Parada José Gregorio (Mérida-Venezuela)	120
Pérez de Prado Belén (Pamplona-España)	131
Plata Enrique (Mérida-Venezuela)	138
Plata Ramírez José Miguel (Mérida-Venezuela)	146
Prieto Luis Enrique (Madrid-España)	152
Rangel Mora Pedro (Mérida-Venezuela)	159
Rodríguez Soriano René (Miami-USA)	167
Santaella Kruk Fedosy (Caracas-Venezuela)	171
Santiago Aletse (Cancún-México)	176
Uzcátegui Gómez Georgina Inés (Mérida-Venezuela)	181
Vega Olivencia Carmen Amaralis (Mayagüez-Puerto Rico)	188
Zurlo Andrea (Toscana-Italia)	194

ALCO CER FERNÁNDEZ LUIS A.

fatuorloxvi@yahoo.com

Escritor nacido en Madrid (1941), lector empedernido, consultor en una multinacional. Ha sido galardonado con: II Premio Concurso Internacional de Cuentos del Diario Regional y Caja de Ahorros de Salamanca 1969. Finalista del Premio Jauja de Cuentos 1970. Finalista Concurso de relatos, Diario “El Mundo”, Feria del Libro 2002. Ganador Concurso de Poesía, Diario “El Mundo”, Feria del Libro 2002. Ganador II Concurso de Poesía Generación del 27, Premio “Rafael Alberti” (Argentina) 2002. Finalista V Premio de Poesía “Leonardo Cercós” 2003. Finalista Concurso “Carta a un maltratador” 2003. Mención de Honor 2º Concurso Internacional Poesía ICL (Argentina) 2003. Mención de Honor 2º Concurso Internacional Cuentos ICL (Argentina) 2003. Finalista Premio Faroni de Relatos Hiperbreves 2003. 2º Premio X Concurso de Poesía “Puig de Missa” 2003. Finalista Premio Poesía CIPL, 2003. Finalista Premio Relato Breve “Ciudad de Viladecans” 2003. Finalista II Certamen Relato Breve Almiar 2003. Medalla de Mérito, Premio de Poesía “Lincoln-Martí” 2003 (Florida-U.S.A.) Distinción Especial al Mérito Literario, II Certamen “Mis Escritos” 2003 (Argentina). Finalista Premio de relatos “Juan Martín Sauras” 2003. 2º Premio XXVII Certamen de Cuentos “Benigno Vaquero” 2003. 2º Premio de Poesía “Rincón de Ronda” 2003. Accesit III Concurso de Relato Corto “Leopoldo Alas” Clarín 2003. Finalista Concurso Poesía Cadena-100 2003. Finalista Concurso de Cuentos “Yo Escribo” 2005.

OBRA LITERARIA: *Relatos desde la paranoia* (Alternativa Editorial, de Orense, Galicia, 2004). Tiene cuatro libros de poesía y otros cuatro de cuentos, inéditos, uno de ellos saldrá a la luz a primeros de Febrero. Ha sido publicado en diarios y revistas españolas, venezolanas, portuguesas y africanas. Ha sido publicado en varios números de la Antología Internacional Sensibilidades, Madrid, desde 2003 hasta 2005, donde ha sido autor invitado, también en diversos Foros de Internet. Es permanente colaborador de la web <http://rt002r3k.eres-mas.net>

ALCALDE

Tuve que dejar el coche a unos dos kilómetros de la primera casa del pueblo. No había camino alguno, sólo piedras de todos los tamaños, barro, desniveles... Uno corría el riesgo de dejarse el tobillo en cualquier agujero.

El hombre me vio a lo lejos. Salió a mi encuentro.

—Buenos días —le saludé.

—Hola, buenos días —respondió con un gesto de extrañeza, no debían ser habituales las visitas a un lugar tan perdido. Sin mayores preámbulos, me explicó:

— Mire, con motivo de las próximas elecciones municipales, en mi periódico estamos haciendo una serie de entrevistas a los candidatos a las alcaldías de los pueblos de la provincia. A mí me ha tocado venir a éste en el que, por cierto, su censo de población está registrado erróneamente ya que dice que, en su pueblo, sólo hay un habitante.

—Pues no señor, ya ve usted, no está equivocado; en este pueblo, desde hace varios años, no hay más habitante que yo mismo.

A mí me pagaban por pueblo visitado, así es que comencé:

— Bueno, yo había oído hablar de pueblos con pocos habitantes, pero con uno solo... De cualquier forma, si a usted no le importa, empezamos.

— Pues empezamos; usted dirá.

— Al ser el único habitante, será usted el candidato a Alcalde.

— Sí señor, lo soy.

— ¿Me dice su nombre?

—Me llamo Carlos Alberto.

—¿Y su apellido?

— Eso no lo sé. Mire, cuando nací estaba yo solo y no pude preguntar por mi apellido; además, tampoco me hubiera enterado mucho en ese momento... y ahora, pues ya me dirá usted a quién pregunto. Me lo podría preguntar a mí mismo, pero como sé que lo ignoro, me ahorro saliva.

— ¿Y el nombre... quién se lo puso?

— Me bauticé yo mismo. Tuve ciertas dificultades porque se me iba la cabeza para atrás, pero no lloré ni protesté. Lo peor fue tener

que sujetar el agua bendita y la vela al mismo tiempo. Entonces me puse solamente Carlos; años después al confirmarme, también yo a mí mismo, añadí lo de Alberto para no confundirme con otro, que ya sabe usted que Carlos hay muchos y como no tengo apellidos... Imagine que un día cualquiera llego al pueblo y me pregunto: "¿Está Carlos?". Y tengo que contestarme: "¿Qué Carlos?". Y, al desconocer mi apellido, no sé qué responder, pero si contesto: "Carlos Alberto", me digo "Ah, sí, soy yo"... Y ya me he encontrado. No sabe qué peso me he quitado de encima desde que me puse el segundo nombre; la de veces que me he quedado con la duda de "¿Me estaré preguntando por mí?".

—¿Y no se aburre usted siendo el único habitante de este pueblo?

— Pues, si quiere que le diga la verdad, a veces sí, pero no siempre. Es que, normalmente, hablo poco conmigo mismo. Algunas noches me cuento cómo he pasado el día... pero son las menos. Los sábados y domingos me juego una partidita a las cartas, al mus; casi siempre me gano, aunque luego no me pago... Es natural, me cabreo porque me veo las cartas... Ahora mismo, me debo más de seis mil euros que no sé cuando los voy a cobrar.

—¿Y, referente a divertirse, hace algo más?

— Sí, otras veces voy al bar del pueblo, pero, como soy el dueño y el camarero, cuando llego está siempre cerrado y tengo que esperar hasta que lo abro, y da igual la hora que vaya, sea más tarde o más temprano, siempre lo encuentro cerrado. Otras veces lo abro y espero en el mostrador, mirando la puerta, a ver si entro... y allí estoy horas y horas esperando... Entonces es cuando me aburro y cierro. No sé cuantos años llevo sin vender nada. He pensado hacer publicidad, para ver si me animo y paso a tomar algo... o poner otro negocio, que en esto del comercio nunca se sabe.

— ¿Y deporte... hace usted algún tipo de deporte?

— Hombre, modestia aparte, en carreras siempre soy el primero.

— ¿Carreras de qué?

— De todas las clases. Mire, en ciclismo he ganado seis veces la Clásica del Pueblo; la última vez, en una llegada al sprint muy apretada contra mí mismo, me alcancé en la misma línea de meta, gané por un tubular. Hubo una vez que entré primero, pero tuve que descalificarme

porque me había estorbado en la llegada. También, en atletismo hago carreras y, me da igual la distancia, siempre gano.

— ¿Y otros deportes...?

— Pues sí, varios, aunque en fútbol he tenido muchos problemas con los partidos. En el pueblo hay dos equipos, cada uno de ellos con un sólo jugador que soy yo y lo que sucede es que, normalmente, gana el equipo que saca el primero del centro. Le explico, si me toca sacar a mí, chuto muy fuerte en dirección a la portería contraria y, entonces, tengo que salir corriendo hacia adelante y ponerme de portero para intentar parar el balón... casi nunca llego a tiempo. Y, aparte, aquí no hay casi afición. Como el único aficionado soy yo, sólo puedo animar en los descansos del partido, pero como ya no estoy jugando, pues no me oigo. En los primeros partidos, lo alternaba; daba una patada al balón, subía a la grada y me aplaudía, bajaba a hacer otra jugada, volvía a subir y a animar... pero acababa muerto de cansancio. Bastante es ser, uno mismo, los dos equipos y el árbitro, como para ser también la afición. Por cierto, una vez estuvo a punto de haber un altercado muy serio; me hice un penalti a mí mismo y, además, tuve que sacar la tarjeta roja y expulsarme. Después, subí a la grada a insultarme...

"¡Árbitro, cabrón, cucaracha, vendido!", me gritaba; menos mal que la cosa acabó ahí, pero pasé algo de miedo. Tres partidos de suspensión me puse.

— ¿Algún deporte más...?

— También juego al baloncesto, pero menos que al fútbol; como sé cuándo y cómo voy a tirar, me pongo muchos tapones... Acabo siempre cabreado, me hago las cinco personales y salgo del campo.

— Hablemos de otra cosa... ¿ha hecho usted el servicio militar?

— No señor, soy objetor de conciencia; más que nada porque, si me voy, se queda solo el pueblo. No me presenté cuando me llamaron a filas. Un día vine a detenerme, pero me dije que había huido a América... Me declaré prófugo y, desde entonces, no paro de buscarme.

— ¿Está usted casado?

— Pues no. Estuve un tiempo muy enamorado de mí, pero todo acabó porque siempre he sido muy celoso... Pasaba todo el día vigilándome, me olía los pañuelos, las camisas, tenía que llamarme por telé-

fono cada cinco minutos, no paraba de hacerme preguntas... Al final, acabé odiándome. No me soportaba a mí mismo y decidí romper la relación... Yo creo que hice bien.

— ¿Y ahora...?

— Pues... lo normal, me veo de vez en cuando, pero prácticamente no me hablo... solo "hola" y "adiós".

— Bien, vamos a entrar en el asunto que me ha traído aquí, las elecciones municipales. Usted salió elegido hace cuatro años, por lo que veo con un solo voto. ¿Se va a volver a presentar para Alcalde?

— Sí señor.

— ¿Y espera salir elegido?

— No señor, no pienso votarme.

— ¿Y eso...?

— Por varias razones; mire, he descubierto que no tengo programa, además no me gusta y no estoy conforme con mi gestión. Desde que me voté y fui elegido, raro ha sido el día en que no haya tenido problemas. Por ejemplo, ayer mismo me manifesté pidiendo mi dimisión... Tuve que salir yo en persona a disolverme... y no estoy detenido porque salí corriendo y no me pude alcanzar. Le puedo decir que he producido alarma y desasosiego en la población, es decir, en mí. Me he gastado el dinero de los fondos reservados en loterías y quinielas y no dejo que el juez, que soy yo, abra una investigación.

—¿Algo más?

— Mire, ya que me pregunta, voy a quedar tranquilo con mi conciencia. También me he corrompido, soy un corrupto; me he quitado una multa que me había puesto por saltarme un semáforo rojo con la bicicleta, menos mal que no cruzaba yo en ese momento... Hay más cosas, no pongo sello a las cartas que me envío y, a pesar de eso, me las entrego. Lo que le digo, totalmente corrupto.

— Entonces, si usted no se vota, el pueblo va a quedar sin alcalde.

— No señor, no; ganará la oposición, que ya va siendo hora.

— Pero... ¿quién es la oposición?

— Yo mismo, voy a ganar y cambiar todo lo que he hecho.

— Bueno, pues ya he acabado la entrevista. Muchas gracias por todo, Carlos Alberto.

— De nada. Le invito a un vino, aunque ya verá como el bar está cerrado... Así le explico la propuesta que voy a hacer para subirme el sueldo de alcalde.

— Vamos.

— Vamos.

EL INNOMBRABLE

—Bueeenas noooooches...

—¡Ay, hijo, qué susto me has dado!

—Señora, no creo que nadie se asuste al oír decir buenas noches.

—No, si no es por eso; es que estoy aquí sola, esperando el autobús y llegas tú por detrás de mí, como si hubieras salido de debajo de la tierra... además, las “buenas noches” se dicen tal cual y no “bueeenas noooooches”, que ya son ganas de asustar, ya...

—Bueno, pues qué le vamos a hacer, es mi forma de ser. Mire, respecto a lo de salir de debajo de la tierra, ha acertado usted de lleno y en cuanto a lo de hablar asustando, no lo puedo evitar porque soy muy malo.

—No será para tanto, todos tenemos nuestras cosillas.

— A mí me lo va usted a decir... pero yo soy el peor de todos, soy la personificación de la maldad.

—No estés tan seguro, que yo conozco gente con muy mala sangre... por ejemplo, el otro día, la vecina del cuarto, que es una cotilla y una bruja...

—¡Calle!... yo soy infinitamente peor que todos los que usted pueda conocer. Mi maldad supera a la de toda la humanidad junta.

—

—Así es, no ponga usted esa cara de incrédula y créame.

—Pues bueno, pues vale, pues te creo... si eso te va a dejar tranquilo...

— ¡Basta de palabras! ¿Sabe por qué estoy aquí? ¿Usted sabe quién soy yo?

— ¿Cómo voy a saberlo si es la primera vez que te veo?... Pues debes ser alguien muy malo, por lo que cuentas.

—¿De verdad no sabe cuál es mi nombre?

—¡Qué pesado... que no!

—Pues... ¡Yo soy un Íncubo!

—... ..

—¿Qué... se ha quedado sin habla por el miedo? ¿Está aterrorizada?

—Hombre, el nombre es bastante feo, aunque original, eso sí... pero miedo, lo que se dice miedo, no da. Yo conozco nombres peores... sin ir más lejos, mi primo Danilo... también tengo un cuñado que se llama Ascasio... Venga, no te preocupes, que cosas peores hay en este mundo que llamarse Picudo o como sea, que ya se me ha olvidado.

— ¡Usted no entiende nada! ¡Yo soy Belcebú!

— Mira, eso sí comprendo que te moleste, porque llamarse Picudo Benelúx es como para tener un trauma de por vida. ¡Menudos cachondeos habrás tenido que aguantar en el colegio y en la mili!...Pero, te repito, asustar no asusta... si acaso da un poco de risa.

—¡Soy el seis, seis, seis!

—Ahora si que te doy la razón, también son ganas de hacerle la puñeta a uno... ¡Anda, que ponerte números como si estuvieran bautizando una línea de autobuses! No lo tomes a mal, pero es que hay padres que, con tal de ser originales, dejan a sus hijos marcados para toda la vida...

— ¡Usted está loca! ¡Soy el Gran Cabrón!

— Esto ya no; espera... que te estás pasando un pelín... Yo te estoy escuchando de buena fe, porque creo que tienes un problema con tus nombres y, por eso, te he tratado de animar buenamente; pero, si te empiezas a calentar la boca, “que si soy gilipollas o un cabronazo”, con perdón... pues no. Que estas cosas luego acaban mal. A mí, que tú te llames Seiscientos Catorce Peludo Marabú, pues... ¿qué quieres que te diga?... Que te acompañe en el sentimiento y no puedo hacer más. Pero, si me vienes con los problemas de tu relación de pareja, “que si me pone los cuernos”, “que si soy un cabrón”, “que si un amigo del trabajo”... mira, olvida eso, Setenta y Seis, yo te invito a un cafecito, hablamos del tiempo o de política, si quieres, y luego cada uno para su casita.

— ¡Soy Satanás!

—Claro, es muy normal que, con esos nombres, acabaran poniéndote un mote. Ahora, lo que no me gusta es mezclar cosas de la Iglesia... podían haberte puesto otro y no ese de El Sotanas... además, queda muy feo.

— ¡Bien, ya me cansé! ¡He venido por usted!... ¡Soy Lucifer, el Demonio, el Ángel Caído, el Príncipe de los Infiernos, el Rey de las Tinieblas y el Averno!... ¡Soy...!

— ¡Calla hijo, calla, que pareces una máquina! ¡Pues anda que no eres cosas! Y, si gritas, me pones nerviosa y no entiendo casi nada...

— Soy...

— ¡Que te calles, leñe, que vas acabar enfadándome...! Además, me parece que has dicho que te llamas Ángel y que te has caído... Pues, aparte recomendarte que tengas cuidado que las aceras están muy mal, resulta que me has estado tomando el pelo y, al final, te llamas Ángel, que es un nombre muy bonito y yo aquí, hablando mal de tus padres... pobrecillos.

— Por última vez... le digo que he venido para llevarla conmigo...

— ¡Nada de eso, majó! Bastante rato he perdido yo escuchando tus problemas, como para que nos vayamos ahora de paseo. Mira, busca una de tu edad, que yo no estoy para trotes... y cambia tu forma de ligar, que así no te vas a comer una rosca. Además, me esperan mis nietos para ir al cine y voy a llegar tarde... Ya nos veremos otra vez. Ah, y procura ser un poco más tranquilo, que tú no te ves, pero estás completamente rojo, parece que te va a dar algo.

— ¡Soy el Innombrable!

— Para mí que tú estás de coña... ¿Sabes lo que te digo?, pues que está muy feo que intentes tomar el pelo a una ancianita como yo. O sea, que primero me dices que te llamas de cien formas y, ahora, que eres el innombrable... pues menos mal, porque si no llegas a ser el innombrable hubieras necesitado el santoral para ti solo.

—

— Anda, que ya se me ha pasado el enfado. Toma esta estampita del Sagrado Corazón que está bendecida y seguro que te quita todos tus males... Pero ¿dónde vas?... ¡qué, no te llevas la estampita!... Desde luego, vaya un chico más mal educado, ahora resulta que quién tenía prisa era él.

—

— ¿Qué te pasa, hija mía, que vienes tan sofocada?

— ¿Es qué no has visto nada?...

— No, yo estaba aquí, hablando con un joven algo estrafalario.

— ¡Pues no me va a creer! ¡Ha sido en aquella esquina! ¡Cruzaba yo con dos amigas y ha pasado algo corriendo que hubiéramos jurado que era el Diablo en persona!

— ¡Ay, calla, calla, ni me lo nombres!... que no hay cosas que más miedo me den que las del Diablo. ¡Que Dios nos libre de él! Pero, tranquilízate, seguro que has visto mal. A mí también, a veces, me pasan cosas parecidas y es que una ya no ve muy bien, porque la edad es muy mala para estas cosas de los sentidos... La cabeza, gracias a Dios, me rige bien, pero...

ANDRADE RAIZA

raizaandrade@yahoo.com

Nació en Caracas (1945), narradora y cineasta. Socióloga, doctora en Educación. Directora y guionista de teatro y cine. Profesora Titular de la Universidad de Los Andes. Coordinadora del Postgrado en Propiedad Intelectual EPI/ULA. Fundadora y Coordinadora del Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo. Tutora de los Cursos de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI). Directora y Productora de Arcania: Territorio del Arte Breve, Mérida (Venezuela).

OBRA LITERARIA: *Venus pubísima*, relatos, con Prólogo de Rubén Monasterios (Mérida, Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, Capítulo Mérida, 1998). Ha publicado en las Revistas *Solar* y *Actual*. Tiene inédito un libro de relatos eróticos *Venus castísima* (2003-2005) donde continúa su exploración de las obsesiones femeninas. De ambos, se ofrece la siguiente selección.

SUSANA

Diez años de casados y Federico no entiende que no me gusta que me toque los senos que me ha costado demasiado alcanzar estos cuarenta y conservar mis tetitas aún erguidas desafiantes llamando a un amor imposible a estas alturas de la vida qué va ya ni lo intento me conformo con este Federico tan previsible y cotidiano que de tanta costumbre avisa sus ganas matando mi curiosidad de tanta costumbre hasta los olores se han transformado en hábito parece mentira pero a veces entro a la casa y no más entrar reconozco el aroma agrio de su deseo sé que esa noche me esperará al acecho cuando los niños duerman porque se acostumbró a evitar los sobresaltos de los primeros años claro que cada vez son más escasos los intentos para reiniciar esa batalla que lleva veinte años un forcejeo en el que pretende tomar por asalto mis colinas sagradas las que no dejé que hollaran ni siquiera mis niños recién nacidos cuatro de ellos con la suerte de una misma nana de leche y el último alimentado con soya porque a lo mejor me salió alérgico a todo lácteo de tanto resistirme a su manía de transformar a mis colinas sagradas en una burda fábrica de leche materna no qué va

demasiado me ha costado la inversión en cremas inyecciones masajes yesos y cuanto potingue salga en el mercado destinado a endurecer aún más mis senos el último bastión de una virginidad perdida a punta de hábito por eso siempre le repito la misma cantaleta a Federico ¡que no mijo! que te he dicho mil veces que si me tocas las tetas se me quitan las ganas ¿quieres tener una mujer de pechos flácidos como los de Herminia? ¿me vas a negar tu fascinación cuando tus amigos no pueden despegar su mirada de mis botones encendidos adosados a esas franelas que tanto te gustan? quizás por esa resistencia mía él ha sustituido el roce, las chupadas y manoseos de mis tetas por una manía de lamerme la vulva de una manera que verdaderamente Federico estoy por creer que el pobre carece de imaginación creo que hasta el amor le provoca aburrimiento siempre trata en un primer momento de alcanzar mis cimas y ante el asalto frustrado se va como derritiendo hacia mis oquedades se desliza así como sin querer y allí se queda postrado lamiendo con una suavidad felina que me provoca fastidio y ¡que va mijito! ¡si no me excito nada! si lo que siento es como si fuera una culebrita de esas verdes delgaditas igualita a la que encontramos ayer en el jardín años antes su caricia me daba cosquillas y hasta risa a lo mejor era mi risa la que lo excitaba porque en aquellos tiempos se subía de pronto con su pene erecto tiesísimo pero me penetraba con violencia dejándome impávida de tanta sorpresa hasta que dejé de reír si hasta eso hemos perdido verdaderamente la costumbre es una vaina ahora se queda horas allí lamiendo y sorbiendo un inocente minino con su lengüita reseca y sin temperatura sin saber donde tengo mis botones de encendido apagado of y on creo que no lo llegará a descubrir nunca ¿sabes? le da flojera dedicarse siempre anda así rapidito insistiendo en que ya son las once de la noche y mañana trabaja bien temprano tiene esa maldita costumbre de madrugar es un hombre de rutinas muy precisas canta por las mañanas en el baño sólo que entona la misma canción como un disco rayado todos los días la misma cantaleta y me pasa igual a lo de su lengüita fofa colocada allí como al desgano ¡siento un fastidio! no que va se quedará sin rozar mis senos esos los reservo para mí solita yo sí sé cómo tratarlos yo sé de las caricias que les gustan sé que ellos esperan porque saben que en algún momento cualquier día y en cualquier lugar bien si estamos bañándonos o mientras co-

cinamos o a veces en esa rutina exacta de limpiar nuestro cuarto algo nos avisará que estamos listos preparados para el amor a veces es tan solo un roce otras una sensación que surge desde adentro y dispara la alarma del on y entonces no hay excusa que valga ni llanto de niño que nos distraiga ni arroz quemado al medio día no que va no hay nada que pueda distraernos del encuentro si estoy en la calle corro al baño más cercano los tengo todos precisados en la ciudad y según la ruta que recorra llevo esos mapas secretos absolutamente memorizados los baños más seguros de las casas de los amigos y los bancos que no ponen obstáculos para prestar los tocadores de los empleados claro que descubrirlo me costó algún tiempo de investigación porque eso sí Federico a mí no me da flojera ni cansancio cuando del placer se trata por eso después de investigar abrí nuevas cuentas tú nunca entendiste por qué lo hacía insistías en lo útil que resultaba el banco ubicado en la esquina de la casa no que va cómodo para ti mijito que todo lo haces con desgano pero para mí no yo sí que debo estar preparada para responder al encendido de la alarma de mis pezones on on on y entonces así esté en la casa o en el mercado o en el nuevo colegio de los niños porque me vi obligada a cambiarlos repentinamente cuando el baño del viejo colegio se volvió inseguro y sucio porque este país se ha ido degradando de manera tan acelerada que resulta difícil encontrar espacios decentes pero volviendo al tema cuando se enciende el on estemos donde estemos la urgencia del llamado nos lleva a buscar la soledad y a veces casi ni alcanzo a quitarme la chaqueta y la camisa y el sostén a veces la urgencia es tal que las caricias comienzan sobre la tela y me concentro en ellos acariciándolos siempre de una manera nueva ellos iodian la rutina! mi señal más íntima la va dando el on of de mis pezones on y of y on y on hasta que debo humedecerlos para que no se agrieten así en ese roce amorosamente perfecto cierro mis ojos me desdoble en mí y mi vulva se humedece mis dedos pueden transformarse en verdaderas lenguas hasta que gimo con el placer profundo de ese amor por mí misma no que va Federico ¿tu crees que voy a dejar que profanes los templos donde ocurre toda esa maravilla?

JAVIERA

Javiera es mi cachifa mi empleada mi doméstica mi enfermera mi ayudante personal la verdad es mucho más que eso porque estoy condenada a una silla de ruedas debido a un accidente de automóvil en el que mi marido salió ileso pero yo sufrí una sección de médula que me paralizó de la cintura hacia arriba y parte de mis piernas apenas puedo caminar me resulta muy difícil porque como no siento mi cabeza ni mis brazos ni mi torso éstos se me caen hacia delante o hacia atrás de hecho resulta peligroso porque pierdo el equilibrio lo bueno es que mi parálisis no incluye el entendimiento ni el habla aunque esta última se oye extraña por la rigidez del cuello sale gutural como si hablara por micrófono un dos tres Javiera por favor preséntese a dirección o algo así parodiando el único micrófono que he oído en mi vida cuando a los siete años me citó la directora de la escuela a su despacho reclamándole que hubiera bajado las pantaletas de Cristina para presentarla al grupo de compañeras que escrutó cada pliegue cada sinuosidad de la cuquita de mi amiga todavía la recuerdo enrojecida de tanto manoseo ni qué decir lo absurdo que me pareció el castigo que me dieron y la cara de horror de mi madre de quien aprendí ese día que todo lo que tenga que ver con la curiosidad debe mantenerse oculto pero volvamos a Javiera esa vieja ociosa ella sí que es una aberrada sexual me tiene sometida a sus deseos más procaces sin que pueda rebelarme porque aunque suene paradójico Javiera representa mi único contacto con la vida de afuera ella tiene su rutina bien montada espera la salida de mi marido al trabajo condiciona mi desayuno a mi entrega matutina a sus perversiones me lava pero no es un baño común por el contrario Javiera me limpia con su lengua y mientras lo hace se va desnudando y se restriega sobre mí a veces me riega con su propia orina que siento caliente en esos pequeños espacios de mis piernas que aún conservan su sensibilidad y sobre todo en mi sexo ese sí absolutamente alerta quien sabe por qué maldita ocurrencia del destino se mantuvo vivo e intacto después del accidente quizás para que Javiera montara su rutina cotidiana en la que actúa como si cronometrara cada instante de esas mañanas de ocio cuando puntualmente no más mi esposo saca el automóvil para ir a la oficina se presenta en la puerta de mi dormitorio

intento hacerme la loca y no mirar pero ahí está ella en el dintel de la puerta con esa voz gangosa que me genera grima y asco buenos días señora cómo me amaneció hoy sí está bonita tiene su carita sonrojada ¿será que tenemos calor por aquí abajo? y diciendo eso lanza el primer roce como al descuido después comienza a doblar las sábanas abre lentamente las ventanas para anunciarme que se acercará sinuosamente al igual que hace todos los días rozando de manera intermitente mi sexo atemorizado que intenta replegarse sobre mí pero no puedo impedir que se alborote y se encienda en una añoranza a gritos de mi marido mientras mi voz de altoparlante intenta disimular y convencerla inútilmente de que no prosiga pero ella no hace caso de mis quejas matutinas por favor Javiera déjame descansar hoy pero no gano nada sino excitarla aún más de ser esto posible mi voz de robot la estimula a veces toma el plumero conoce los espacios vivos de mi cuerpo muerto y allí enfoca su goce sabe de mis miedos e insiste en penetrarme con el palo de la escoba en los únicos intersticios donde no perdí sensibilidad hoy me dice que jugaremos a las despedidas porque mi marido le informó que anda enamorado por ahí y que va a internarme mañana en una institución especializada en parapléjicos me toma por sorpresa esa profunda nostalgia que me invade y me sobresalto cuando escucho mi voz de altoparlante decir probando probando Javiera Javiera hago un esfuerzo para acallar los altavoces de mi garganta pero resulta imposible y mi voz de radio desgastado se solapa con el ruido del automóvil de mi marido regresando al estacionamiento y yo Javiera Javiera ino me dejes ir! Javiera Javiera iya no puedo vivir sin ti! pero Javiera no me escucha quizás por mis muslos que alcanzo a ver apretados fuertemente contra sus orejas

BERTRAND LOLA

lbertran@telecable.es

Nació en Gijón, Asturias (1950), ciudad costera del norte de España. Es madre de cinco hijos y abuela de cuatro nietos. Su vida se reparte entre su familia y su gran pasión: la escritura. Sus prioridades no están en publicar sino en escribir, por eso se auto edita, de manera artesanal, sus propios libros y se los regala a sus amigos.

OBRA LITERARIA: Ha publicado en seis libros colectivos, uno con el Círculo de Lectores, y los otros cinco con el foro extinto Sensibilidades. También tiene parte de sus trabajos repartidos en múltiples páginas personales de la red de Internet. Su bibliografía inédita se compone al día de hoy en: Una novela larga: *O somos gafes... o somos idiotas* (2002), dos novelas cortas: *Ula corazón de selva* (1993) y *Kabula, la isla de mis sueños* (1992), dos libros de poemas: *Cuatro páginas de niebla* (1998) y *Tres ráfagas de aire* (2005) y siete libros de relatos y prosas: *Historias de no se sabe dónde* I, II, III, IV, V, VI y VII Cada volumen contiene prosas poéticas, textos en prosa o relatos cortos (2000-2005). Web: <http://paginasdeniebla.no-ip.com>

EL DÍA EN QUE EL VECINO DEJÓ DE ASOMARSE A LA TERRAZA

La primera vez que lo vi, hace ya casi doce años, me llevé un susto tremendo. Jesús –pensé– ¡hay un hombre desnudo en la terraza! La verdad es que lo parecía. Era mi vecino de enfrente. La hora, tal vez, las siete y media de la mañana. Su atuendo: unos pantalones color marrón muy claro y... inada más! Sesentón largo, y calvito con gafas. De estatura media-baja y con cara de miope bonachón.

Bueno, –me dije– ya he conocido a mi primer vecino y ha tenido que ser el de enfrente. Su terraza (más bien terracita) estaba a unos escasos 5 metros, frente a la mía. La calle donde vivimos es pequeña y estrecha. No exagero, juro que no exagero ni un ápice, céntrica, eso sí, pero por mucho que preguntes no la conoce nadie; y cuando explicas dónde está, siempre acaban en la calle de al lado.

Pero, vaya, no quiero irme por otros derroteros, el caso es que por mucho que uno intente disimular, ¡es imposible no verse!

Aunque no sea esa tu intención te metes casi de bruces en la casa del otro. He llegado a conocerla tan bien como la mía, o mejor quizás.

Su cocina, salita, pasillo y recibidor no tienen ya secretos para mí. Y no es que una sea una cotilla y una fisgona como tantas que conozco, que va, lo que pasa es que es imposible no verla: no voy a cerrar los ojos, ¿verdad? Las habitaciones de atrás no me las sé, ilo juro por Dios!

Ese primer día lo observé de reojo, inseguro que él me observaba a mí también! Porque... si no, ¿qué hacía a esa hora, casi de noche, asomado a la terraza de una calle desierta?

Será casualidad –cavilé–, y no le di más importancia. Pero a lo largo de todos estos años, aunque no se lo pueda creer nadie, cada vez que me asomaba a la terraza veía al vecino que entraba o salía, o miraba o pensaba.

Vivirá en la terraza, me dije a menudo, a lo mejor no quiere manchar nada porque es un maniático de la limpieza, de esos que se ponen dos trapos en los pies y andan como deslizándose por encima del parquet. Sería capaz de poner la mano en el fuego al asegurar que, a lo largo de todo este tiempo, el vecino ya me conoce mejor que yo misma. Sabe, no me cabe la menor duda, cuándo me acuesto o me levanto. Creo que me cronometra o que pone el despertador. Algo tiene que hacer, porque tantas casualidades no existen.

También sabe cuándo como, o si hago régimen; cuándo estoy contenta (canto, a grito pelado, mejicanadas) o cuándo estoy triste (lloro desesperadamente con los culebrones). En fin... conoce todo mi guardarropa combinado de todas las maneras posibles y... hasta mi ropa interior. A estas alturas, el vecino, ya es como de la familia. Seguro que me considera hacendosa: cocino, friego, lavo, plancho, escribo, leo. En cambio yo, de su vida, lo juro, no sé nada. Bueno, sé que está constantemente asomado a la terraza, y eso me intriga, me intriga muchísimo.

Cuando mi primer hijo tuvo la suficiente edad para darse cuenta de las cosas (unos tres años más o menos) y empezó a asomarse a la terraza, lo primero que vio fue, por supuesto, al vecino, y como todos los niños, en su bendita inocencia, gritó:

—Mamá ¿quién es ese señor que está ahí mirándonos?, y yo le contesté bajito:

—Calla, hijo, es el vecino.

—¿Y por qué está siempre asomado a la terraza?, preguntó mi hijo aún más alto.

—No lo sé (pero me gustaría saberlo, pensé) seguramente le guste tomar el aire, le contesté yo más bajito todavía. En fin, los años fueron pasando y mi hijo se fue acostumbrando a que prácticamente vivíamos con el vecino de enfrente, y en numerosas ocasiones se divertía haciéndole gestos y bromas desde lejos.

A menudo nos retábamos a las horas más intempestivas, diciéndonos: "¿Qué te apuestas a que salgo a la terraza y el vecino está asomado a la suya?". Era apostar por apostar, pues todos sabíamos perfectamente que el vecino estaría allí, haciendo cualquier cosa, puntual a nuestra cita.

No sé qué cosas hacía con tanto trasiego: entraba, salía, miraba arriba, abajo, a un lado, al otro. En fin no parecía estar haciendo nada importante... nunca supe qué pensaba. Y lo que es más raro e intrigante del todo... nunca me dirigió una mirada, un saludo, una sonrisa; es más, me daba la impresión de que me eludía (el cara a cara, por supuesto).

Ahora, desde hace un par de días, el vecino no sale a la terraza, y eso me ha puesto tremendamente nerviosa, inquieta y desasosegada. Salgo a las horas más inesperadas a ver si lo pesco, pero nada, ni rastro de él. ¿Qué puede haberle pasado? ¿Se habrá volatilizado? ¿O muerto? Pero, que va, me habría enterado, seguro... Yo me entero de casi todo.

Al fin he podido resolver el misterio de la desaparición del vecino, comprando en la frutería de enfrente (donde una se entera de casi todas las cosas). El pobre hombre, desesperado porque una vecina cotilla llevaba años espiándolo, se mudó de casa. Lo que no he podido averiguar es el nombre de la vecina cotilla...

No dejo de repasar la lista mentalmente pensando: ¿quién será?... Ahora me siento triste mirando su terraza vacía y me digo: ¿vendrá pronto un nuevo vecino... para espiarme?

POBRE PERO HONRADA

Me llamo Mari-Lola y soy pobre, ya sé que esto no se anda pregonando por ahí, pero como encima soy muy honrada necesito proclamarlo a los cuatro vientos. Es algo así como los alcohólicos anónimos que no

toman conciencia de lo que les ocurre hasta que no dicen en voz alta, y ante una nutrida concurrencia: ¡soy alcohólico!

El caso de la cuestión es que siempre tengo problemas monetarios, y, que, cuando llegan unas fechas que en la televisión dicen que son especiales, aún más.

Escucho la radio y los pelos se me ponen de punta, de punta y resacos de impotencia, ya que el locutor, muy serio (por eso sé que no es una broma) dice que durante este período, quince días más o menos, cada español se va a gastar unos trescientos euros por cabeza. Yo me puse a hacer la cuenta de la vieja, hasta ahí llego, y como en casa somos cinco me salían mil quinientos euros en total: casi me da un patatús.

—¿Habrán bebido a estas horas de la mañana?, —pensé—, o a lo mejor es el día de los inocentes.

Corrí al calendario, uno que me trajo mi Pepe, de un garaje que conozco, y allí ponía bien clarito: veinticuatro de Diciembre.

Por lo que he podido escuchar “es una noche muy buena”, o sea que todo tiene que estar perfecto en todos lados. Casi me da un infarto de la risa, y mira que a mí reírme, en estos tiempos, me cuesta un montón.

En las noticias de las diez, que escuché con suma atención, hablaron de unos terremotos no sé dónde; atentados a diestro y siniestro en unos países llenos de árabes; tres accidentes de tráfico con más de doce muertos en las carreteras de mi país... Se me antojó que lo tenían crudo para que la noche les saliera bien...

En fin que pensando y pensado que “nosotros” no podíamos ser menos que el resto del bloque de vecinos, decidí ir al mercado y “estirarme” (ya estoy descoyuntada, pero bueno) un poco. Esa noche que “tenía que ser buena” cenaríamos como señores...

Me voy a la cama, acabo de recogerlo todo, ya he dicho (creo) que soy pobre, pero honrada y trabajadora. La cena no salió “exactamente como yo pensaba”; el menú al que pude acceder fue: crema de gazpacho, pollo al horno con patatas (de paquete para los niños) y ensalada de lechuga (hay que ver qué caras están las hortalizas) para los mayores, y de postre Mousse de chocolate y nata (venden unas copitas transparentes muy monas y baratas, pero como no me fío de lo que llevan dentro, compré sólo cuatro, yo me abstengo de postre) Como sorpresa “especial”, un Lacasito debajo de la servilleta de cada uno (a

todo el mundo le gustan los Lacasitos, ¿o no?).

La cena se la comieron toda (donde hay hambre....), ni siquiera preguntaron lo que era, pero... los Lacasitos.

Mi suegro, Lacasito rojo, (ochenta y dos años y todas las enfermedades del mundo) dijo:

—Jolines, Mari—Lola, ¿hoy también me toca la pastilla del reuma...?

Mi Pepito, Lacasito azul, (dieciséis años muy bien llevados), lo miró largamente y comentó:

—Mamá, pero maaaaá, ¿que es esto, un “tripi”?

Lolita, Lacasito rosa, (quince años muy exuberantes), dudó antes de tragárselo y me susurró:

—Mamá, que ya tengo anticonceptivos en la mesilla de noche, mira que eres precavida, jopeeee....

Mi Pepe, Lacasito marrón, (con dos copas de más, o tres, como siempre), ni siquiera lo tocó, masculló para sus adentros algo de que ya había entrado el gato del vecino por la ventana a dejarle su regalito sobre el plato...

Yo, Lacasito blanco, (pobre, pero honrada), me comí el mío con toda dignidad y me fui a la cocina, ni siquiera les contesté, ¿para qué...?, ni les interesaba, ni habrían escuchado mi respuesta.

En la calle hacia mucho frío, mucho, seguramente que “alguien” hubiera apreciado, más y mejor, mis Lacasitos...

(Entre las sábanas, gastadas de tantos lavados, sueño que soy una princesa, pero lo sueño cada noche, no en una fecha fija en el calendario, además... es gratis.)

(Lacasitos: chocolate recubierto por caramelo, en forma de píldora y, cada uno, de un color diferente).

¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Uno de octubre, 11:30 pm

Llevo ya más de media hora, con el teléfono en la mano, sin decidirme a llamar. He marcado el número un par de veces, pero al llegar al último dígito he colgado...

Todos los años me pasa lo mismo, ¿qué le digo...?

Amelia y yo, somos mellizas. Ella nació el día uno de octubre a las 23:55 y yo, el 2 a las 12:13, por lo cual cumple los años un día antes que yo ,y... eso me da fuerza y poder ante sus ojos, lo quiera o no... yo soy un día más joven. Durante años esa circunstancia la ha sacado de quicio, y... sacarla de quicio es para mí un placer...

Bueno, ¿qué hago?, ¿la llamo...?, ¿no la llamo...?

A ver, son las 11:45, seguro que estará en misa o rezando el rosario; Amelia es una beata de mucho cuidado: va a misa todos los días y reza tres rosarios, uno de ellos por la salvación de mi alma.

Yo se lo agradezco, porque en el caso de que posea alma ya tengo el cielo asegurado, o al menos el purgatorio...

Todas estas teorías las he sacado de Amelia, las mías son mucho más esotéricas.

Ella es la buena y yo la mala (eso han dicho siempre las cotillas de barrio...)

Pero el caso es que su marido la dejó por..., bueno esa es otra historia: su marido la dejó, y el mío en cambio se murió solito, (esta es otra de esas cosas que la reconcomen por dentro, lo sé...), porque no es lo mismo ser una respetable viuda, que una vulgar abandonada.

Las 12:00, voy a llamar, seguro que ha vuelto de la iglesia...

—¿Está la señora Amelia B.?

—Sí, soy yo, ¿quién la llama...?

—Soy Lucía, tu hermana, te llamaba por...

—¿por...?

—Mujer, por tu cumpleaños, como verás no he dejado pasar ni uno...

—Ya, ya lo sé, tú siempre tan...cumplida...

—Te estás haciendo vieja, Amelia, son por lo menos...

—¡Ni se te ocurra nombrar la cifra!

—Descuida, hija, sé perfectamente que son un montón...

— No tantos, mañana te recordaré cuántos son... los tuyos...

(Si será “cabrona”, —pienso—, ¿a qué viene a sacar a relucir mi edad si el cumpleaños es el suyo...?)

—Por cierto, ¿qué tal estás?

—Estupendamente, mejor que a los quince años...

(¡Hala!, qué exagerada, seguro que hasta se lo cree, siempre ha sido una simple de cuidado...)

—Pues no son esas las noticias que tengo, me han dicho que has envejecido prematuramente y... que las arrugas ya no te caben en la cara... Además has dejado de teñirte el pelo porque se te caía...

—¡A míí...!, no tengo ni una arruga, para que lo sepas, he heredado la piel tersa de la pobre mamá, no como otras... Y si no me tiño es por que el pelo blanco da madurez y elegancia a la mujer... (seguro que no se tiñe porque el cura le ha dicho que eso son vanidades mundanas.. si la conoceré yo...)

—Bueno, bueno, no te exasperes, yo solamente te llamaba para felicitarte por tener un año más. ¡Feliz cumpleaños, Amelia!

—Tú siempre tan cumplida, Lucía, gracias y hasta mañana...

Ufff, por fin he pasado el mal trago, pienso que he salido muy airosa... Ella vive en Vallecas y yo en Alcorcón (demasiado lejos para vernos cada dos por tres...)

Hace veinte años que Amelia y yo no nos vemos: desde que...

Pero, eso sí, nos llamamos todos los años los días 1º y 2 de octubre para desearnos: ¡Feliz cumpleaños! Es mi única herman...

(Les confieso que, para mí, la familia es lo más importante del mundo...)

(Vallecas y Alcorcón son dos barrios periféricos de Madrid).

CANTALAPIEDRA MARÍA ÁNGELES

angeles_cantalapiedra@yahoo.es

Nació en Madrid, España (1960), Licenciada en Historia y Geografía de la Universidad de Valladolid. Ha sido galardonada con dos premios en la categoría de minificción en Ficticia.com, Ganadora del concurso “Karma Sensual”, 2005, con el relato “El tren de las colinas del té”. Convocado por la argentina Marta Roldán y publicado por la Editorial Taller del poeta (Pontevedra, España) junto a otros textos eróticos. Figura entre los miembros fundadores del Forum de Letras Libres y creadora de la página: “Sensillamente libre”:
http://es.groups.yahoo.com/group/forum_letraslibres
<http://sensillamente.diariogratias.com>

OBRA LITERARIA: Tiene varios relatos largos y breves, inéditos. La mayoría han sido publicados parcialmente en diversas antologías, revistas y foros de Internet. Ha colaborado en uno de finales de la novela Mudayyan, de Xabier González, editada por Alternativa Editorial (Ourense, Galicia, 2005). Una selección de su narrativa fue publicada en la Antología de Oro, de Sensibilidades (Galicia, Madrid, 2005). También en la *I Antología Internacional de Forum Letras libres* (Pdf, 2005). Fue colaboradora habitual en la revista Sensibilidades.

LOLA Y LAS POMPAS FÚNEBRES

¡Qué desvergüenza! ¡Qué desfachatez!... Es que ya no hay lo que hay que tener, se han perdido las formas, estoy indignadísima. Ahora bien, esto lo arreglo yo en un periquete. A Lola no se le hace esto, porque es una tía legal; bueno, a veces a lo mejor me desvíó un poco pero, a grandes rasgos, estoy im-po-lu-ta.

¿Que qué me pasa? Por favor, por favor, dejadme que os cuente. Enciendo un cigarrillo, un momentito... ya. Me he cogido una copa de cazalla, me relaja mucho. Como os decía...

¿Sabéis qué día es hoy? Domingo. ¿Y qué dijo Dios cuando creó el séptimo día? Que hay que descansar... Pues no. Las ocho y cinco de la mañana, suena el teléfono. Me digo a mí misma, mismamente: Lola, alguien ha estirado la pata, no son horas, como no sea para contar una desgracia... Voy a la habitación de Peluche, —el niño está—, me rela-

jo, pero el teléfono zumba qué zumba, ¡qué pesado! Voy al dormitorio de Anticristo, —dormidito, respiro tranquila— pero dale que dale que toma, el ring ring sigue. ¿No se quedará afónico? De pronto pienso, muy dormida, ¿eh?, ¡ay!, va a ser mi madre, que alguno de sus periquitos se ha muerto. Entonces cavo mi propia tumba y descuelgo:

—“Di a Pepe que se ponga”— ¡Coño! ¿De quién es esa voz tan familiar y de paso tan maleducada que no da ni los buenos días?

—No oigo, hay interferencias. ¿Quién dice que es?

—Soy Plegaria, la jefa de Pepe— ¡Ostras, la gorda en versión dominical!

—Está dormido. Me prohibió que le despertara en todo el día. Llama mañana. ¡Adiós!— No la dejo hablar y cuelgo. ¡Já! Al segundo ya está de nuevo el puñetero ring ring. Lo dejo que suene, pero tanto ring, mi Pepe se levanta y descuelga. Yo me pego a él todo lo que puedo; es que me quiero enterar de lo que hablan, no por ser cotilla, que lo soy, ¡ojito con pensar mal de mí!... Una pérdida de tiempo, no oigo nada y mi Pepe me hace un resumen al finalizar.

—Lola, me voy. Ha llegado un pedido de ataúdes y hay que llevarlos urgentemente al tanatorio.

—Es domingo, Pepe, tu día libre. ¿No pueden esperar los muertos hasta mañana? Y si no, que vaya la gorda a llevar los sarcófagos.

—Lola, deja de decir bobadas.

—Perdona... ¿Vas a tardar mucho? ¿Te preparo una tartera con patatitas ricas, ricas?

—No, déjalo, me invita a comer y vendré tarde.

—¡Pero, cómo qué...! Un poquito de... por favor, Pepe. En esta familia nuestra los domingos se come juntos. Además, ¿qué es eso de que vendrás tarde? Acaso una vez metidos en los sarcófagos, ¿veláis con los familiares? Es que no lo entiendo, Pepe, no lo comprendo, dame ahora mismo una explicación razonable para que te pases el día del Señor con la gorda.

—¡Hasta luego, Lola!..— ¡Anda! ¡Que se ha ido! Como os lo cuento, ni más ni menos. Pero mi cerebro audaz pronto se ha puesto a maquinarse y he despertado a los niños.

—Niños, ¿queréis ganar un euro extra?

—¿Eh? ¿Cada uno o a compartir?— Con el usurero de mi hijo pequeño no puedo negociar. Voy al monedero y miro lo que tengo. ¡Mal empezamos! Veinte céntimos.

—Un euro cada uno.

—Mamá, el dinero por delante— Sigue el pequeño dando leña al mono, ¿a quién puñetas se parecerá?

—No, no. Os doy un adelanto de veinte estupendos céntimos. Cuando hayáis hecho el trabajito os cobraréis el resto— ¿De dónde voy a sacar el dinero? Hoy es domingo y los bancos están cerrados... Bueno, se lo cogeré a Pepe, siempre tiene dinero.

—Mamá, ¿te quieres quedar con nosotros? Además, ¿qué trabajo es ése?

—Muy sencillo, hijos míos, ¿os acordáis de aquel set de espías que os trajeron los reyes payos hace cinco años?

—Mami, ¿tú flipas? Yo no salgo a la calle a hacer el ridículo, uno tiene su reputación, si tú no la tienes es problema tuyo— Peluche tan agradable como siempre.

—Os subo a euro con cincuenta a cada uno.

—Dos euros y cerramos el trato. Siempre termino pringado, menudo cómo me va a salir el domingo, bueno a mi Pepe que es quien va a pagar la broma.

—Vale, trato hecho. Coged los prismáticos y los pasamontañas. ¿Quién de los dos escribe más rápido?

—Peluche.

—Bien, toma nota de todo, ¿entendido? Hasta si van a hacer pis.

—Pero, ¿tomar nota de qué? ¿A quién hay que espiar?

—A papá y a la gorda.

—Un poquito de... por favor mamá, — de nuevo Anticristo dando por el traserillo— si esa es la misión, de dos euros nada monada, han de ser tres con cincuenta cada uno—¡Coño! con el niño...

—Vaaaaaaaaaale, pero iros de una vez.

He pasado el día sola, sí, como lo leéis, comiéndome los muñones. Y diréis... Pues es de no creer, estoy alucinando pepinillos aún. Han aparecido a las doce menos cuarto de la noche. ¡Los tres juntos! Riéndose, contándome lo bien que se lo han pasado: la gorda les ha llevado

a comer y a merendar, les ha dejado pedir de todo. ¡Dios mío! Se van a poner tan focas como ella. Y mis riquísimas patatas lighth de plantón... No hay derecho. Para colmo dicen que es simpática. ¡Y una mierda! Eso sí que no me lo creo ni harta de cazalla, que por cierto casi me he bebido la botella entera con tanto nervio junto.

Ya en la cama va mi Pepe y dice:

—Los niños hoy estaban encantados contigo. Me han contado que les has dado a cada uno tres euros y medio extras por no hacer nada. No me dejas de sorprender, Lola.

—Ni yo Pepe, a cada minuto me sorprendo a mí misma misma. Por cierto, ¿tienes siete euros para pagar unas deudillas?

LOLA, LA REINA DEL MAMBO

¡Joder, qué depresión! Acabo de llegar del ginecólogo, esos hombrecillos cuya obsesión es ver traseros y tocar tus dos partes más sobresalientes en busca de cosas raras, y me ha dicho: "Señora, está usted menopáusica perdida". ¡A mí! ¡Y una mierda! ¡No se lo cree usted ni de broma! Va a saber más que yo... En fin, que me he puesto como una energúmena. Él, pacientemente, ha esperado a que destilara sapos y culebras, y cuando ha visto que hacía yo una pausa, el muy desnaturalizado ha vuelto a la carga: "La vida no se acaba, es otra faceta". ¡No te jode! ¡Se creía que iba a arreglar lo que me había dicho! Me han dado ganas de no pagarle, pero su enfermera me estaba esperando como un pobre en la puerta de la iglesia. Ya le he dicho que no se merecía ese marido —porque la mujer es la enfermera— que no se puede ir por la vida llamando viejas a las mujeres. ¿Pero quién se ha creído que es él? Además, para colmo, me ha hecho una lista de cosas que he de hacer, los alimentos qué he de comer...

¡Impresentable! Vamos, que me quita de fumar, que tome mucha leche... ¡Con la mala que tengo en estos momentos! ¡Como para tomar más! Dice que mis huesos necesitan mucho calcio, que tengo que hacer ejercicio, que mi carácter se me va a enrarecer, que... ¡Anda! ¡Vete a tomar vientos!

O sea que, ¿de qué me ha servido ocultar mi edad, si ahora va ese barbudo con ojillos penetrantes y me dice: "Tienes una edad crítica"? Pero, ¿me veis a mí crítica? ¡Si soy la reina del mambo, joder!

Total, que he llegado a casa y me he encerrado en el baño; me he mirado fijamente en el espejo y me he dicho: "Lola, no sé si estarás menopáusica, pero fea estás un rato". Me veía arrugas, papada y, ¡ay, qué desgracia más grande!, he tocado la carne y estaba fofa, me veía gorda, blanducha, con el pelo a dos colores... ¡Qué horror!

Una vez analizada la situación, he llorado un poco —dicen que desengrasa—, me he lamentado y compadecido de mí misma misma y, cuando me he aburrido, se me ha encendido una bombilla en el cerebro: "Lola, lo que tienes que hacer es tomar mucha leche, subir y bajar escaleras para que tanta carne al menos se ponga prieta. Con tus tetas hay que hacer algo, están demasiado caídas, ¿qué tal un sujetador que las suba y las arrejunte? Tienes que comprarte crema, no de niñas de veinte años, sino de treinta, más no. Luego el pelo hay que ponerlo de un color. Cógete el Telva ahora mismo y busca una señora que lleva la cabeza a tu gusto, y te la pones igual. Y en cuanto a la ropa, deja de utilizar una talla menos, hija, pareces una foca metida en una salchicha, y cuesta lo mismo la talla cuarenta que la cuarenta y seis... Eso sí, antes muerta que sencilla. Tu personalidad es elegante pero informal, que no se te olvide". He salido del váter con más ¿coraje, decisión, glamour? El caso es que estaba decidida a no morir, a resurgir de mis propias cenizas menopáusicas, cuando, de pronto, me he topado con mi Pepe:

—¿Qué tal en el ginecólogo, Lola?

—Fenomenal, todo muy bien.

—Me alegro, mi vida. No entiendo esa fobia que le tienes, al final, te das cuenta de que es una magnífica persona.

—Sí, mucho.

—Por cierto, no te lo había comentado: la gorda ha adelgazado quince kilos. ¡Está estupenda! Dice que usa una talla cuarenta y dos. ¿Dónde está mi botella de cazalla? ¿Y mi tabaco? Voy a la basura, tiré dos tabletas de chocolate con almendras...

TACÓN DE AGUJA

El taconeo de sus zapatos sobre el suelo de mármol traventino, le hizo pensar en cubitos de hielo al caer en un vaso de güisqui. ¡Qué mejor mezcla! El tacón de aguja y el sabor fuerte y áspero del alcohol.

Esperó sentado en el sillón frente a la puerta mientras bebía y fumaba un habano. El humo cargaba el ambiente y eso le gustaba, el olor lo excitaba y la espera ponía a punto su deseo. Bajó la intensidad de la luz para relajarse mejor y concentrarse en su objetivo. Nada distraía su pensamiento; además, el entorno hacía proclive dejarse llevar por el descanso.

Nuevamente el tacón de aguja, movido por el pie de una mujer, interrumpió el silencio, acelerando sus sensaciones. Tragó saliva, tomando a continuación otro sorbo de güisqui...

Adivinaba como aparecería en el umbral: se recostaría en el marco de la puerta a contemplarlo largamente, no moviendo ninguna parte de su cuerpo para que él se recreara y empapara de toda curva, línea o cicatriz. Después con paso muy, muy corto, avanzaría hacia él...

Desabrochó un par de botones de la camisa. Tenía demasiado calor, necesitaba un poco de aire. Luego, dio una profunda calada al cigarrillo y bajó los párpados, pues el humo era denso y le cegaba. Sintió cerca su aroma y comenzó a rozar su piel... palmo a palmo, subió la mano.

Lo que más gozaba era con ese choque lento y pausado, parándose en algún rincón de la anatomía femenina, esa que ella tan bien conservaba exclusivamente para mero placer de él.

Suspiró y siguió el juego...

Ella se movió hasta que su ombligo tocó la nariz varonil. Él, atrayéndola, apretó su boca contra esa piel de seda.

Sintió una sed descontrolada y, parando, dio un trago a la copa.

Con la boca fresca y el líquido en ella, dejó caer cada gota por el torso de la mujer. Ésta, se estremeció juntándose aún más...

–Ramón ¿llamaste al fontanero para que viniera a arreglar el grifo?
“¡Dioss! Siempre hace lo mismo...”.

Una voz desde la cocina reclamaba a Ramón y éste, maldiciendo, apartó la almohada que abrazaba y se levantó de la cama.

CASTILLO OLIVARI ARCÁNGEL

olivari2004@cantv.net

Nació en Mérida, Venezuela (1959), músico académico y escritor, Master of Music in Composition. Compositor de tendencias eclécticas, inició estudios musicales en Mérida en la Escuela de Música de la ULA. Se residenció en Caracas; realizó cursos de composición dictados por Erik Colón en el Conservatorio de la Orquesta Nacional Juvenil. En 1987 ingresó al Instituto Universitario de Estudios Musicales (IUDEM), donde obtuvo en 1991 la Licenciatura en Música, mención Composición, con su obra Aforismos para Orquesta. Se desempeñó como Supervisor y Director de la División de Música y Sonido del Archivo Audiovisual de la Biblioteca Nacional. En 1996 terminó la Maestría en Composición Musical en la Universidad de Cincinnati, Oh. USA, con el financiamiento de una beca Fulbright, enfocándose en Música Electrónica y Composición Musical. Actualmente trabaja en la tesis Doctoral. <http://meowing.ccm.uc.edu/~angel>

OBRA LITERARIA: Revista Musical de Venezuela, Fundación Vicente Emilio Sojo, CONAC, Caracas/Año XIV, número 32-33 enero-diciembre 1993. «Tupac Amaru (1977), para Orquesta, de Alfredo Del Mónaco: Desde Una visión y una conversación con el Autor». Pauta. Cuadernos de Teoría y Crítica Musical. México, D.F. Enero-Marzo, 1992. Musicalización de poema Ixtlán de *Poemas de agua*, María Luisa Lázaro (1978). Hemerográficas: «Poemas de Arcángel Castillo», en *Vértice Amanecer Literario*, Taller Literario Mucuglifo, Diario Frontera, Mérida 26 de mayo de 1991, Año VII No. 339. Inéditos: *Destiempo* (poesía) y *Tiempo de alondra* (narrativa).

ARIA DE MOZART PARA DOS SOPRANOS Y PIANO

Las tres indudablemente y de algún modo, lograban enturbiar ese atóndrico fluir inevitable que, en esas ocasiones, a cualquiera ya sea insigne o volátil artista le deviene en dichos cruciales momentos: sudor, tremolante temblor de alguna y siempre evidentísima parte del cuerpo, sensación de sentirse niño conseguido infraganti orinando tras un poste en pleno jardín zoológico, ya sea por un grupo de personas que irrumpen de pronto en dicho recodo del fáunico paisaje, o más bien, y lo que es peor, por el vigilante del parque, oriundo inquisidor de mirada agría. Las tres (pianista a la izquierda de medulantes movimientos de cabeza) emitían con corrección obligada, no sin esa desazón de la

impericia neófita, una arietta para trío escolar de esas, (de Mozart), que si bien, a los intérpretes sumergen en algarabía concéntrica, —por supuesto, no expresada—, ya que aluden a ser y por fin “hacer”; en cambio, al oyente, no hacen sino hacerle sentir ese vago y cursilíneo hormiguelo de quererse levantar de un sopetón y marcharse cual misil, y más en ese momento donde se escucha un no sé qué “kus kis” que vaya a saber que traducción tendrá, pero que no despierta el menor interés, a no ser de catalogar el hecho como formando parte de una buñolesca escena de filme, o más bien de atiborrante recuerdo exaltado de un soporífero.

Las tres ciclópeas, bizcas al punto focal del atril, una de ellas, de grácil y tierno movimiento de la muñeca al lado del cuerpo, desplega, para mayor autoconvencimiento personal, una sonrisita de esas de “Elección Super Modelo 2000”, como para de alguna manera compensar, y endulzar, ese “quiet” perseguido e inalcanzable. No estaban atentas (no podían estarlo) a la mirada mohosa y condescendiente de la profesora de canto que, junto con su otra colega, no cesaban realmente de sufrir, por contenerse de seguir parlotando acerca de la última función de “La Tosca”, que hacía ya tres días habían digerido en la Ríos Reyna, frenéticas de estupor, espectador de fórmula uno en momentos de esos célebres virajes en la curva de mayor peligrosidad del circuito en cuestión. Las tres sub-divas, luego del escueto aplauso del nimio público, bajaron los tres escaloncitos como ágiles gacelas, la una de rasgos y mirada apolínea, la otra con el peso de tantos lebares en el alma, la tercera: circe candorosa de enturbiadas alas.

Poco después, habiéndosele hecho agobiante el recinto, salió expirando excusas al grisáceo ocaso de la tarde lluviosa, calle ruidosa, humo. Cuadras más abajo, llegando al metro, una voz notablemente apagada, apagada por el mundo, profiere su nombre desde una acera de ladrillos removidos que la municipalidad se apresta a cambiar por unos nuevos:

Aníbal,

así de simple su rostro vino adentrándose con total confianza bajo el único paraguas que el nombrado llevaba, notando ambos, segundos después, la inutilidad de tal preocupación protectora (ya no llovía); situación graciosa que siempre se corona con risas y no realmente con

nada de vergüenza. La Aparecida, tez morena y ojos oscuros, no había sido reconocida de inmediato –lejano recuerdo en la memoria– en ese juego de los nombres propios, o los apodos, o los apellidos, luego al instante, conversación para tejer los tiempos dispersos en el olvido, en lo vivido durante algunos años de la invidencia recíproca.

Más allá en la barra, uno de esos que uno reconoce como rostro de telenovela de las nueve, abanicaba una cubalibre al frente de un calvo con bigotes, desparpajo de ropa, bigote escoba profusa, bajo ellos, junto a los taburetes, un mesurado siberiano de pelambre gris vetado de oscuro. La Encontrada, en cierta lejana mesa, entre los cortes inevitables de cada mordisco a un sándwich apurado de puro queso y salsa exigua, contábale sucesos de su última experiencia de terapia de grupo en la “Vía De Los Altos”:

Verás, la realidad se agiganta y no puedes pasar de largo, una no sé qué inquietud trasatlántica te arriba de improvviso, atisbación del Samsara, el entorno al ojo de la irrealidad.

La Ensimismada contenía el aliento a cada exclamación de ripios vuelos, luego lo exhalaba en incontrolable aliviación de arañas interiores. Minutos después, la alondra de fantasmagóricas formas se hacía realidad en el humo de su cigarrillo sostenido a la altura del hombro, codo apoyado en el mantel. Cada frase dibujaba el contorno de su adonísea mirada, diabólico vampiro triste, mustia esperanza de solitaria.

Dos días después, como era de prever, la nuevamente atisbada no había discado el número telefónico que, no sin cierto aliento de sutil ruego, otras veces repetido, habíale dado el movido de impetuosos azares, exultantes aleluyas de una salmodia inconclusa, laberinto de una parca que nunca tiene término. Buscaba entonces el cimentar de tanta efluviosidad enternecida en el límpido ondear de la tercera Consolación de Liszt que sus manos largas promovían al teclado del piano, enmarcado al poniente azulado de una ventana cromada y doble, vital artificio para la insonoridad; o más bien, contenida y lejana saudade a dominar en una lectura de Gurdieff, en la búsqueda de una imprección solucionadora de revelación súbita exaltada iluminación—zen. No ceñía, sin embargo, el mandala supremo de una idiotez rebuscada, últimamente, habíansele vuelto las horas sátiros leprosos, huecos inusitados.

Solía haber entonces también la intromisión cornídea de la vecina de final del pasillo, so pretexto llamada breve al teléfono y luego un café juntos donde la añorosa fálica calmadamente arrastraba el oleaje del mar a su escollo inevitable. Sí, tras el umbral cerrado de la habitación veíase ella admirando la leve colección de discos compactos digitales –Arbour Zena de Keith Jarret– dejándose, a su vez, profanar sus nibelungas reconditeces que poco a poco iban asomándose a la nívea luz de un pequeño candil “made in Taiwan” de alcohol azul comburente por el ejercicio inusitadamente altivo de el de largas manos que finalmente descubren el blanco de posteriores boyas delicadamente rugosas como todo glúteo de costumbres perezosas: *¿el sentido del zen?: la intersección de dos circunferencias*. Así, y de ésta manera, sinuosos besuqueos bajo la oreja derecha preparaban a la Enaltecida Ariadna reivindicada con otra forma de la muerte, la imperiosa arremetida del portulano en el jugoso túnel de su averno, único posible en tan moderada gachí, no sin esa fruición creciente donde el encorvamiento de la espalda, hembra ígnea, es asimismo el ritual para ceder ante el ufano salvaje caníbal, y es entonces la jungla alrededor, sobre el barco, la mano del gran dador palpando el sudor en el muslo, el grito primigenio en dúo, al borde de la cascada, es el agua hirviendo en el borbotón de su cauce.

COBAS CATI

cati_cobas@yahoo.com.ar

Catalina Isabel Cobas, escritora y arquitecta, nació en Buenos Aires, Argentina (1949), en el seno de una familia de tradición mallorquina (abuelos inmigrantes de la Isla de Mallorca, Baleares, España). Graduada en la UNBA. Las artes plásticas y las artesanías, junto con el arte de escribir, han sido sus formas de crear, más allá de la arquitectura. Por esto ha realizado los más diversos seminarios, desde decoración de tortas, repujado en estaño, historia del arte español, hasta cursos sobre dietética y resiliencia. Combina sus tareas como arquitecta, mamá y ama de casa, con la dirección del Centro Cultural en su barrio: “Una puerta al sol” para adultos y niños que se interesen en actividades artísticas de todo tipo; particularmente, plásticas y literarias. Comenzó a escribir sistemáticamente en el Año 2002. Obtuvo dos premios del Instituto Nacional Sanmartiniano por trabajos relativos al Libertador. Eligió Internet como medio expresivo, especialmente la página www.Ficticia.com, allí, en su Puerto Libre, comenzó sus crónicas, bautizadas como Caticrónicas. Textos de la realidad, desarrollados en claves de humor, a veces de nostalgia: la crisis y sus efectos en nuestra sociedad, conflictos y alegrías femeninos, paseos por los barrios de Buenos Aires, relatos de vacaciones, evocaciones históricas. Asimismo escribe cuentos en los que el lunfardo (argot característico del tango) está presente en forma inequívoca. Uno de sus cuentos, “El vuelabajo” obtuvo mención en un concurso realizado en 2004 por la Junta de Estudios Históricos de Boedo. En 2004, ingresó a los Foros -desaparecidos- *Sensibilidades* y, a mediados de 2005 en el Foro *Archipiélago*. Actualmente está entre los miembros fundadores del Foro *Iceberg-Nocturno*, donde tiene un espacio en la web <http://rto02r3k.eresmas.net/>

OBRA LITERARIA: Tiene inéditas sus Caticrónicas. Ha sido editada parcialmente en algunas antologías, como en la Sexta Antología Internacional de Sensibilidades presentada en 2005 en Madrid. Sus crónicas son leídas en el Programa: “Desayuno Continental”, por AM 590 Radio Continental de Buenos Aires, y publicadas en los periódicos “Desde Boedo”, y “La Cita”.

“¡UN ESCARABAJO POR EL AMOR DE DIOS!” O “LA VIDA POR UN COLEÓPTERO”

(Caticrónica de una madre atribulada)

¡No me digan nada! Llevo invertidos diecinueve años en psicólogos y estoy igual que al principio: el diagnóstico continúa firme: “madre añosa sobreprotectora”.

Realmente, me avergüenzo. Tanto bla bla y recomendaciones, y me siento igual que “cuando vinimos de España” (si los que leen esto moran en la Península Ibérica, ruego interpretar como: “cuando vinimos de Roma”, o de donde hayan salido los Celtas, Íberos y Vascos, que estoy demasiado atribulada para andar con investigaciones históricas).

Me avergüenzo, decía, porque por más que repito al levantarme: “tenés que dejar que los chicos se hagan total y absolutamente responsables de sus cosas”, cuando las papas queman, estoy ahí tratando de sacarlas del fuego y así mis queridos hijos nunca terminan de crecer.

Eso sí, la experiencia de esta semana será definitiva: lo juro. Me curé de espanto, mejor dicho, de bochornos. ¿Dije bochornos? Sí, éstos también me tienen bastante perturbada, pero no es el tema de hoy, precisamente.

Vayamos al grano, al meollo, a la sustancia de esta “liviana” catarsis maternal. El hecho fue que Mercedes, mi hija mayor, debía entregar, para su clase de Zoología en la Universidad, con fecha fija, la módica cantidad de veinte insectos. Y ahí, precisamente, comenzó mi calvario.

Tanto daba que fueran cucarachas, como arañas, piojos o cigarras, avispas o polillas. La consigna era: “lo más grande posible”, como para lucirse en esa clase de primer año y, en honor de mi Mercedes, debo decir que se abocó a la búsqueda con una admirable decisión en franca proporcionalidad inversa a los resultados, por lo que resolví ayudarla.

Aquí está por comenzar el invierno, no es fácil encontrar insectos y menos en un departamento. Así fue que durante el último mes, mis caminatas por el Parque Chacabuco adquirieron otro ritmo, al compás de mis dificultades ópticas, tratando de visualizar cuanto insecto pu-

lulara por ese hábitat. Primera desgracia: la balanza acusó la falta de velocidad. No hay nada que no tenga precio, lamentablemente.

Aunque convengamos que conocí también el sabor de la gloria. Un día, de regreso del supermercado, logré arrojarme, bolsita en mano a guisa de red, sobre una enorme avispa y capturarla. Llegué a casa, de más está decirlo, como si fuera Gabriela Sabatini en su mejor momento.

En términos generales la cosecha fue misérrima. Llegamos al día previo a la entrega con un mosquito, dos moscas y una arañita blanca de medio milímetro de diámetro, así como otros ejemplares por el estilo, salvo la avispa, y estos míseros resultados tenían francamente acojonada a la bióloga en ciernes.

Era el momento de las audacias, y uno por una hija hace lo que sea. Pronto me encontré mendigando cucarachas a mis vecinas con resultados nulos, dado que nadie reconocería la existencia de una de ellas en su domicilio. Apelé al ingenio y al soborno: mi portero santiagueño cayó de visita en las casas más acreditadas al respecto y regresó con tres bien diferentes y de considerable tamaño.

Claro que todavía nos faltaba un coleóptero, y esos sólo se encuentran al aire libre.

Era día de excavaciones en el Parque: removían la tierra para trazar nuevos caminos y una lluvia obstinada y pertinaz del día, previo, hacía casi imposible caminar por ellos, por lo que los obreros habían dispuesto maderas que cubrieran las excavaciones. Y ahí, precisamente ahí, me dio por hallar escarabajos. Me encontraba tan, pero tan concentrada en la búsqueda que no hice caso de un señor de magnas proporciones que avanzaba. El gordo (dejemos los eufemismos a un costado) pisó el extremo contrario de la tabla que me sostenía y me arrojó, como catapulta, al fondo de la excavación donde, finalmente encontré el coleóptero que fue depositado por esta madre, embarrada de pies a cabeza, en un frasquito con alcohol y agua. El mismo surgió, inmaculado, con el escarabajo convertido en remedo del diamante de Topkapi, entre fangos y mugres de variado orden y acompañado por las sonoras carcajadas de los caminantes que pudieron contemplar tan oprobioso espectáculo.

Sin duda, los caminos del Señor son inexpugnables.

COLLAR ALENA

alena@letraslibres.org, alemar60@yahoo.es

(Toñi Seguí) nació en Madrid, España (1960). Periodista y profesora de Lengua Castellana y Literatura. Finalista del Premio Clarín de cuentos de la FCCI. con el cuento “Ítaca” (1983), Prologuista de diversos libros de autor del Foro Literario Sensibilidades. Ha participado del Foro Literario *Sensibilidades* desde 2002. Desde mediados de 2005 es miembro fundadora de *Forum Letras Libres*. web: <http://alenacollar.sensibilidades.com>, Sección del Forum Letras Libres: <http://otraslenguas.letraslibres.org>

OBRA LITERARIA: *La casa de Alena* (Alternativa Editorial. (Ourense, Galicia, 2003), Teatrerías (Alternativa Editorial Galicia, 2005). Ha sido editada en diversas antologías: Antología de Poetas en castellano. Editorial Cla (1979). En el Diario Informaciones. (1982-83), en la Revista especializada “Derby Digest” (1984), en la *Revista El Árbol de las Letras* y en diversas revistas escolares. En el Diario La Tarde (1985). Participó en las I Jornadas de Arte en Fuendetodos con “Realidad y Sueño en los Viajes de Goya”, en 1993. Fundó y dirigió el Grupo Teatral Escolar “Los Ilegales” de 1996 a 1998. Sus textos han sido seleccionados en varios números de la Antología Sensibilidades, siendo Autora Invitada (2004-2005). Es corresponsal en España de la Revista *Literarte* impresa en Buenos Aires, Argentina.

UN MOLESTO OLVIDO

Nunca me han molestado los fantasmas, sobre todo si los conozco. Tuve dos años la visita de un primo sacerdote, que se aparecía a las doce de la mañana dispuesto a rezar conmigo el Rosario. Llevaba escapulario, y unía las manos compungido cuando se daba cuenta de que yo no le hacía ni caso. Lo más que llegó a hacer fue cambiarme los vasos de lugar en la cocina y tirarme al suelo su retrato. Bueno, y rezar el Rosario él solito...

Luego vino la mujer de blanco. Esa me daba más repelúz, porque era muy jovencita, y no parecía darse cuenta de que estaba muerta. Me visitó tres o cuatro semanas: cuando me enteré, por algunas fotografías de que era la hermana pequeña de mi suegro, me dio una pena inmensa, le recé cuatro avemarías por el descanso de su alma y no volví a verla.

Sí me causó una infinidad de problemas la llegada de quien yo llamé “Rosendo, el del parque”. Tengo que decir que Rosendo había sido más de veinte años el jardinero del parque al que iba yo con mis hijos cuando eran pequeños. Les regalaba caramelos, chocolatinas, chucherías y les dejaba la manguera. Rosendo se jubiló a la edad que debía y luego a los cinco o seis años, le dio un esparabás y la diñó. Este hombre se conoce que nos tomó ley, porque a los pocos meses de fallecer, mi hijo mayor, que para entonces tenía ya veinticinco años, una tarde que andaba por el trastero, soltó un grito.

— ¡Mamá, ven, que me parece que tienes visita!...

Total, que fui y me encontré a Rosendo con la misma cara de lelo de siempre, sonriendo a mi hijo.

— ¡Vaya, Rosendo!... ¡Qué sorpresa más agradable!... ¿has venido a vernos?...

Rosendo hizo ademán de quitarse la boina para saludar, cosa difícil, porque ya se sabe que los muertos no llevan boina.

— Siéntate hijo, no te ofrezco café, porque ya sé que vosotros no tomáis.

Pero Rosendo no decía ni palabra y eso me empezó a preocupar. Porque hasta la hermana de mi suegro, cuando se aparecía, tuvo la educación de saludar, claro que yo la entendí poco, apenas algo así como: “eratomuycuro”, que yo traduje por “está todo muy oscuro”, o sea que a la chiquilla se conoce que no le había ido a visitar el ser de luz que dicen que le visita a una cuando se muere, y por eso le recé yo las avemarías y desapareció.

Rosendo no. Rosendo estaba calladito. Sonriente, pero calladito.

— Mamá, qué muerto tan raro, no dice nada!...

Así que me senté y nos miramos un ratito sin hablar. Hasta que me tuve que ir a planchar y me levanté. Rosendo, sin decir palabra se vino detrás de mí.

Estuvo acompañándome mientras planchaba.

Tres días seguidos a la misma hora y sin decir nada. Uno planchando, el otro viendo una película de Gary Cooper y el último mientras instalábamos el lavaplatos que mis hijos me regalaron por mi santo.

Ese día me harté.

—Rosendo —le dije— mientras lo miraba muy seria—, o dices lo que quieres o te marchas. Si quieres que te rece un padrenuestro te lo rezo, si quieres avisarme de algo dilo, si quieres dinero...bueno, y ¿para qué vas a querer dinero?, dónde estás no usáis...

—El rosal

Le entendí eso: “El rosal”.

—Mamá, debe ser que riegues el rosal del patio...

Rosendo sonrió complacido.

—¿Y para decirme eso te has pasado tres días, hijo?...

Rosendo se acercó a la puerta de la cocina, que daba al patio interior, y me miró.

—Tienes razón, Rosendo, no he regado el rosal, pero es que pillé la gripe....

Cogí una jarra, la llené de agua y me acerqué al pobre rosal. Cuando terminé de regarlo, Rosendo había desaparecido.

Nunca me han molestado los fantasmas, sobre todo si los conozco, pero que un jardinero viniera desde el más allá a regañarme porque no riego las flores, me pareció algo exagerado...

SOY UN ASESINO

Lo maté con un hacha enorme que encontré en el desván. La verdad es que me tenía hartó. Me molestaba; todos los días a la misma hora aparecía. Llevaba así años.

Ayer me decidí: hoy lo mataría.

Busqué algo que no hiciera ruido, lo suficientemente grande para acabar con él de una vez por todas, y también que pudiera hacerme recoger sus restos sin mucha molestia. No me apetecía nada andar trasladando lo que de él quedase durante media hora.

Los cuchillos de la cocina no me servían; demasiado débiles para su fortaleza: era muy grande, muy fuerte, y tendría que esforzarme demasiado y asestar las cuchilladas en el exacto lugar: y eso supondría doble esfuerzo.

Las tijeras apenas le harían rasguños, y me sentiría ridículo a tijeretazo limpio contra su corazón.

Las cuerdas era difícil que lo estrangularan. Tenía el cuello demasiado ancho.

Entonces, se me ocurrió subir al desván. Es un espacio largo y profundo en el que guardamos trastos viejos, jarrones de esos que no nos atrevemos a tirar, un candelabro de bronce espantoso que nos tocó en el testamento de la tía abuela, una lámpara procedente de la otra casa donde viví, dos sillas de mimbre que aún uso para la terraza en verano. Y un arcón viejísimo, con cartas, postales, láminas y estampas.

Buscando por allí, vi el hacha. Procede de la casa de mis primos, la de campo. La usaban sus padres para la madera y aún para la cocina.

Estaba llena de telarañas, así que tuve que bajar sigilosamente las escaleras y coger un trapo para limpiarla. No quería, claro está, dejar huellas.

Cuando estaba ocupado en esta labor, se me ocurrió preguntarme si no me iba a sentir culpable de lo que estaba planeando. En realidad, él me había sido fiel durante mucho tiempo, me hacía más sencilla la vida, casi, casi a veces me daba la impresión de que sin él las cosas no serían lo mismo. Pero, ¡era tan pesado!... tan uniforme, tan monótono, tan insistente...y yo no podía soportarlo más.

Soy una persona vulgar, corriente, sin muchas relaciones, de vez en cuando voy al cine, quedo con los amigos, tomo algunas copas, tengo alguna aventura amorosa que llena parte de mi tiempo. Nadie puede decir de mí que soy mala persona, y menos por supuesto, un asesino.

Al día siguiente, cuando apareció, yo tenía guardada el hacha convenientemente. Esperé a que empezara su cháchara, le dejé unos minutos, me divertí observándole, sin decir nada. Cuando se calló, sin mediar palabra, saqué el hacha, y le asesté un golpe mortal en la cabeza.

Cayó al suelo en un estrépito que me asustó. Esperé unos segundos. Nadie parecía haberse percatado de nada. Entonces, fui por la escoba y el cogedor.

El despertador estaba muerto.

DÍAZ AMBRONA LOLA

loladiaz@gmail.com

Lola Díaz Ambrona de Llera, pianista y narradora, nació en Badajoz, España (1952), donde vivió hasta el 1980, luego vivió en Madrid dos años, actualmente reside en La Coruña. Obtuvo el 2º premio “Manuel Lueiro” (1996) con el cuento “Gato y la Sabiduría”. A los catorce años ganó el tercer premio en una edición del Concurso de Redacción de Coca-Cola, con el texto “Los Vuelos”. En Sexto curso, fundó junto con otras personas la revista ALCAZABA, donde era “jefe de redacción”, jugando a ser la periodista. Quiso estudiar periodismo, pero comenzó estudios de Derecho en Sevilla, aunque no los concluyó. En 1996 ganó el segundo premio del IV Certamen literario “Manuel Lueiro Rey”, organizado por el Itmo. Concello de “O Grove”, con la obra escrita en castellano “Gato y la sabiduría”.

OBRA LITERARIA: Es autora del libro de relatos *Gato y otros 19*, (Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2004). En la actualidad está a punto de editarse *Historias con tequila*, por Atrio Editorial.

LA SEÑORA DE LA BICICLETA

Se bajó de la bicicleta, la acarició y la amarró a una farola. Mira un letrero dorado muy brillante que reza: “El Hipérbaton”, y con letras adjuntas, entre paréntesis, “artículos gramaticales de primera calidad”. Entra.

—Buenos días—, dice.

—Hola, ¿qué desea?—, respondió la vendedora.

—¡Eh!, usted ha dicho “ola” sin hache.

—Perdone, pero no.

—No, perdóneme usted, me lo había parecido. ¡Oh! Soy obsesiva en esto de la ortografía. Lo siento.

—No se preocupe, si está muy bien fijarse. Bueno, ¿qué le pongo?

—Una bolsa de acentos.

—¿De qué tipo?

—Tildes normales, pero que se peguen bien, se caen fácilmente.

—Las tenemos de titanio. Son más ligeras y se adhieren mejor a la letra.

—Pues póngame una bolsa.

—Tenemos unos acentos circunflejos de lujo, y a muy buen precio.

—Gracias, pero es que no uso de eso.

—Se lo decía por aquello de algún regalo o algo así—, insistió la señorita de la tienda.

—En realidad son para regalar, sí, pero me gusta obsequiar a mis amigos con cosas útiles, ¿sabe?

—Ok.

—Eso es un americanismo.

—De acuerdo, ¿mejor así?

—Disculpe otra vez, señorita, es que hoy estoy fatal de mis obsesiones.

—No se preocupe, eso está bien... bueno, no quiere acentos circunflejos—, se dice la vendedora a sí misma— ¿Alguna cosita más?

—Sí, déme una caja de jotas y ges intercambiables.

—Aquí tiene, vienen en bolsas de cincuenta.

—Muy bien, y déme, a ver... déme cien comas y cincuenta punto y comas.

—Eso lo vendemos al peso.

—Entonces medio kilo de cada.

—A propósito, tenemos una promoción de kas. Son lo último. Se venden muy bien. En cambio, la cu nadie la pide. Ya no se lleva.

—Lo he notado, sí, pero soy muy conservadora. Oiga, señorita, y tiene eliminador de laísmo, leísmo y loísmo?

—No, es una mercancía que no tiene salida.

Y ¿desenredador de hipérbaton?

—Pues claro, es nuestra especialidad. Tenemos unas gotas que aplicándolas sobre la frase, el sujeto, verbo y complementos, vuelven a su sitio inmediatamente.

Gran estruendo. Se ha caído una caja de paréntesis metálicos.

—¡Oh, Dios mío!, se lamenta la vendedora, mientras los recoge con un inmenso imán.

—¡Ah!—, exclama a su vez la cliente de la bicicleta—, ¿tienen zendas, eses y ces que muten solas?

—Sí, pero son de un solo uso.

—Cinco kilos, por favor.

El loro que comía pipas amarrado a un palo, gritó:

—Metonimias, metonimias frescas.

—Calla, Gorroño—, le ordenó su ama.

—¿Habla mucho el loro?

—Bueno, es más escritor que orador.

—Sírvame cien gramos de antireiteración.

—¿En crema o enjuague?

—Loción.

—Lleva un ligero aroma de sintagma anisado.

—Bien, no es óbice; y para terminar, un surtidito de diéresis, sinalefas, prefijos, rimas, sinónimos, admiraciones, exclamaciones y algunos retruécanos, si están frescos.

—Aquí tiene su pedido, señora; por cierto, tras tan larga charla, podíamos tutearnos.

—Si le pone usted el acento a tú, estupendo.

—Y ¿cómo sabrá que lo he puesto?

—Cuestión de oficio... pero no me fío; perdone de nuevo, creo que me tomaré un diazepam; ¿diazepam? ¿Diazepam? ¡Ah!, ¡ha!, ¡hai! ¡ay! ¡Estoy fatal! Déme también un vademécum.

—No tengo. Quizá en farmacias, quizá en librerías.

—Bueno, pues eso es todo.

—¿Para usted no lleva nada?

—La verdad es que también me suelen regalar cosas, pero sí, déme un combinado ortográfico y cuarto y mitad de estilo.

—¿Le cabrá todo en la bicicleta?

—Eso espero.

—Olvida algo.

—¿Sí?

—¿No quiere un paquete de imaginación? En la trastienda tengo un criadero de musas. Todos los días recojo sus ideas. Están frescas, son de garantía.

—No, gracias, imaginación no necesitan mis amigos.

—OK.

—¿Cómo dice?

—De acuerdo.

—Necesito un vólum.

—Oiga, por si le interesa, mi primo segundo tiene otra tienda a dos calles de aquí. Vende artículos aritméticos: números, cosenos, ecuaciones, pero sobre todo derivadas e integrales, son la especialidad de la casa.

—Difícil negocio.

—No crea, es que él era aritmético docente hasta que un número primo se le volvió par y lo expulsaron del centro; entonces se instaló como autónomo.

—¿Me hace la cuenta, por favor?

En una calculadora metió los artículos expendidos.

—Todo suma una novela y dos cuentos con sesenta.

—¿Aceptan tarjeta?

—Desde luego, aquí tiene su paquete.

La compradora se dispone a partir. Gorroño vuelve a gritar:

—¡Corrección, carajo!

—Calla, loro—, le recrimina la empleada.

La señora de la bicicleta vuelve al mostrador, deja sobre él su compra:

—Lo siento, creo que voy a cambiar toda mi mercancía. Me llevaré sólo ese surtidito ortográfico para mí, y a mis amigos les regalaré adjetivos calificativos. Póngame diez kilos de adjetivos calificativos de los mejores.

—Tendrá que ir a una tienda de regalos. Allí encontrará todo tipo de parabienes, besos de colores y abrazos virtuales.

—Pues iré.

—Tome entonces su surtidito. Es gratis.

—Gracias, yo le regalaré a usted un cuento de fresa.

—¿Podría ser redondo?

—No siempre salen.

—Entonces, de piña.

—Se lo enviaré en paquete blindado.

—¿Se escapa?

—¿El acento?

—No, el cuento.

—¡Qué cacofonía, madre mía!

—Debe de ser el bochorno.

—Puede que se escape, nunca se sabe con esto de los cuentos.

La señora de la bicicleta se fue y desató su caballo del árbol. Un gato la miraba con ojos amarillos.

—¿Quieres venir a vivir conmigo?

El gato dijo que bueno, y se encaramó en el transportín.

—Tu nombre será Ramón, sin tilde.

Y se perdieron en medio del tráfico, mientras cantaban a dúo una canción sin música. Y cuando llegaron a casa, la ciclista le dijo a Ramón:

—¿Sabes, Ramón, lo que voy a hacer ahora?”

—¿Qué?—, preguntó Ramón.

—Pues voy a tocar el piano. ¡Lo tengo tan solo con esto de la Gramática!

Y Ramón, el gato de nombre sin tilde, se acurrucó bajo la luz caliente del atril y se durmió escuchando una pieza fácil y hermosa de Erik Satie.

ESTRADA MARTHA

mestrada_1999@yahoo.com

Nació en Maracaibo, Venezuela (1952), poeta, narradora, profesora Titular, jubilada activa del Departamento de Lingüística, de la Universidad de Los Andes de Mérida (Venezuela). Es Licenciada en Lenguas Clásicas, Summa Cum Laude, ULA. Tiene en su trayectoria docente y de investigación un DEA del Doctorado en Pragmática Lingüística, en la EHESS de la Universidad La Sorbonne, París, 1983.

OBRA LITERARIA: *Poemas del silencio* (DIGECEX/ULA, 1996), *Tesoros del silencio* (1er Premio de poesía, APULA, 2000). En narrativa: *Cuentos para una velada* (1er Premio Narrativa, Seccional de Jubilados de APULA, 2003). 1er. Premio Poesía APULA, 2001; 3er. Premio Poesía Jubilados APULA, 2003. Académicas: *Ortografía Esencial, Sintaxis Esencial, Introducción a la Pragmática Lingüística, Análisis Pragmático del Polílogo Teatral, Análisis Pragmático del Discurso sobre la Nacionalización del Petróleo en Venezuela, Los Dialectos de la Península Ibérica, Los Conectores Pragmáticos del Español, El Osito Ortográfico* (cuento ortográfico para niños), *Análisis Gramatical del Español* (2 edic, 5 reimpresiones) y Tercera edición "Ortografía Esencial", CPULA, 2005. 5 textos sobre *Pragmática Lingüística*. *Cuentos para una velada*, fue bautizado en Madrid, La Coruña, Valencia y Sevilla, en la Sociedad de Escritores de España por el Foro Internacional Sensibilidades y Asociación Cultural de Escritores Latinoamericanos Corredor del Henares, marzo-abril 2004. Fue acreedora del Primer Premio de Poesía Seccional Profesores Jubilados APULA, 2005.

FUEGO PASIONAL

Se casaron sólo por atracción física. Toda la noche fue una ardiente cópula entre llamaradas de pasión. Al amanecer, dos esqueletos abrazados yacían en el lecho nupcial.

LA CITA

Habían esperado, con ansias, un encuentro a solas. Llegó la oportunidad. En un parque sembrado de pinos y alejado del mundo, se cumplió la cita.

Se fueron acercando con emociones contenidas. Pero, al abrazarse, no pudieron amarse con sus cuerpos de fantasma.

MENSAJE DE ARABIA

Cuándo llegó el primer telegrama, Kalel se sintió tan emocionado que le sobrevino un ataque de priapismo. El mensaje de Arabia le participaba sobre el deceso de un padrino, quién hizo testamento a su favor, nombrándolo único heredero del más espléndido harem de la región.

Transcurrió un mes de la noticia y la salud de Kalel empeoraba, comía poco, dormía quejándose y entonces familiares y amigos comenzaron el vía crucis recorriendo especialistas graduados en USA, luego, curanderos, y por último, exorcistas. Nada funcionó, Kalel seguía emocionado.

Cuando llegó el segundo telegrama, Kalel se sintió tan decepcionado que le sobrevino un decaimiento de ánimo. El heredero del harem era un tal Kalil que habitaba en otro país.

Ahora Kalel no ha vuelto a emocionarse, ni con jalea real.

LOS DIBUJOS DEL CREADOR

Recuerdo cuando Dios dibujaba a los seres por crear. De día, con buen humor, hermosos, agradables. De noche, agotado, surgían feos, desproporcionados.

Cuando Dios se dormía, salían manchas de la pluma. Así se originaron los virus, las bacterias, los insectos y los políticos.

DÉJAME HABLAR

Cuando él hablaba había que oírlo y él se oía a sí mismo con el placer de un niño que comienza a descubrir su potencia verbal. Si otro osaba pronunciar algunas palabras para opinar sobre el tema, el subía el tono de voz y decía: “Pero déjame hablar”. Dormía hablando, comía hablando, caminaba hablando, defecaba hablando y hasta hablaba durante los “minutos de silencio” y los descensos de féretros. Hablar era su inicio y su final. Ese avasallante hablar arrinconaba a los demás que se conformaban con contemplar a “Déjame hablar” (pues así lo llamaban en secreto). Y como en las películas, llegó el fin de su sonora

existencia. Puntuales, sus circunspectos amigos acudieron al entierro para disfrutar de un rato de conversación normal. Sin embargo, desde su urna, él aún emitía murmullos incomprensibles. Con mucha cautela lo condujeron a la morada final, pero apenas el sacerdote empezó a pronunciar las palabras de despedida, los paralizó la voz del difunto: “Pero déjenme hablar”. Muchos salieron corriendo aterrados y sólo quedó el círculo de contertulios, pues querían verificar si el personaje había resucitado o si fingió haberse muerto. Al abrir el sarcófago, descubrieron un grabador en el traje de “Déjenme hablar” y escucharon una terrible frase de la sonora cinta: “Tranquilos, mis queridísimos, les seguiré hablando en sueños, ja, ja, ja...”.

HECHIZO LUNAR

Cuando los tiempos aún no eran, no había sol, únicamente luna. Para ese entonces, los seres miraban a Selene, pedían deseos y ella se los cumplía. No existía la guerra, ni las preocupaciones, todos vivían hechizados por el mágico influjo lunar. Aquellos escritos de la humanidad sin ubicación histórica nacieron en esta época ideal. No se conocía el oficio de psiquiatra, pues todas las personas estaban lunáticas. Nadie sabía de lentes oscuros, bronceadores, sombrillas, relojes despertadores, filtros solares, insolación, cáncer de piel. El hechizo lunar envolvía al mundo. Soñar, en un disfrute sin horario, era el paraíso.

Y en tan exquisita penumbra de ensoñación, lentamente apareció el sol. Así se iniciaron los días, con ese amanecer. Los hombres, extrañados, contemplaban el fenómeno. Al mediodía, la irradiación les asustó y creyeron morir. Con la magia del atardecer, olvidaron el peligro y comenzaron a invocar el retorno del nuevo astro.

El sol regresó y así durante milenios. Pero la luna también vuelve, mientras él duerme. A veces, retardadora, compite en pleno día para recuperar su reino. Sin embargo, ella no insiste demasiado, sabe que el sol la ama y no deja de halagarla. Por eso existen eclipses. El parcial, cuando se besan. Y si quieren fundirse, los astrónomos reportan: eclipse total.

En la humanidad ocurrió un cambio a naturaleza solar, pero algunos conservaron la lunar disposición. Entre estos excéntricos, se

cuentan filósofos, poetas, escritores, artistas y uno que otro científico. Se les denomina lunáticos, o idos, pues han sido ubicados entre uno y cien en la escala jerárquica de la locura de uno a mil. Sin embargo, son inofensivos y, algunos, adorables. Aunque también hay otros lunáticos agresivos que destruyen el trabajo de la naturaleza en un instante y siguen tan inmutables, que ini el Buda!

GAMARRA STALIN

staga19@hotmail.com

Nació en Biscucuy, estado Portuguesa (1944), es Licenciado en Letras, Magíster en Lingüística General, y Profesor Titular de Lingüística de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

OBRA LITERARIA: *Arcaión* (drama), Monte Ávila Editores, Caracas, 1991, (Premio Santiago Magariños del Consejo Nacional de la Cultura, CONAC, Caracas, 1989); *Genecalípticos* (drama), Versal Editorial Group, Andover, Massachussets, 1997, obra seleccionada en el Concurso Vellochino de Oro para escritores hispanoamericanos 1997; *Sueños nómadas* (cuentos), Editorial La Escarcha Azul, Mérida, 2001, libro en que figura el cuento *Portachuelo*, ganador del Concurso Binacional Argentina-Venezuela 2000 de cuento corto; *Cantero de los días* (poesía), Ediciones Mucuglifo, Mérida, 2004 y *La muerte del Capitán* (drama), Ediciones Comala.com, Caracas 2004.

LOLA

Al mediodía Jean François me llamó al apartamento para reconfirmarme que nos encontraríamos a las siete de la noche en la plaza de la Puerta de Versalles, por supuesto, en el café situado en la esquina de la calle de Vaugirard. Íbamos a pasar la vacación de Todos los Santos en su mansión de El Franco Condado. Era la segunda visita que haría a esa región, a pesar de que la primera, por un corto fin de semana, me había deprimido sobremanera; pero explicablemente me abrumba: la desolación de los campos; es como si el solitario paisaje me fuese siendo inyectado en pequeñas dosis hasta alcanzar un tope de colapso de la más pura tristeza. Además, mi capacidad de ausentarme de lo real e instalarme cómodo en mis fantasías, me había hecho a la idea de que nos alojaríamos en el castillo que Jean había comprado un par de años atrás. No fue así. El castillo resultó ser un enorme cucurucho inhabitable, de paredones desconchados, torreones truncos y un foso más bien parecido a una gran excavación arqueológica. En cambio, la mansión, aunque modesta con lo que el castillo llegará a ser (Jean —conozco su terquedad— espera vivir más de noventa años y ver su obra concluida), ofrece todas las comodidades y exquisiteces que puede procurarse un hombre de trato holgado con la riqueza.

Cualquier vacación para los franceses, por mínima que sea —y el fin de semana es una—, los arroja compulsivamente a las vías, sean autopista, carreteras o calles, a cumplir con el sino de su hedonismo; aunque mi deseo no era otro que salir de París para escapar de una vacación oficial dentro del ejercicio de soledad de mi propia vacación de un año en Francia.

A estas aprensiones se sumó la confesión de Jean, dejada caer como una pluma en el vacío, de que Tató y Lola vendrían con nosotros. Sin duda, una franca molestia. Todavía no discierno con cuál de los dos me era más incómodo estar. Nunca he podido abandonar la idea de que la circunspección de Tató no era producto de una hermética educación asiática, sino deliberada; al menos en su aplicación hacia mí. No puedo decir que me fue simpático cuando Jean nos presentó; pero sí que hubo un corrientazo de rechazo mutuo; la descarga de su parte fue mayor, sentí. En cuanto a Lola, la encontraba decididamente insoportable. Cuando la conocí —fue en el apartamento de Jean, para una cena— hizo cuanto pudo para encauzar la atención hacia ella. Cambió de asiento numerosas veces (y en las casas de Jean siempre ha habido asientos por doquier; pero desde la aparición de Tató... los amigos... las visitas, Jean vive en orfandad social), y dio vueltas por la sala, la cocina, el pasillo, las habitaciones y hasta los baños, como si estuviera verificando la impecabilidad de los espacios, cuestión por demás garantizada no sólo por el prurito perfeccionista de Jean, sino por la manía de orden e higiene de Tató. Cada vez que Lola hacía su entrada en la sala, después de haber removido objetos cuyo ruido me crispaba, su presencia me parecía más repugnante. Tenía una manera cambeta de caminar, que le levantaba el trasero como si fuera a cometer alguna obscenidad. Y al llegar a la puerta de la sala, enfocaba la plenitud del espacio, a quienes allí estaban, con un par de ojos saltones, sin duda desquiciados de sus órbitas por un exceso de tiroxina; movía la cabeza con gestos aprobatorios o, más bien, quizá lo contrario; y, a veces, acordándose de algo, pienso, se devolvía al fondo del apartamento para seguir trasteando sus tirrias.

No había más que aguantarla, ¿qué más?, *noblesse oblige*. Para colmo, en mi caso, tenía que compadecerla así disimulara bastante mal mi sentimiento: sufría de asma. Tató, tal vez por razones prácticas,

conversaba con Jocelyn, la ama de llaves, el historial de padecimientos de Lola con una minuciosidad propia de quien no tiene nada más de qué hablar; es peluquero. París, decía, con su clima de ranas, no le sentaba bien a los aquejados pulmones de Lola; en cambio, el campo, la campiña perfumada, libre de contaminación, del Franco Condado, insuflaba en Lola el divino hálito de la vida.

Yo les oía chacharear en la cocina desde la sala, donde, para no incomodarme, me refugiaba en la lectura de algo ligero matizado con unas cuantas copas de champaña. No deja de ser curioso, sin que sea insólito, la forma como las personas que han compartido por años una vida íntima, funden la manera de ser de cada uno hasta el punto de convertirla en una unidad de dos caras con la que el más hábil jugará a su favor. Ese era Tató. Estando con Jocelyn, se apropiaba de la esencia de Jean François y representaba el papel de su señor con encomiable mérito, salvo por el handicap de su rigidez asiática. Jean, por su lado, se mantenía en el pedestal hierático de la cultura que le ha tocado por destino: auténticamente francés como para violentar los barrotes de ser *bien élevé*: *Lola padecía de asma; por tanto, había que mantenerla bajo control médico regular y aplicarle los tratamientos con la precisión de las dosis y los horarios, nada más.*

“Toma un taxi, yo lo pago”, me había ordenado Jean, lo cual afianzaba la promesa del pago; cualquier ahorro me amortiguaba los temidos desequilibrios económicos, que de darse se convertían en galopantes depresiones.

Podía haberme ido en metro si hubiera cumplido con mi ufanidad de ser puntual; pero unas copas en el “Jean Bar” de la esquina de “mi” edificio surtidas con la conversación de Frederick, el joven mesonero rubio, prolífico en intrigas y dimes y diretes, me entretuvieron hasta el mal cálculo de las seis y media. Tuve que salir presuroso hacia la cercana avenida General Leclerc en busca de un taxi. Allí es arduo pescar uno a esa hora. Para rendir mi busca, me fui a lo largo de la avenida en dirección a la plaza Denfert-Rochereau. Había uno al lado de los tarantines rodantes de las gitanas leedoras de la fortuna. Le confesé la prisa al chofer pensando en la rabieta francesa de Jean; en el ceño de Tató comunicándole mi carencia de noción de los precisos engranajes temporales que pilotean sus vidas; en el nerviosismo de Lola trepándole

las escalinatas del asma... Sin duda, yo había dejado de conocer a Jean. Para encontrar la pista de sus nuevos hábitos, tuve que fijarme en el silencioso y detallado ceremonial de costumbres impuesto por Tató.

Creí que Jean me estaría esperando fuera del café, o que sentado a alguna de las mesas a lo largo de la vidriera, miraría impaciente, y que al verme salir del taxi me socorrería con el pago. Simplemente, no estaba en ninguna de esas actitudes conjeturales. Le pedí al taxista que me esperara un momento mientras revisaba el interior del café. ¡Monsieur! gruñó como preámbulo al desate de una tormenta de *colère*. Lo sentí por los cuantos francos que se fugaban. La compensación la haría el resto de los días, donde todos quedaríamos a cargo de la generosidad de Jean.

Bien me decía Jean que dejara de comparar el París de ahora con la “bucólica” ciudad de décadas atrás. La plaza de la Puerta de Versailles, las calles adyacentes, aceras y cafés eran un raudal de árabes, africanos y asiáticos que rodeaban por todos lados a los escasos especímenes franceses. Jean era uno de ellos y no tardaría en tropezarlo.

Venía con un cargamento de bolsas abriéndose paso, familiarmente, por entre la abigarrada multitud. Parecía un viejo *Enfant du Paradis*.

—¡Ah, al fin estás aquí! Dame una mano, llevemos esto al auto. Tató todavía tiene algunas cosas por comprar.

Pensé regocijado que un contrincante menos era un alivio, que tal vez Lola se había quedado en el apartamento, atendida por una de esas mucamas de ocasión contratadas por Jean. El auto no estaba lejos. La fila de luces de las lámparas de la plaza iluminaba el plateado de la carrocería semejándolo a una gran roca lunar. Vi que algo se movió en el asiento de atrás: era Lola. Los ojos, heliógrafos incandescentes, reflejaban la luz devolviéndola cargada de señales de impaciencia. Para evitarla, apuré el paso tratando de alcanzar la maleta como un punto de salvación. Era una tontería, lo reconozco, pero me daba la sensación de quitarle un pedacillo de tiempo al que no quería compartir con ella.

—Lola, ma chérie —dijo Jean François, carantoñeándole unos besos a distancia— Como era de esperarse, Lola se mantuvo impávida, la cabeza en alto, sentada al borde del asiento, mirando fijamente al frente, entregada a la nada; todo por exasperar. Para evitar que Jean me

acordara el pliego de buenos modales franceses (¿no saludas a Lola?, etc.), me acerqué, no tanto, a la ventanilla y corriendo los labios lo mejor que pude, dije: *Bon soir, Lola, ¿ça va?* Me miró con ojos represores. Habría querido hacérselos rechinar con una estaca encendida, como Ulises a Polifemo.

Jean acomodó los corotos. Siempre es él quien coloca cada cosa en su sitio. Lo hace con un esmero tan natural que es como si hubiera nacido para arreglar el desorden del mundo. Donde está Jean, fluye el orden. Una vez satisfecho (el encendido de un cigarrillo lo comprueba), regresamos a la esquina, esta vez al café. Procuré escurrirme entre las manchas de sombra y no tener que mirar hacia donde Lola. Me alegró saber que demoraríamos un rato más; yo no tenía prisa; allá Lola con su quisquilla. Es más, ya sentía el peso de la incomodidad como un cobro por adelantado.

Yo tenía sed, una sed ansiosa. El tráfago de unirme a Jean me había hecho sudar; pero el frío de un anticipado invierno en los fueros del otoño esfumó las trazas de sudor. Era sed ansiosa. Jean —me decepcionaba— ordenó un chocolate espeso. Sospeché que allí también se ocultaba el codex chinensis. Ahora Jean bebía poco. Cierto, la edad, las vueltas dialécticas de la existencia, qué sé yo. Años ha, cuando andábamos de correrías por Francia, era él quien, conociendo mis gustos, pedía las bebidas: de entrada, champaña... Desolado, decidí atrincherarme en un gin tónico; me ayudaba a amortiguar las molestias presentes y por venir.

Sólo que no fue un trago, que además estaba escaso de ginebra y abundante en hielo. Insuflando el pecho de valor y sin mirar a Jean —sentía el mordisco de la recriminación sacudiéndome el cogote— pedí otro, al vuelo, al mesonero, que con la bandeja alzada hacía piruetas profesionales cual un bailarín del ballet Bolshoi. Le dije, eso sí: “sír-vamelo doble o triple, s’ il vous plaît”. Desde que llegué a París, Jean había estado vigilando mi bebida. Intuí que se daba cuenta que bebo o cree que bebo demasiado. Antes, siempre estuvimos a la par, sin ninguna queja, cero remordimiento. En esta nueva época de nuestros encuentros, que a veces percibo como si fuese la última, se le ha atravesado un espíritu predicador y moralista. No de una manera acusatoria, directa; sino de venablos cargados de parábolas asindóticas. Otro ca-

pítulo del codex: yo había ido recabando pruebas de cómo Tató había transformado el recio carácter de Jean en una especie de muñeco de plastilina. Me habló de Tatiana, sacándola del azul del cielo. No es porque Tatiana no pudiera aparecer en una de nuestras conversaciones. Dejamos temas suspendidos por años, que sin advertencia (¿Te acuerdas de Tatiana?) afloran y retoman un ritmo conversacional vigoroso.

—Ahora bebe como una cuba. A la hora del desayuno ya tiene dos güisquis sedimentados en la cabeza—. Cuando confesó esto, yo tenía el vaso a medio camino de la boca. Lo dejé colgando en el aire. La luz amarillenta de la lámpara coloreaba el líquido cristalino con el tinte de los escoceses. Pensé en Tatiana. Habíamos ido a visitar en su castillo del Loira a la tía de Jean, madame Sube, una anciana menuda, quien después de las presentaciones de rigor, preguntó impaciente si *monsieur* era un árabe; y de regreso a París (Jean tan cumplido con su rosario de visitas) entramos a decir *bon jour* a Tatiana y su señora madre, una vieja duquesa rusa de San Petersburgo, que al enterarse de mi nacionalidad exclamó como si fuera su último aliento: “¡Es la primera vez que veo a un venezolano!”

—Es una lástima —prosiguió Jean—, la pobre Tatiana, el más puro líquido sanguíneo de la aristocracia rusa, abandonó la galería de arte y ahora se parece a cualquier mendiga de París: incoherente, desvaría, pestilente a alcohol y cigarrillos; le ha dado por regresar a San Petersburgo a recuperar los bienes de la familia. ¿Tú te imaginas?—. Se llevó el dedo a la sien y lo estrujó con los mismos gestos de cuando apaga una colilla. La parábola me dio ganas de mandarlo al carajo, de pararme y regresar a la lóbrega soledad de “mi” apartamento; a los bancos del jardín de Luxemburgo, a unirme a los ancianos solitarios que arrojan migas a gorriones, palomas y gaviotas.

Jean consultaba el reloj tratando de disimular su impaciencia. Le oí un gruñido a lo Lola. Pensé en cuánto le debió haber costado acoplar su idiosincrasia a la del asiático. Y todo por no quedarse solo, en esa soledad aplastante de París, saturada de huera fórmulas de cortesía cuyo espejismo no hace sino ahondar más la fosa. Se le había terminado el chocolate y yo, desentendido, flotaba en la niebla de humo de cigarrillo, contemplando la posibilidad de darle otro zarpazo a un nuevo trago de ginebra cuando, auxiliado en la puerta por un argelino, sin

duda, entró Tató cargado de paquetes (parecía una Madame Butterfly llegando de las Galerías La Fayette). El olor a pato laqueado, a chop suey, la voluminosa compra donde se escondían otras ambrosías asiáticas, me aseguraban una vacación estomacal nefasta: la comida china es el mejor estimulante de mi perpetua acidez. Pero no había manera de sortear esa imposición. Tató sólo se alimenta con productos de su cultura, y eso ha bastado para cambiar los hábitos alimenticios de Jean, al menos internamente; porque cuando abandonábamos la cárcel, Jean recuperaba el sentido de la gastronomía francesa y comíamos como reyes. Por supuesto, Tató no nos acompañaba.

—¿Compraste todo, *mon cher*?—le preguntó en ese tono hipocorístico conque los franceses hablan a sus perros.

Respondió con un *oui* seco, como un latigazo. Imaginé que la costumbre había desarrollado en Jean un colchón de indiferencia. Hizo señas al mesonero, pagó y dijo cansino: “¡Vamos!” Eran las ocho y media.

Andar con Jean por carretera no me resulta agradable; creo que tampoco con muchos franceses: hay una velocidad de desplazamiento francesa que desconoce el matiz de la lentitud. A la altura de Colombes aux deux Églises, me preguntó:

—¿Ese nombre te dice algo?—. Sin duda que me interrogaba para comprobar la solidez de mi piso histórico. Siguiendo el juego de preguntas y respuestas a que a veces me sometía, le respondí:

—Un hombre grande yace aquí en su gran tumba.

—Sostenme el volante —me dijo satisfecho, preparándose para encender un cigarrillo. Miré el velocímetro, íbamos a ciento sesenta.

Tató y Lola se habían arrebuñado y dormían. No sabía cuál de los dos roncaba más; aunque el sonido apretado, de peñascos chocando unos contra otros, era el de Lola. La sentía nerviosa, a momentos daba saltos bruscos, erguía el torso, la cabeza; los ojos febriles ardían en la oscuridad.

—Lola no ha estado bien últimamente —dijo Jean traduciendo mi desasosiego—. Ayer tuvo un ataque un tanto severo. Ese magma del pecho va y viene, sube y baja. ¡Pobre Lola, creí que iba a morir! Está realmente mal.

Un flash alumbró mi insuficiencia de conmiseración ante el delicado estado de Lola; mas no hasta el punto de expresárselo a ella. Podía estar muriendo sin perder su imperturbabilidad. Apelé al formulario de cortesía francés: “*¡Ah, je suis désolé!* (“lo siento”), le dije a Jean como si le anticipara un pésame.

A unos cincuenta kilómetros de la mansión, los ronquidos de Lola habían crecido a una anormalidad preocupante. Tató, que se comunicaba con ella más allá de toda racionalidad, despertó alarmado.

—Es una nueva crisis, Jean —dijo como con ganas de chillar.

Jean habría querido aumentar la velocidad, pero habíamos dejado la autopista y entrado en una angosta carretera hecha de curvas.

—Lola, mi pequeña, *ma chérie* —le susurraba Tató.

Ahora yo no dudaba que el asunto era grave: el pecho le sonaba como un reverbero.

—Ya estamos llegando. Todo va a salir bien —decía Jean calmando a Tató, quien susurraba a Lola una canción de cuna en chino; lo deduje por el sonsonete.

Por entre la vegetación, mostrada entre curva y curva, vi la mansión sobre el altozano. Jocelyn había encendido las lámparas de fuera y algunas luces dentro. Solía hacerlo cuando se esperaban invitados. Eran las doce y media de una noche fría, de campos llanos y cubiertos de una pelusa de escarcha.

Jean telefoneó a un joven veterinario amigo, el *médico de cabecera* de Lola. No, no está. ¡A quién se le ocurre llamar a esta hora! —respondió acremente una voz de mujer.

A pocos metros de la casa, en el jardín de perfumados cipreses, oímos el choque final de las embravecidas olas de flema acompañado de una sonora ventosidad. Lola moría. Tató berreaba.

A Jean le disgustan las escenas. Fríamente, se dispuso a hacer lo que corresponde en esos casos: bajar a Lola, el equipaje...

Jocelyn, también con canales de acceso a la dimensión de Tató, la extrajo del auto como a un bebé, cargándola en sus rollizos brazos de campesina del Franco Condado; lo condujo al interior de la mansión, mientras la consolaba con sus buenos y simples consejos: “Calma, mi Tatoné, ella era una perrita estupenda. Al fin ha descansado”.

GARCÍA LÓPEZ ARACELI

araceli_mallorca@yahoo.es

Nació en Mallorca, España (1956), bella isla situada en el Mediterráneo. Diplomada en Turismo. Desde hace 20 años trabaja en la Escuela de Turismo de Baleares, ejecutando distintas tareas: jefe de secretaría, profesora de mecanografía, prácticas de oficina y taquigrafía para los Mandos intermedios; también en el diseño y puesta en marcha de proyectos de formación ocupacional y continua subvencionados por el Gobierno Balear y el Fondo Social Europeo; como coordinadora de dichos cursos hasta su finalización, y como jefe de la Delegación de la Escuela en la ciudad de Manacor (Mallorca). En 1997, se le concede el Escudo de Plata de la Escuela, en reconocimiento a la labor realizada. Gran lectora e interesada en la escritura, desde pequeña empieza a escribir a partir de su entrada en el Foro de *Sensibilidades* (2002), lugar donde se reencuentra con el viejo sueño que no pudo hacer realidad anteriormente por motivos familiares y laborales. Actualmente es miembro fundador del foro literario Forum Letras Libres. Ha sido Coordinadora y webmaster de las ediciones de la *Revista Literaria Sensibilidades*

OBRA LITERARIA: Poemario: *Palabras de luna* (Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2004), ha sido editada en diversos números de la *Antología Sensibilidades* desde 2002 hasta 2005, siendo autora invitada en dos de ellas. También ha participado en otras antologías colectivas como en la de *Rincón literario Anuario ETB* (2001/02–2002/03–2003/04), y 1ª y 2ª Antología Internacional Forum Letras Libres (junio 2005/noviembre 2005) Versión PDF (<http://biblioteca.letraslibres.org/>). Textos de su autoría se han publicado en webs literarias como:

El Escribidor. www.fuentedelberro.com,

<http://members.tripod.es/mayortirallo>

<http://personal.telefonica.terra.es/web/juan—planas/araceli.htm>

<http://alenacollar.sensibilidades.com>

<http://www.aeii.org/galeria/galeria.htm> y

http://usuarios.lycos.es/tomeu_tolo/palabrasl.html

EL CUPÓN

Todo comenzó el día anterior, cuando le tocó el cupón de La once, 300.000 € para ser exactos. Eusebio, que nunca vio más de 100 € juntos, creyó enloquecer cuando fueron saliendo los números, uno tras otro, en el mismo orden que él los estaba leyendo en el trocito de papel

de colores que tenía en la mano. El grito de alegría debió oírse en toda la comunidad, pero como eran unas viviendas bastante ruidosas nadie le dio importancia.

Cuando se serenó un poco empezó a congratularse de que no hubiese nadie en casa en ese momento. Su mujer se había ido con los hijos al cine, bastante molesta, todo hay que decirlo, por su negativa a ir con ellos. Como siempre empezó a despotricar contra él, llamándole mal padre, mal marido y mil epítetos más. Se iba a enterar la bruja... ni un euro iba a ver de aquel dinero. Al fin y al cabo, lo había comprado él y no pensaba compartirlo.

Por una vez iba a hacer lo que le diera la gana y darse todos los gustos que le apetecieran; el primero sería perderla de vista, a ella y a los molestos hijos; por lo menos por un tiempo. Luego ya se vería.

Aprovechándose del enfado, escribió una nota: Maruja, esta vida es insoportable. Las peleas son diarias y un mal ejemplo para los niños; creo que seréis más felices si me alejo de vosotros. Cuando esté instalado, ya sabréis de mí. Adiós.

Buscó un hotel de cinco estrellas y se dispuso a pasar la noche cómodamente instalado viendo películas porno de pago del canal satélite. De todas maneras no podría dormir –pensó– no estaré tranquilo hasta que no lo deje depositado en el banco.

La película comenzó y Eusebio, que no perdía detalle, se preguntó dónde estaban esas mujeres tan perfectas en la vida real, porque él no había visto jamás ninguna... ¡le estaba entrando un calorillo por el cuerpo!

Vamos, Eusebio, que es tu oportunidad. Ahora o nunca. ¿Por qué no encargas que una mujer de bandera, de las que salen en las películas, venga al hotel para hacerte compañía? Anda, hombre, que te lo puedes permitir. No seas tacaño –insistía la vocecita una y otra vez– llama a recepción, seguro que te podrán ayudar si les ofreces una propina generosa.

Pero es que aún no he cobrado el cupón, joder –respondió en voz alta a la vocecilla incordiante– mañana, puedo esperar a mañana.

No seas tonto, Eusebio, lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana. ¿Y si te da un telele esta noche? Vamos, te mueres sin cobrar y sin catar. Aprovecha la ocasión. Después de todo, si le dices que la

contratas por el doble pero que cobrará como muy tarde a las 9, seguro que accede.

Sin poder resistirse más y con los gemidos que salían de la televisión colándose en su cerebro, llamó a recepción y con voz tímida hizo la pregunta. El recepcionista debía recibir a menudo encargos de ese tipo porque no se extrañó en absoluto y le garantizó un servicio de lujo en media hora.

Temblando de ansiedad, la media hora se le hizo eterna y cuando oyó los golpes suaves en la puerta de la habitación, casi se cae de la cama, en su precipitación por abrirla. Cuando lo hizo, se quedó con la boca abierta ante la figura de la divinidad que acababa de llegar.

¡Hola! Soy Vanesa. Creo que has solicitado mis servicios ¿verdad?

Sí, sí, lo he hecho. Me llamo Eusebio. Pasa, pasa.

No sé si Mauricio te ha dicho mi tarifa: son 2000 € por adelantado. Tal vez te parezca mucho, pero te garantizo que vale la pena. Te voy a transportar al cielo.

Bueno... verás, no he querido comentarlo con el recepcionista, no te voy a poder pagar por adelantado. Te explico, acaban de tocarme 300.000 €, pero no los puedo cobrar hasta mañana a las 8, cuando abran los bancos. Lo que pasa es que estoy solo y pensé que tenía que celebrarlo y bien... si aceptas, te pagaré el doble.

Vanesa se echó a reír y dijo: ¿crees que soy idiota?

Noooo, mira, mira, lo tengo aquí, te juro que es verdad. No te miento. Si quieres, consulta por teléfono el número que ha salido esta noche.

Ella cambió la expresión y se fue hacia el teléfono. Preguntó y le dieron la información. A partir de ese momento, todo fueron mieles. La pasión casi se podía cortar, de lo densa que se sentía. Al cabo de una hora le susurró al oído ¿valgo lo que vas a pagar?

Y más, mucho más. Eres maravillosa.

¿Confías en mí?

Eusebio movió la cabeza afirmativamente una y otra vez.

Déjate hacer y no preguntes. Te voy a hacer algo que no olvidarás nunca.

Eusebio se estremeció. Se le puso todo el vello del cuerpo de punta ante la perspectiva.

Vanesa sacó un pañuelo y suavemente le vendó los ojos.

¿Ves algo? No, nada. ¿Seguro? ¿No me engañas?

No te engaño, no veo nada, pero te siento muy cerca, huelo tu piel.

Dame una mano. Vanesa ató su muñeca con un pañuelo al cabezal de hierro de la cama.

Ahora la otra. Repitió la operación con la otra muñeca.

Después empezó a besarle por todo el cuerpo y a pasarle algo por la piel, como una pluma, o algo así. Siguió y siguió y Eusebio ya no sabía ni donde estaba.

Ahora viene lo mejor –oyó que le decía bajito– espera un momento que voy a prepararme para el siguiente numerito, cariño.

No tardes, querida, no tardes. Espero con impaciencia.

Al cabo de unos minutos, volvió Vanesa. Eusebio notó algo muy frío por todo el cuerpo y como ella iba bebiendo de él. ¿Quieres un poquito, niño malo? ¿Tienes sed? Le puso una copa en los labios y le dio de beber. Era cava. Un fresco y delicioso cava. Se bebió la copa entera y al poco rato comenzó a sentirse lacio, sin fuerzas, los ojos se cerraban bajo el pañuelo y enseguida se durmió como un bendito.

La policía lo encontró desnudo y atado sobre la cama cuando al cabo de 24 horas entraron en su habitación con las llaves de la Gobernanta, que los llamó cuando oyó los gritos del pobre Eusebio.

Ni que decir tiene que no había ni rastro del cupón y que Eusebio no olvidó nunca su gran noche, aunque a decir verdad, le salió bastante cara.

En el Caribe, Vanesa y Mauricio brindaban, días más tarde, por su benefactor.

GONZÁLEZ XABIER

correo@xabier.org, alexab@yahoo.es

Nació en Ourense, Galicia (1958), Presidente Honorario del Consejo Editorial de "Alternativa Editorial", miembro del Consejo Asesor de la Editorial "Arisolis", miembro Honorario de la "Asociación de Escritores de Mérida" (Venezuela), Botón de Ouro de la Asociación Fillos de Ourense de Caracas (Venezuela), miembro de la "Fundación Alexandre Bóveda"; del "Centro de Iniciativas Socioculturales"; del "Clube Gastronómico Ourensán-Amigos da cociña rural da Galicia"; de las compañías teatrales "Kéltike Teatro" y "Taller Experimental de Teatro", de la revista "Eixo dos Chaos". Promotor y fundador de la "Fundación Nós", de los "Ateneos Galeguistas", de "Universitarium", de la "Feira-Mostra de libro de Autor", de "Portal Literario" y "Literartaris", de "A.C. Ourense Dixital", de la "Cátedra de literatura en Internet", de "Libros de autor.com" y del registro de propiedad de autor en Internet "NIRIP-Code". Director teatral, en diferentes etapas, de "Kéltike", "TET." y "Orballo Teatro"; coordinador-director del "Festival do Teatro Galego" (Carballiño, ediciones 1991 y 1992), exdirector de medios de comunicación (prensa escrita y TV), participó como actor en el largometraje "Fresas Amargas" (Galicia, 1993), ha prologado cerca de cuarenta libros de escritores europeos y americanos.

OBRA LITERARIA: Novelas: *El efecto Doppler* (1999) *La memoria de los triángulos* (2004) *Mudayyan* (2005). NARRATIVA *Escritos de nación prohibida* (Gallego, 2001) *Corsario de ciudad* (2002, 2003 y 2004). Poesía: *Nas corredoiras do íntimo estronicio* (Gallego, 1985), *Juegos de olvido* (2001 y 2003). Teatro: *Keltike* (Gallego, estrenada en 1984), *Nanta Enac Luf* (Gallego, estrenada en 1984), *Nemet ou o canto de sol do canto de sombra* (Gallego, estrenada en 1984) *Espada o prato* (Gallego, estrenada en 1985, traducida y estrenada en castellano y catalán), *Cantigas para unha guerra* (Gallego, estrenada en 1985), *Altariac Eirin* (Gallego, estrenada en 1986), *O papamoscas vexetariano* (Gallego, estrenada en 1991), *Petra e Karim* (Gallego, estrenada en 1992). Multimedia: *El silencio de los árboles* (textos recitados, 2004), Publicaciones colectivas: *Palabras Mansas* (2002), *I,II,III,IV,V,VI Antología Internacional Sensibilidades* (2002, 2003, 2004, 2005), *Eñe, Antología Internacional de escritores* (2003), *Antología Internacional Sensibilidades Oro* (2005) *II Antología de Poesía erótica: larghetto ma non tropo* (Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela, 2005). www.xabier.org, www.xabierngonzalez.net, www.xabierngonzalez.com

Epifanio Espírez Borges, con perdón de todos ustedes

Galicia 2005

1.

Han pasado nueve años desde mi jubilación y ayer, ¡por fin!, conseguí el ansiado ascenso a la fila nueve. He sacado el traje gris marengo del armario y los zapatos nuevos, la camisa blanca con mis iniciales bordadas y la corbata con florecillas de lis tan doradas como discretas.

No es domingo, pero huele a fiesta; nueve años después podré sentarme casi en primera fila para ver el horizonte de cerca, aunque siga tan lejos como siempre.

Creo que iré andando, paso a paso, lenta y esforzadamente; recordando, como si fuera hoy, ese ayer de hace muchísimo tiempo que fue mi último día de trabajo en la planta tercera izquierda, despacho nueve, de la Academia. Era febrero y veintinueve; jadeaba, cansado por sus ya casi nueve décadas, el siglo XXI... Amber, Gio, Estrella y Feli me regalaron un objeto plástico, de aspecto cilíndrico, y media docena de rectángulitos blancos colocados tras un cristal, enmarcado en madera auténtica. Me sentí afortunado y dichoso como nadie; que te regalen un carísimo bolígrafo de esos que se utilizaban para escribir a mano a mediados del siglo XX y unos folios de papel era, sin lugar a dudas, una extraordinaria muestra de afecto.

Jubilarme, como ejecutivo de segundo nivel de la WRAE, en aquellos tiempos de finales del siglo XXI me hizo acreedor, según comprobé más tarde, de las mismas ventajas que a finales del XX. Quizás la única diferencia es que todo estaba mucho más organizado; sobre todo porque, en aplicación de un dictamen de la CDH. (Comisión de Derechos Humanos), se habían numerado escrupulosamente todos los asientos de todos los bancos de cada parque.

Posiblemente la medida fuera eficaz y hasta lógica; pero nunca acepté, de buen grado, esa obligación de sentarme a tomar el sol allí donde unos burócratas me colocaban, como si fuese un objeto. Cualquiera diría que eso no tiene mucha importancia, pero no es cierto. Con la pulcritud de cualquier proceso aséptico, la Administración nos tiene ordenados, a los ancianos, en una lista pública que mantiene en secreto; las únicas razones que invocan se me hacen tan estúpidamen-

te esperpénticas que la sangre me hierve: el “bien público y social” que exige la protección psicológica del menor, demandando una “reubicación adecuada en espacios específicos” del exceso de población de tercera edad ... la necesidad de que los paisajes urbanos tengan un desarrollo sostenible, en lo que al aspecto visual se refiere... el factor “auxilio noventa y nueve”, que resume y aplica el mandato de atención sanitaria pública a sectores de riesgo... etc., etc.

Tonterías, una vez más los burócratas de la Administración han conseguido generar su propia fuente de ingresos porque, se diga lo que se diga, la misma existencia de una lista de espera favorece la corrupción y el tráfico de influencias. No es de extrañar entonces que los privilegiados consigan, por su poder adquisitivo o porque tienen amistades que los protegen, asientos en bancos situados en lo alto y, además del sol, disfrutan de unas vistas excelentes; a los demás, que somos la inmensa mayoría, nos asignan lugares a ras de tierra con “posibilidades de ascender”, emparedados entre setos de mirtos y que huelen a todo menos a incienso.

Yo soy uno más de “los demás”, que lleva años subiendo cansinamente los peldaños que la Administración desea, acercándome poco a poco a los asientos de élite... mientras reflexiona sobre el sinsentido de una esperanza turbia, cuya única lógica es que aquellos que me preceden vayan muriendo...

Pero hoy me sentaré al sol de esta mañana de Septiembre, miraré cara a cara al horizonte para sentirme todo lo lejos que quiera... con mi traje gris marengo, mi camisa blanca y mis zapatos nuevos...

Con un poco de suerte, por unos instantes, olvidaré que soy un viejo rememorando mis últimos días como obrero cualificado de la ilustre Academia.

2.

La reunión anual la WRAEE (World Republican Academy de Escritores Eméritos) se había retrasado casi tres años pero, aunque a muchos les doliera, las causas y motivos estaban más que justificados y tenían mucho peso.

Fundamentalmente había dos causas y tres motivos, aunque se habían barajado cientos.

La primera, por orden alfabético, de las causas no tenía mucha importancia; exactamente lo mismo le ocurría a tres de los tres motivos. Quedaba por tanto el peliagudo asunto de Epifanio Espírez Borges, oscuro autor de su propio personaje que, por muchas pesquisas que la WRAE había realizado, llevaba años en paradero tan desconocido que ni siquiera él mismo sabía dónde se hallaba.

3.

Ya desde niño, Epifanio Espírez Borges, demostró cualidades sobresalientes. Cursó sus estudios de bachillerato en un colegio de frailes pertenecientes a la orden de los Capuchinos Descalzos, en régimen de internado con derecho a visitas “bis a bis”.

(Conviene hacer un alto para matizar que, durante las citadas visitas, practicaba sexo oral mientras se comía un bocadillo de pan, cebolla y chorizo. En realidad se trataba de inocentes debates sobre Proust o la inconfesable adicción de los filósofos desestructuralistas franceses al vino tinto con gaseosa; incluso, en contadas ocasiones, los derroteros de la contienda dialéctica, tan impulsiva como adolescente, se inclinaban peligrosamente hacia ideas ultraconservadoramente liberales con tropezones de marxismo-leninismo de opereta.

Entre los asiduos asistentes a esas visitas “bis a bis” estaba la Condesa Viuda de Cienfuegos; mujer notable el lo intelectual, aunque escasamente dotada en lo que al aspecto exterior se refiere. Doña Estefanía deleitaba al niño silbando, en re menor, piezas musicales de cámara correspondientes a los siglos XVIII y XIX; incluso hubo una ocasión especial en la que, acompañada de un sutil chascar los dedos, interpretó algo parecido a “Il va pensiero”. Su romance intelectual feneció cuando Epifanio Espírez escuchó a Elvis Presley; desde entonces, las visitas de la Condesa se fueron espaciando hasta cesar por completo.

La sustituyó, en su función, Palmiro Gelmírez de Córdoba; un hijo de la Gran Bretaña, que había nacido cerca del lugar donde murió una flor en primavera. Don Palmiro le enseñó, con notable éxito, artes marciales que se practicaban con el pulgar y el meñique de la mano izquierda; logrando que Epifanio Espírez controlara hasta tal punto sus emociones que, como efecto secundario, impidió a nuestro héroe echarse en manos de Onán hasta que cumplió los diecisiete. Como

dato añadido a este período, dicen los exegeta que Palmiro Gelmírez es el responsable directo de que Epifanio Espírez conjugara, con especial acierto, una triste figura de insatisfecho y una salud precaria en lo sexual y escasa en lo emotivo.

Pero, sin duda alguna, quien más influencia tuvo en la trayectoria futura de Espírez fue Fray Sebastián de Cerceda. Monje antes que laico y fraile después de cocinero, Fray Sebas inculcó en Espírez un hambre endémica que, como su propio nombre indica, aparecía en aquellos momentos de la vida de Epifanio en los que comer poco o nada era el único plato que, no se sabe si el destino o algo tan vulgar como la falta de dinero, ponía sobre la mesa. En sus amplias entrevistas, Espírez y Fray Sebas, debatían sobre el sexo de los ángeles y el papel que los diablos jugaron en la guerra de Troya, el desembarco de Normandía o algo tan prosaico como la historia de Herculano y Pompeya. Dicen las crónicas que se sentaban, ambos, sobre unos orinales de porcelana y, una vez cómodos, desplegaban todos los fuegos de artificio que permitieran dar realce, pompa y glamour, a su parca y tosca pero erudita sapiencia. Cierto es que las explosiones que se escuchaban en la celda no eran pirotécnicas y que, por otra parte, la emisión sutilísima de partículas de gas natural, no precisamente inerte, contribuía decisivamente a que la estancia no quedara perfumada ni con olor a rosas ni con aromas de santidad que uno reverencie. El ciclo de Fray Sebas terminó en un abrir y cerrar de ojos tan inesperado que pilló, a Espírez y a la Congregación, totalmente por sorpresa. Fue un domingo de Pascua, en el que el monje estrenaba pantalones nuevos; al cerrar la cremallera de su bragueta, Fray Sebastián se pilló los melindres entre el quinto y el sexto diente. Falleció dos lunas después, víctima inocente de la gangrena, entre dolores y gritos espeluznantes, maldiciendo la hora en la que había tenido la idea de sustituir, aunque fuera ocasionalmente, el hábito que hace al monje por unos pantalones vaqueros de la marca “Levi’s”.

Hubo más visitantes, pero eran de número y tampoco es cuestión de gastar hojas en quienes pasan de puntillas y no dejan más rastro que una simple huella en la inmensidad de las arenas del desierto)

Siendo ya, nuestro valiente héroe, bachiller convicto y confeso; decidió darse un respiro sabático y se sentó en el cómodo sillón que tenía

su padre en la azotea. Pasó así todo un día jueves y casi todo el viernes siguiente, sin perder detalle del vuelo de las palomas y sin probar bocado ni gota de agua, ensimismado en no se sabe qué pensamientos o proyectos. Fueron horas de ardua introspección, de sacrificio sin pausa ni tregua, con la mirada perdida y pestañeando lo justo para no quedarse ciego. Hay quien afirma que fue trance místico y que, por primera vez, tuvo una o dos de esas revelaciones divinas que te marcan la existencia; otros, sin embargo, sostienen que estaba cansado y que se quedó dormido... en lo que a mi respecta, me da igual si le visitó Morfeo o el Espíritu Santo, en forma de paloma, se le posó en el hombro izquierdo y le anunció que María esperaba un hijo sin él saberlo.

El caso es que, ya repuesto, bajó a la taberna que había enfrente; pidió el periódico y un vaso de agua con dos azucarillos y una servilleta. La robusta camarera, Concepción María Sinvergüenza, le trajo un plato de guisantes con jamón y, de postre, una pera limonera; para sorpresa del hambriento Espírez y antes de que probara bocado de lo que había sobre la mesa, Conchimaría le dio un beso en la mejilla y le dijo que esperaba un hijo suyo desde hacía siete meses.

A Epifanio Espírez Borges le pareció que aquella señora tenía una paciencia de madre encomiable, esperar a un hijo siete meses era algo digno de elogio y, sin duda alguna, una actitud de gran humanidad y enorme mérito. Quizás por eso —cuando Conchimaría le dijo que el hijo era de él— la sorpresa le pilló tan desprevenido como es lógico y hasta normal que nos pille la sorpresa.

—No es posible... ¡es la primera vez, Señora, que la veo!

—¿Acaso dudas de mi palabra?, te creí más caballero...

Hecho padre por decisión de madre y de buenas a primeras, sintió como el ombligo se le encogía y un raro escozor le recorría la nalga izquierda. Cuarenta y ocho horas después, Conchimaría paría una hija de ojos azules y color negro; frente a la comadrona, Epifanio Espírez asumió su paternidad sin reticencias ni complejos... “al fin y al cabo —afirmó en unas declaraciones oficiosas que jamás se confirmaron— las familias monocromáticas son solo una de las muchas posibilidades que ofrece la estética doméstica”.

En el registro civil de un lugar olvidado, en un acto sencillo e íntimo, registraron como Bienvenida Espírez a la niña de ojos azules y

color negro; esa misma tarde, Conchimaría y Bienvenida, desaparecieron en la niebla.

Solo y aterrado, Espírez se entregó a la mala vida y naufragó entre incontables páginas de best-sellers y literatura de arte y ensayo decadente. Fueron años de sombra en una vida llena de claroscuros de luz, hasta que se dio de bruces con la historia de Juan Ataulfo Roldán y comprendió lo que el mundo esperaba de él. Escribió entonces su primera y brevísima novela, a la que puso un título tan extenso que condicionó su edición impresa, obligando al editor a poner la historia completa en portada e incluir el título en las doscientas hojas, más o menos, de las que constaba la novela.

(Como documento excepcional, reproducimos íntegramente el texto de la novela: “Ciego y parapléjico de nacimiento, Juan Ataulfo Roldán colocó una claraboya en el jardín y dejó que la naturaleza hiciese el resto”).

La novela obtuvo un gran éxito cuando, en un arranque de inspiración comercial, la editorial que la había publicado vendió toda la tirada a una comunidad de vecinos que, un fin de semana, se había quedado sin leña para la caldera.

A partir de ese momento, la carrera de Epifanio Espírez Borges resultó tan imparable como sorprendente y, uno a uno, fueron cayendo los éxitos de crítica y público.

Mientras tanto, Espírez desataba nudos marineros sentado en las riveras del tiempo; hay quien dice que una vez vio pasar a la muerte en bata de casa y zapatillas camperas, pero es absolutamente seguro que viajó hacia el Este y que, lamentablemente, descubrió que el sol no nacía todos los días y que no hay ombligos grandes sino inteligencias pequeñas.

4.

Sonriendo, descarado y sigilosamente, fue pasando el tiempo. Creador compulsivo donde los haya, Espírez escribía, con mano firme y renglones torcidos, un texto poético cada diez minutos; llegando completar una novela histórica en cinco horas o una enciclopedia de las ciencias, exactas e inexactas, en los tres días siguientes. Quizás por ello, las editoriales se disputaban no publicar a Epifanio Espírez; pero él no cejaba en su empeño.

Sus veintidós títulos no publicados habrían llegado a la gente como, posiblemente en toda la historia de la literatura, jamás escritor alguno lo hubiera hecho; sobre todo –como dato al margen- el titulado “Vida y obra de una langosta ciega que sobrevivía haciendo punto de cruz en las profundidades de los problemas tangenciales y la asincronía abisal de la fisión nuclear provocada por las diarreas”.

Un martes, diez de Junio para ser más exactos, se dio cuenta de que había llegado al cenit de su carrera literaria. Sus obras se leían masivamente por Internet, aunque nunca hayan constado datos fidedignos que certifiquen, sin margen de duda, que este extremo sea cierto. Y en el mundo del libro impreso, su ensayo “La incidencia de los enjambres de moscas y los signos zodiacales en la vida nocturna de las polillas que danzan alrededor de las farolas” fue un éxito mayúsculo, escrito en minúsculas.

No compraban el libro, sobre todo, esos pobres que nunca compran libros porque, una de dos, o no saben leer o no tienen dinero; pero inundaban las librerías para ojearlo con descaro y ojillos vidriosos de lujuria. Dicen, sus enemigos, que la razón no era otra que las ilustraciones de polillas y “polillos” copulando a la luz de la gama de farolas más completa que se haya visto nunca; incluso había instantáneas de moscas voyeurs pilladas in fraganti y otras en las que, científicamente, se demostraba que el sexo a tres es el único real porque se da entre los dos que lo practican y el tercero que, disimulando sus ganas como puede, se queda fuera.

Todo lo anterior no era óbice ni valladar para que, no se sabe muy bien la razón, una pléyade de dos o tres intelectuales marginales se convirtiesen en sus más fieles lectores. Eran un poco sus profetas, aquellos enviados para difundir su palabra entre los seres humanos; lástima que lo hacían por vedettismo, simplemente por dar la nota o quedarse con el personal en reuniones y tertulias de autores, escritores, críticos y demás “nadas-de-nada” célebres.

Llegados a este punto, Marcelo Wells fijó sus ojos en él y le dedicó cuatro líneas en su columna anual titulada: “Tarados e ineptos”. Aunque utilizase pocas palabras y pareciese, a simple vista, que más que loa era cachondeo; el afamado articulista no reparó en elogios sobre la obra de Espírez. Dijo textualmente que “Epifanio siempre destacó en

no ser nadie, ni como persona ni por sus textos; eso sí, creo que en la historia de la literatura nadie mejorará esa habilidad que él tiene”.

La crónica de Wells marcó un punto de inflexión en la existencia de Espírez. Un domingo, después de la misa de diez, decidió pasarse primero a la clandestinidad y luego al más puro y duro anonimato; decisión que mantuvo hasta sus últimos días y penúltimas consecuencias. Llegó a tal extremo que, es un hecho contrastado, pasaba desapercibido incluso en los múltiples actos de homenaje que sus dos o tres fanáticos seguidores le organizaban diariamente.

Ya nonagenario escribió su testamento apócrifo, cosa que no es nada fácil ni se ha repetido jamás en la historia del planeta Tierra, y convocó una multitudinaria rueda de prensa, a la que sólo asistió una periodista en prácticas, Mercedes Balbuena, que llegó cinco minutos después de que él se fuera.

Años más tarde, Mercedes contaba que esa experiencia le había marcado para siempre: “El dossier estaba allí... tenía un título exageradamente extenso...”.

Balbuena comentó off the record que, en hoja aparte, Espírez había escrito un breve texto: “Me voy, ya sé que os disgusta y os apena pero los superaréis. En legado postrero dejo, a la humanidad, mi obra entera; desde ahora sois sus guardianes, los encargados de trasmitirla a generaciones venideras. Os lo advierto, ¡que nadie me busque porque igual me encuentra!”.

Siguiendo sus órdenes al pie de la letra y también por temor a encontrarlo y que volviera, nadie buscó a Espírez. Pacientemente, los años fueron corrigiendo y adaptando a la realidad sus textos. Hacia la mitad del siglo XXI, Esteban Meléndez –Premio Príncipe de Asturias por su decisiva aportación científica en el “Proyecto España”, que permitió erradicar de la faz de la tierra cualquier rastro de esa peligrosa filosofía existencial de los gallegos que consigue, sin mucho esfuerzo, que nadie sepa si suben o bajan las escaleras- rescató del olvido los pocos textos de Espírez que se conservaban y financió un movimiento, a nivel mundial, que cambió la cultura, y algunos dicen que el clima, de ambos hemisferios.

La cruzada de Meléndez pasó a la historia como una acción beligerante contra el sistema literario y editorial, logrando que los conteni-

dos de cualquier libro se publicaran en portada mientras que el autor y el título, siempre extraordinariamente extenso, estaban impresos en el interior. En una entrevista posterior, Esteban Meléndez afirmó que “significa una gran revolución porque hemos conseguido que los lectores compren los libros no por quien los ha escrito sino por lo que contienen”

5.

Tratado ya como un fenómeno mediático, Espírez pasó a ser objeto de diversos onanismo mentales de pensadores y ensayistas. Dos hojas de papel en blanco, en las que decían se advertía un texto manuscrito de Epifanio Espírez, eran objeto de culto en “La Sorbona” y una servilleta amarillenta, que aseguraban conservaba la huella de sus dedos engrasados después de comer una hamburguesa, había sido adquirida por un millonario, en una subasta londinense, por la nada despreciable cantidad de veinte kilos de oro y la donación, a la Iglesia Anglicana, del dedo meñique de Tomas Moro después de quemarse con la llama de una lámpara de acetileno.

Y es entonces cuando la WRAE. entra de lleno, encargándome una completa compilación de la vida y obra de Epifanio Espírez Borges, alias “El Maestro”.

Me jubilé antes de terminarla; en siete años de dedicación exclusiva, apenas me dio tiempo para leerme los títulos de sus seis primeras obras... eso sí, descubrí que el verdadero padre de la hija de Conchimaría era un fraile de Namibia que, por aquel entonces, estaba en el pueblo para perfeccionar, mediante la práctica devota con sus feligresas, su vocación misionera.

6.

Luce un día espléndido en este mediodía de Septiembre. Creo que me he quedado transpuesto unos momentos porque, a través de mis gafas de lejos, veo el horizonte más cerca.

—¿Ha leído usted a Borges? —me interpela el compañero que se sienta a mi izquierda.

—No... ¿y usted?

—Si... me he leído leyéndolo.

Miro el reloj, esta tarde la Administración Gubernamental me dejará ver durante media hora a mi nieta. Sé que se lo debo a Espírez Borges, pero me cisco en sus muertos...

Con perdón de todos ustedes, quiero irme a casa... con mi vejez vestida de traje gris marengo, mi camisa blanca y mis zapatos nuevos.

MIREYA KRÍSPIN

mkrispin@cantv.net

Nació en Caracas, Distrito Capital (1940), reside en Mérida desde hace más de veinte años. Tiene un Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo, Postgrado de Propiedad Intelectual (Fac. de Ciencias Jurídicas y Políticas, Universidad de Los Andes. Desde 1978 fue Directora de Cultura del Estado Sucre y Directora de Cultura y Extensión de la Universidad de Oriente. Luego fue Coordinadora de Cultura de la Universidad de Los Andes, y hasta 2002 Directora de Información y Comunicación de la ZOLCCYT de Mérida. Fue Presidenta de la Asociación de Escritores del Estado Mérida (1990-2002) y Tesorera en la actualidad. Fundó el grupo “Triángulo Esmeralda”, junto a María Isabel Novillo y María Luisa Lázzaro. Como actriz ha participado en diversos grupos. Ha trabajado en series para TV y Cine. Participa en el espectáculo teatral-musical, “Cantando quiero decirte”, de Héctor Rago. En 1985 ganó mención de honor del Concurso Municipal de Poesía del Estado Mérida, con el libro *Junto a tu piel*. En 1988 el Premio Municipal de Literatura del Estado Mérida.

OBRA LITERARIA: *Recóndita clave originaria* (1981), *Fin o principio* (1981), *Junto a tu piel* (1985), *Las fieras no se rinden* (1993), *Del origen recóndito* (1995), *Almendra voluptuosa* (1996), *Intersticios de bares* (Relatos, 2000), *Antología poética de Mireya Kríspin* (1981-2004). Ha sido publicada en *Antología Poética Azor en Vuelo*, VI Ediciones Rondas, España, 1982; en *Antología Esencial de la poesía que se escribe en Mérida*, Instituto de Investigaciones Literarias Facultad de Humanidades y Educación de la ULA 1985; en *Nueva Antología de Poetas Venezolanos (Nacidos entre 1930 y 1960)*, Ediciones Solar, 2001, Compilador José Antonio Escalona-Escalona; en *Poesía femenina en Mérida*. Sumario, Academia de Mérida, Año 3, Num. 3 enero-junio 1996. I *Antología de Poesía y de narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida*, 2004.

RÍO CRECIDO

Era la una de la madrugada cuando regresaba por la carretera de Mérida hacia Tabay, rumbo a mi casa. Venía de atender una exposición, relacionada con la institución en la que me encontraba trabajando para ese momento.

Para mi gran sorpresa, al agarrar una curva venía un río por la carretera, que pasó por encima de mi jeep. El impacto reventó el bendix, razón por la cual no pude prender el vehículo.

No atinaba a entender qué era lo que sucedía, porque el agua traía palos, arena, piedras, en fin; pensé que el río Chama se había desbordado de su cauce.

En ese momento de profunda angustia para mí, apareció un camión y el chofer se estacionó a mi lado y me indicó que me bajara y me montara, ya que estaba corriendo peligro. Como cargaba unos zapatos nuevos y muy finos, me los quité, salté, me encaramé en el camión y me senté al lado del chofer. Él intentó continuar por la carretera, más era imposible, ya que el agua corría a gran velocidad. Entonces decidí regresarse y yo miraba atónita mi carro varado en el medio del camino, recibiendo la estampida de agua y todo lo que ella traía consigo.

Luego de haber rodado algunas cuadras, vimos un aviso de una posada que se encontraba subiendo hacia la derecha, y el chofer me dijo que iba a llegar hasta allí, a ver si podíamos alojarnos, ya que era prácticamente imposible continuar. Yo accedí, ya que verdaderamente las circunstancias no permitían tomar otra decisión.

Llegamos a la posada, nos bajamos y tocamos el timbre. Para nuestra sorpresa la persona que abrió era un ser muy extraño físicamente, se parecía a Cuasimodo, el del Jorobado de Nuestra Señora de París. El chofer le consultó si había habitaciones disponibles, y él respondió que no, pues estaba esperando unos turistas que habían reservado con antelación. Claro está, que él no se imaginaba lo que estaba pasando en la carretera, ya que este lugar estaba ubicado bastante más arriba de donde ocurría el desastre.

Nos miró con gran asombro, pero le insistimos en que había un río crecido y que el tránsito estaba obstruido.

En fin que nos permitió pasar y, cuál no sería mi sorpresa, cuando el chofer le pidió: “una pieza para los dos, por favor”. Yo casi me quedé paralizada, e inmediatamente pregunté si había otra habitación disponible.

La palabra pieza, automáticamente me remontó a un burdel. Sin embargo, el chofer insistía en su petición y el señor nos miraba sumamente confundido. Como mi solicitud iba agarrando fuerza, el señor se dispuso a buscar las llaves de dos habitaciones y nos las entregó.

Yo estaba nerviosa, y cuando introduce la llave el chofer, me dijo que por qué no lo acompañaba un rato. Yo lo miré muy seria y le res-

pondí que me dispondría a dormir. Debo confesar que cuando cerré la puerta del cuarto, miré hacia todos los lados a ver qué cosas podría poner detrás, para garantizar que no me la abriría. Agarré la peinadora y la rodé, lo mismo hice con la mesa de noche, y casi me sentí un poco más segura. Me quité las medias y me acosté en la cama. Para mi sorpresa, en la propia almohada caía una gotera lentamente, y me dije, ¡pero por Dios, qué de percances! Rodé la cama y al rato concilié el sueño.

No había transcurrido mucho tiempo cuando me tocaron la puerta de la habitación; oí una voz que me decía: “Mira, levántate, vamos a ver si tu carro aún está allí, o se lo llevó el río; o a lo mejor lo desvalijaron”. Por supuesto, era el chofer del camión. Miré el reloj y eran las seis de la mañana.

Presurosa me levanté, medio me enjuagué la cara y los dientes y salí. Allí estaba el hombre con una cara de disgusto enorme, y me dijo: ¿Qué creías tú anoche, no ves que con esta tos que yo cargo no hubiera podido hacer nada?

No le respondí ni una palabra. Me monté de nuevo en el camión, y claro, como yo cargaba una minifalda y me había tenido que quitar las medias la noche anterior, las piernas quedaron un poco al viento.

El caballero comenzó a bucearme y me preguntó: ¿Cuántos años tienes tú? Y aunque le estaba mintiendo, le respondí que tenía 75. Sorprendido se volteó y me dijo: ¡No joda! ¿con esas piernotas?

Yo no veía el momento de llegar a la carretera, para ver en qué estado estaba mi jeep. Pues bien, allí lo encontré, en el mismo lugar, lleno de pantano hasta el parabrisas. Las aguas habían bajado, pero la carretera estaba en un estado deplorable. Sin embargo, el camionero me dijo que iba a tratar de avanzar, porque él iba hacia Barinas y que cada quince días venía a El Vigía a comprar plátanos para venderlos allí; y con la misma me propuso que él podía buscarme para que lo acompañara en sus negocios.

Yo iba muda, solamente observando el estado del camino y los saltos que íbamos dando en el camión. Cómo estábamos cerca de mi casa, mi única aspiración era poder llegar y ver si realmente había paso hasta allá y enterarme qué había pasado con la crecida.

En la medida en que avanzábamos, comenzamos a ver los servicios de rescate, los bomberos, la policía, la prensa, en fin, toda una pa-

rafernalia relacionada con los acontecimientos. Preguntamos qué era lo que había sucedido y para mi sorpresa, no había sido el río Chama el que se había desbordado, sino una quebradita que pasa por mi casa. Me puse muy nerviosa, pues no sabía en qué condiciones estarían mis terrenos y mi casa. Saltábamos entre palos y piedras y el camión patinaba sobre la arena.

De pronto el camionero se volteó y me preguntó: ¿Se puede saber qué hacías tú a esa hora sola en la carretera? Le respondí la verdad: Atendiendo una exposición en Mérida.

Y muy curioso me dijo: ¿Y tú no tienes marido? Con prisa y mintiéndole, le dije que sí, que él también estaba ocupado en la ciudad; que posiblemente se habría encontrado con el mismo percance y que quién sabe dónde andaría en esos momentos.

Entre brincos y saltos fuimos vadeando los obstáculos y logramos subir hasta la finca en la que vivo; entonces si es verdad que el tipo se puso furioso, cuando vio mi casa muy bonita desde afuera. Con un tono de profunda indignación me dijo: Bájate y le quitas los acopladores a los cauchos. Ese era mi castigo, por no haber aceptado sus requerimientos en la Posada la noche anterior.

Con la experiencia que tenía con mi propio carro, comencé a tratar de quitar los acopladores, pero estaban excesivamente duros y llenos de pantano, yo hacía esfuerzos sobre humanos con tal de que el tipo se fuera, pero era prácticamente imposible lograrlo.

En fin, que el hombre me gritó desde su asiento: Ya sabes, cuando venga a Mérida te vengo a buscar para que me acompañes a El Vigía.

No sé cuántos días transcurrieron, pero cada vez que sentía un ruido de motor que se me parecía a un camión, el corazón se me salía por la boca.

SARCÓFAGO

Llegué a mi casa como a las tres de la madrugada, después de haber visitado mis lugares preferidos de parranda. Estuve en un bar llamado “La Gitana”, donde el pianista Toño, siempre me acompañaba mis boleros preferidos: “La mujer”, “Emborráchame de Amor,” “Tú, mi delirio”. Y

como no salir de allí y hacer un toque técnico en el bar de al lado, el cual me correspondió inaugurar con sus dueños, bien llamado “La Patana”, donde por supuesto, también cantaba boleros, y en el que nunca he dejado de recitar el poema de mi bien admirada poeta cubana de Matanzas, Carilda Oliver Labra, poema éste que yo he intentado popularizar en todos los sitios del mundo donde se me permita recitar. Me estoy refiriendo a su texto, “Me desordeno amor, me desordeno,” valientemente escrito por esta mujer en el año 1948, en plena dictadura Batistiana.

Pues bien, subí a mi habitación con el propósito de acostarme a dormir, como bien correspondía a esa hora de la madrugada. Abrí el closet para sacar las cobijas y ocurrió algo extraño. De repente me desperté en un lugar muy oscuro, yo diría que casi tenebroso, como no tengo la posibilidad de ver nada, estiro mis brazos para tantear y descubrir donde estoy. Y ¡oh! sorpresa, a mi alrededor solo tocaba madera, tanto del lado derecho, como del izquierdo. Mi cuerpo también descansaba sobre madera. Algo muy suave rozaba mi rostro, lo que me hizo pensar inmediatamente que eran telas de arañas. Intenté memorizar mis pasos anteriores y no podía recordar nada. A la única conclusión que pude llegar, era que estaba en una urna y, por supuesto, enterrada. Algo me sorprendía de todo esto ¿por qué tengo consciencia? ¿Es que acaso uno después de muerto puede dilucidar de la manera como yo lo estaba haciendo? ¿En qué momento trascendí el umbral de la vida?

Pues bien, solo podía llegar a una conclusión, definitivamente ya no estaba en la tercera dimensión, a la que había llegado hace unos cuantos años, lugar ése, donde había vivido múltiples experiencias. Evoqué muchos recuerdos. Me vi sentada en la Capilla de la Trinidad, en la que me escondí por espacio de una semana. Allí pasaba la mañana y la tarde, esperando que pasara el horario en el que debía ir al Colegio, que quedaba a media cuadra de allí, al que no podía ir, porque no había aprobado los exámenes finales del sexto grado y las monjas me indicaron que ya no tendría que volver al Colegio, sino hasta el próximo año, a repetir la escolaridad.

Como faltaban pocos días para mi cumpleaños y mis padres me habían ofrecido una fiesta, yo no podía revelar la situación por la que estaba pasando, porque en vez de fiesta, lo que me esperaba era un tremendo castigo.

Recordé también, cuando llegué por primera vez a las oficinas donde empecé a trabajar, aún siendo una adolescente. Era el Departamento de Auditoría y había unos catorce hombres aproximadamente instalados en sus escritorios. Yo entré, di los buenos días y traté de sentarme de la forma más discreta posible, en el lugar que me habían asignado. Fui tan, pero tan extremadamente cuidadosa, que me senté en la puntita de la silla y como ésta era de ruedas, inmediatamente se corrió hacia atrás y yo caí debajo del escritorio. Terrible comienzo para una imberbe.

Cómo mis recuerdos eran tan claros, decidí de nuevo tantear los espacios de aquella abrumadora oscuridad en la que me encontraba. Efectivamente todo era madera a mi alrededor. El espacio era estrecho. Intentaba voltearme y mi cuerpo tropezaba con esa solidez que no me permitía efectuar ningún movimiento.

No me quedaba ninguna duda, tenía que estar metida en una urna y varios metros debajo de la tierra, porque no lograba vislumbrar un hálito de luz por ninguna parte.

Lo extraño era que no sentía esas cosas que uno imagina deben manifestarse en un ser que se ha ido de este planeta. Por ejemplo: no tenía la necesidad de ser mi propio juez y que pasaran como una película por mi mente, las cosas negativas que había hecho. Tampoco veía ningún Tribunal intentando juzgarme, por las mismas razones. Como tampoco podía vislumbrar ese túnel, del que hablan los que han tenido experiencias de vida, después de la vida, en el que ellos han visto una luz al final que los alienta a continuar en la búsqueda de las puertas del infinito. Tampoco ningún ángel ni demonio me escoltaban; simplemente estaba absolutamente horizontal, sobre una superficie muy dura y totalmente en tinieblas.

Afinaba mi oído tratando de escuchar algo que me diera una pista acerca del lugar donde me encontraba y solo había silencio, absoluto silencio. De pronto me doy cuenta de que solo he tanteado con mis manos hacia los lados, pero no se me ha ocurrido subirlas para intentar descifrar qué era eso que me rozaba el rostro, que a mí me parecía como una tela de araña. Debo confesar que el miedo se estaba apoderando de mí. Decido elevar una de mis manos, pero con mucha precaución,

porque estaba segura que tocaría la tapa de la urna. Una gran sorpresa me invadió, lo que tocaba era una tela que colgaba sobre mi rostro. Estiro un poco más la mano y más tela era lo que podía palpar. Hice una profunda reflexión tratando de comprender qué era lo que guindaba sobre mí. Pensé que si tenía mucho tiempo enterrada, tal vez el forro de la urna se había desprendido y colgaba sobre mi cara, por eso era que sentía unas tiritas que me rozaban el rostro. Tuve que armarme de valor para tomar la decisión de sentarme, porque estaba convencida de que mi cabeza pegaría contra la tapa de la urna y tendría que volver a quedar en posición horizontal nuevamente. El temor al encierro y a la oscuridad, me dieron el valor necesario para incorporarme y de un solo movimiento me senté. Entonces quedé metida entre telas, las cuales palpaba y eran de diferentes texturas.

¡Dios mío! clamé. Pero ¿dónde estoy?

Moví los dos brazos hacia arriba y hacia los lados y, efectivamente solo telas me rodeaban. Entonces tomé la firme y valiente decisión de sentarme y nada duro tropezó mi cabeza. Me puse de rodillas y muchas telas caían sobre mis hombros. Alcé los brazos y más telas, y me dije: Trata de ponerte de pie y cuando lo hice me di un enorme trastazo en la cabeza. Gire el cuerpo hacia la izquierda y golpeé con fuerza la madera, me di cuenta que no estaba tan rígida como yo creía, e intenté correrla hacia una lado. La puerta cedió y yo pude vislumbrar mi tan añorada cama, desde el closet de mi habitación.

CREO QUE SIEMPRE FUI VICIOSA

Un seis de julio a la una y treinta de la tarde, en Caracas, Venezuela, cuna del Libertador, en una casa ubicada en la Parroquia San José, entre las esquinas de Palo Negro a Palo Blanco, número 111 (hoy ya esas cuadras no existen, por allí pasa ahora la Avenida Panteón), y en las manos de una partera a la que llamaban Mamá Pancha, estaba naciendo yo. “Esta cota mona de la cata”, una niña sin un pelo en la cabeza, muy parecida a los muñecos de celuloide que después me traería el Niño Jesús, con los ojos verdes muy pelados, según contaba mi mamá

muy sorprendida, ya que antes, los bebés nacían con los ojos cerrados, mas ese no había sido mi caso, y la bicoca, nada más, y nada menos, que con cuatro kilos y medio de peso. Pobrecita mi madre, ¿verdad?

Cuando tenía tres años vivía en la esquina de Santa Isabel, en la misma Parroquia, y un poco más arriba, entre esta esquina, y la de San Lorenzo, número 11, vivía mi abuela Malagueña, María Clavero, viuda de Castillo.

Visitar a mi abuela era muy placentero para mí, pues su casa tenía un gran patio interior, después de todas las habitaciones, había un tanque, donde nos bañamos mis primos y yo. Y al fondo un corral grande con árboles, matas de ají y una serie de plantas más. En ese lugar jugábamos todos y nos divertíamos a granel. En una oportunidad, mi hermano Toñito y yo jugábamos allí, de médico y enfermera, con una prima que era la paciente, y que no voy a mencionar por razones obvias. Cuando le estábamos haciendo su historia clínica, ella confesó que tenía un problema de estreñimiento, y no se nos ocurrió otra cosa, que indicarle que lo mejor para esos casos era ponerle un supositorio, e inmediatamente nos dirigimos hacia la mata de ají chirel, arrancamos uno, y se lo colocamos en el lugar donde, por supuesto, le haría efecto inmediatamente. Imagínense lo que ocurrió, los gritos de ella se oían en Pekín, salió toda la familia a ver lo que pasaba y se la llevaron colgando de un brazo y la acostaron en una cama boca arriba, con las piernas abiertas, en eso alguien dijo que la mantequilla era muy buena para eso, y mi primo Iván (que muy bien ha llevado el nombre de Iván el terrible), corrió a la nevera, metió la mano en una mantequillera, agarró una pelota del derivado lácteo, se apostó en la puerta de la habitación, y desde allí la lanzó. ¡Que tremenda puntería!, la pelota entró de out, en la base precisa. Y Toñito y yo, salimos corriendo para nuestra casa, como si no hubiéramos quebrado un plato.

En otra ocasión fui a visitar de nuevo a mi abuela y allí estaba mi prima Argelita. Yo tenía tres años y ella dos años y medio. Mi abuela me regaló una locha, o sea 0,12 céntimos y medio. Enseguida se me prendió el bombillo y en un descuido me escapé a la calle, tres casas mas arriba quedaba la bodega de Pepe, español también como María. Me aposté frente al mostrador y le dije:

—Pepe, manda a decir mi abuela que le venda una locha de Alas.

Esa marca de cigarros estaba de moda en esa época. Él no se detuvo a pensar en que no debía de vendérmelos, y raudo y veloz colocó cuatro en un papel blanco encerado y me los entregó. Yo tuve la precaución de esconderlos debajo de mi camisa y volví a entrar en la casa sin que nadie me viera. Busqué rápidamente a la prima y la invité a fumar. Nos escondimos en el baño que quedaba al final de la casa y allí comenzamos a echar humo. Recuerdo que la poceta tenía un tanque alto, casi pegado del techo y de él pendía una cadena para bajar la válvula. Yo la alaba fuertemente, con la idea de que las colillas se fueran, pero ellas flotaban girando encima del agua. De pronto escuché la voz de mi abuela que me llamaba con todo el gañote, pero aún nos quedaba un cigarro sin consumir. La abuela llegó a la puerta del baño y observó que por la ventana, que también quedaba muy alta, estaba saliendo humo y comenzó a darle golpes a la puerta. Inhalamos lo que quedaba del Alas y abrimos, podrán imaginarse lo que ocurrió. Argelita salió disparada para su cuarto a esconderse y yo corrí para la calle rauda y veloz para irme a mi casa. Entré como quien no quiebra un plato y más atrás venía la abuela.

Yo tenía mi cara de “yo no fui” pero no me valió de nada. Me dieron una paliza, que todavía la recuerdo como si fuera hoy.

Ya soy sexigenaria y todavía fumo. Ven que soy una viciosa, ¿será porque nací de Palo Negro a Palo Blanco?, pero en todo caso, el vicio debería ser otro. ¿No es cierto?

LÁZZARO MARÍA LUISA

marial_lazzaro@yahoo.com

Nació en Caracas (1950), residiendo en Mérida, Venezuela desde 1967. Licenciada en Bionálisis y Letras, Magíster en Literatura Iberoamericana. Catedrática Titular Jubilada (Escuela de Letras, ULA). Autora letra y música de varios poemas musicalizados (*Atrincherada*, *Llueve amor*, *No duermas ahora* y *Licor de amor*). Premios de Poesía Alfonsina Storni (Bs. As, Argentina, 1978). Mención Concurso de cuentos *El Nacional* (1981). Premio El cuento feminista latinoamericano (Chile, 1988). Finalista Concurso de novela Planeta Latinoamericana “Miguel Otero Silva” (Tantos Juanes o la venganza de la Sota) 1990. Premio Canción inédita (*Atrincherada*) Festival Nacional de la Voz Universitaria (Valencia, 2000). Galardón Concurso Milena: cartas de amor y desamor (Alternativa Editorial, Galicia, 2002). 1er Premio Poesía Seccional de Profesores Jubilados de APULA 2003. 1er Premio de Narrativa de la Seccional de Profesores Jubilados de APULA 2005, 1er Premio de Narrativa de la Asociación de Profesores de ULA 2005.

OBRA LITERARIA: *Poemas de agua* (1978), *Fuego de tierra* (1981), *Árbol fuerte que silba y arrasa* (1988), *Nanas a mi hombre para que no se duerma* (2004), *Escarcha o centella, bebe conmigo* (2004). Novelas: *Habitantes de tiempo subterráneo* (Pomaire, 1990) y *Tantos Juanes o la venganza de la sota* (Planeta, 1993). Ensayos literarios: *Viaje inverso: sacralización de la sal* (1985) y *La inquietud de la memoria en el caos familiar* (1995). Libros para niños y jóvenes: *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (1984), *Marigüendi y la jaula dorada* (La infancia en la poesía venezolana, 1983), *El niño, el pichón y el ciruelo* (1990); *Parece cuento de Navidad, Darlinda* (1994), *Para qué sirven los versos* (1995), *Una mazorca soñadora* (1995), *Un pajarito, una pajarita y la casualidad* (1995), *La almohada muñeca* (1996). *El loro de la infancia y otros relatos* (Dirección General Sectorial de Literatura del Conac/Fundalea, 2005), *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo y otros relatos* (Dirección General Sectorial de Literatura del Conac/Fundalea, 2005). Ha sido publicada en muchas antologías a nivel nacional e internacional, como en: *Poesía en el espejo: Estudio y antología de la nueva poesía femenina venezolana* (Julio Miranda, Caracas, 1995). *Escritura y desafío: Narradoras venezolanas del siglo XX* (Caracas, Monte Ávila), Coedición con universidades norteamericanas, 1996 (*Tantos Juanes: La baraja, la literatura y su encuentro fortuito con la palabra*: Dra. Patricia Dórame-Holoviak, Bloomsburg University of Pennsylvania). Ha sido publicada en la II, III IV y V *Antología Sensibilidades* (Alternativa Editorial. Madrid, Galicia, 2002, 2003, 2004 y 2005); y en *Mízares: Poemas quietos* (Barcelona, España, 2002). También en varios foros de Internet.

Peripecias por un boleto de avión

No se me había ocurrido ni siquiera preguntar por el valor del boleto de avión para Madrid. Mi intuición me decía que si el bolívar había disminuido en un sesenta y siete por ciento frente al dólar, estaría por las nubes ante el euro. Así que ni siquiera dejé de dormir plácida. Ya me había convencido: Madrid, imposible, demasiado sueño. Además ya lo conocía, claro por fotos, postales, películas.

Unos amigos muy queridos me insistieron. Haz algo, me decían, mueve las cartas de la baraja que guardas bajo de la manga de la imaginación... Y, cuando me hablan de todo lo que guardo en esa manga, una energía poderosa empieza a moverse, y cual *Hulk*, levanto los brazos de la fe, rompo las camisas de la inercia y...

Me fui a hablar con un montón de personas. Unas, para pedirles un préstamo, otras para que me dieran el boleto a crédito. Todos me dieron largos discursos de la paralización del país, de las empresas quebradas, del alza del petróleo, de la iliquidez de la banca, y, sobre todo de la dificultad para conseguir dólares, que no sean en el mercado negro que seguro es propiciado por más de lo más, etc.

Hasta que... se me alumbró el entendimiento y fui a la Agencia de viajes que ganaba siempre las licitaciones de mi universidad, en los años de prosperidad, cuando nos enviaban a los Congresos del exterior para que nos fogueáramos (elaborando y) presentando las famosas ponencias (nuestras investigaciones) que ahora le dicen en los altos fondos: *the papers*.

Antes de bajarme del auto me acordé que tenía que pintarme un poco los labios. Desde que estoy en permanentes vacaciones jubilaires se me olvida, aunque cargo (en la cartera) mi arsenal de coquetería en un estuche pequeño que mis hijas insisten en renovármelo de acuerdo a la moda. Me pinté la boca y me eché un poco de rimel en las pestañas. Lo hice a tientas, no pensé en la necesidad del espejo; además el tiempo es un diamante por conjugar.

Me bajé (qué bueno que Cortázar (digo Oliveira) nos consiguió la licencia para no tener que descender siempre) del auto, alisé mi falda para las ocasiones especiales, ensayé un poco (debí haberlo practicado más) el caminar con tacos Luis XI (aunque sea, porque con los Luis XII

hubiera parado con el cóccix en el jardín del nunca jamás). He perdido la costumbre de caminar (de mi hermana Enza María de la Consecución Infraganti, con la RAE en la testa) como las mises: un pie delante del otro contoneando las caderas a ritmo de cumbia lenta o son aboleado. Mientras me dirigía a la agencia de viajes iba ensayando el asunto de las mises. Más que caminar, era tropezar de zapatos (o de *pieses* (*en el amor y en la guerra de palabras todas las mieses son válidas*) con el otro. Estuve a punto de caerme cinco veces. Los transeúntes volteaban a mirarme como se mira a los ebrios: compasivamente *a... frechos*: con lástima y molestia al mismo tiempo.

Casi frente a la puerta noto una extraña cojera, la cumbia mental se pronunció como un grito del que me abstuve por educación. Uno de los tacones se había quedado metro y medio atrás. Me devolví, lo recogí, me senté en una suerte de muro, y sin pensarlo dos veces saqué una caja de chicle, masqué y masqué hasta hacer una bola generosa que coloqué entre tacón y zapato. De todas formas ejecuté un caminar elegante de medio-coja, bastante disimulado.

Al fin entré, pedí hablar con el gerente. Me atendió, me senté más rápido que la voz “síntese”. Alisé la falda, me acomodé los mechones más asustados de mi cabello... Levanté una pierna sobre la otra con el pie en punta... y con vocesita a lo Enza en los *casting* de su imaginación (con movimiento de hombros y todo).

—¿Se acuerda de mí Soy aquella profesora que viajaba a los congresos... el Consejo de Desarrollo Científico pagaba los pasajes... ¿se acuerda de los sobres de licitación? Siempre ganaban ustedes... A Puerto Rico, Perú, Colombia, Costa Rica, México, Chicago, New York. ¿Será que se acuerda?

Y el señor me miraba y sonreía con una mirada exageradamente pícara, los ojos le bailaban, el cigarrillo no se movió de sus dedos mientras yo tartamudeaba, esperando que me interrumpiera y me dijera: "Sí, claro...", para no tener que recordarle más países... En lugar de eso lo que hacía era sonreír, reírse incluso casi a carcajadas....

Después de un silencio eterno... tal vez fueron segundos, pero para mí eran horas perpetuas... me dijo: “Hay personas que son como lámparas encendidas, cuando entran iluminan todos los resquicios. Esas

personas no son fáciles de olvidar... (¡Perro!, pensé para mis adentros, el tipo hasta es poeta... Esto es pan comido...).

—Veo que ya no se muerde las uñas... Así que necesita un boleto a Madrid, a crédito, para ser descontado del bono vacacional de la Universidad. No faltaba más, cuente con él de inmediato. Antes... hágame un favor... ¿Ve esa puerta cerrada? Es el baño.

Yo, que tengo una mente voladora, me puse roja, me imaginé cacheteándolo... ¿Querrá cobrar en especie, contante y sonante, el crédito...? No estaba nada mal, pero qué va, una tiene su dignidad, conmigo tiene que empezar por el principio: las visitas de novio, el año de espera, los ramos de rosas amarillas cada semana, las siete pruebas de resistencia, los obstáculos capitales, etc.). Medio segundo tardó el susodicho en decirme:

—Vaya, arréglese un poco la cara, mírese en el espejo del baño...

¡Oh, diosito!... Me quedé como media hora en el baño. Me avergonzaba salir, me moría de la pena. ¿Lo que vi? Medio labio pintado por dentro y medio por fuera, es decir: la propia loca mamarrac... De paso el rimel se me había chorreado, inventándome unas ojeras de viuda sufrida.

El señor, tan decente, me mandó a la secretaria por si necesitaba ayuda. Me llevó unas toallitas con crema limpiadora y me ofreció -por órdenes del jefe- un rouge más discreto.

Cuando me atreví a salir, él, tan caballero, mirando el boleto me dijo que todo estaba listo, y que tuviera un lindo viaje.

Cuando estaba ya por irme, con mi billete a buen resguardo, me dijo:

—Admiro el equilibrio que hace para sostenerse.

El tacón había quedado junto a la silla cuando fui al baño. Creí que no lo había notado pues, juro, caminé (ese pequeño trayecto) como Ana Bolena lo hubiera hecho en igual circunstancia.

CAÍDA DE LA MATA

El marido de misia margarita es tan noble, que cuando me ve mojándome los labios con la lengua me da unos centavos para que me compre un refresco. El otro día me le paré enfrente con la blusita esa que

apenas termina en mis pechos, dejando al descubierto el ombligo, me pasó a su casa y me dio unos reales para la tela que falta en la blusa. Igual lo hizo el día que desde la empalizada me vio con la minifalda.

Cuando sí lo vi caído de la mata fue el domingo. No había más nadie ni en su casa ni en la mía. A mí se me ocurrió bañarme desnuda en el patio; él prefirió enterrar la cabeza en los crucigramas.

Días después, supe que estaba con el azúcar bajo, me ofrecí a acompañarlo, mientras misia Margarita buscaba las medicinas en la ciudad. Estaba tan frío, tan jipato, que me dio lástima. Como estaba de espalda, me le monté encima y empecé a masajearla. Le di y le di hasta que empezó a coger calorcito. Por delante no le quise dar porque si me le monto en caballete y va y se le para el corazón... no vaya a ser que por ahí esté su dolencia y se me quede tieso y sin respiro. Pero al menos recuperó el calor, y hasta sudó grueso; síntoma de que estaba vivo todavía.

Lo último que supe del marido de misia Margarita -porque se mudaron intempestivamente del pueblo-, fue que recuperó bastante el apetito y el vigor. Parece que la tranquilidad de allá le favorece más para la salud.

¡QUÉ MANERA DE AMOR TERRESTRE!

a la Pecosa Carmen y a Miki, el guagua

¡Qué maneras! Me encaramo en el sofá para mirar mejor. Y la verdad verdaíta es que no entiendo ese talante en que los terrestres tienen sexo. ¿Cómo se reproducirán, no entiendo? Mejor dicho, creo que no se reproducen porque nunca veo que le crezca la barriga a ninguna de las que tengo cerca. Tampoco puedo generalizar porque no es muy amplio el panorama desde donde observo.

Son varios los días en que veo el asunto y confieso que me tiene pasmado. Primero, noto que son mujeres, sale una y entra otra. Una se desnuda casi toda y se acuesta, la otra, que siempre es la misma -¿hará el papel de macho?-, se queda de pie, vestida eso sí, y empieza a sobar a la que está horizontal, y la va frotando desde las piernas hasta el estó-

magos y los brazos. Luego la voltea como el pollo en la sartén y la sigue friccionando en las pantorrillas, subiendo hasta la espalda.

Y no pasa más nada. Me pongo más atento –hecho el loco- a ver si se me despierta alguna emoción y nada... ni un mal pensamiento. Por un lado es mejor, ¿de qué me serviría emocionarme, aquí encerrado entre este montón de hembras? Nunca me abren el portón para buscarme una perrita en celo con quien tener sexo como debe ser, y no con la rareza con que lo hacen estos humanos terrestres.

MANTRA LA PERRA

Mi perrita mantra es muy espiritual. Cuando algún perro la quiere oler se sienta en sus patas traseras y no se mueve hasta que el susodicho se va por donde vino. Mientras tanto se queda en un estado de meditación raro: con los ojos bien abiertos, la mirada perdida en alguna imagen azul, la boca a punto de mordida y una inmovilidad que seguramente le viene de su nombre mismo.

Mantra no ha querido aparearse con ninguno de los vecinos y mira que hemos hecho de todo cuanto humanamente se podía hacer. Le hemos vigilado la menstrea y, cuando está a punto la inflamación correspondiente, le traemos un desfile de perros con pedigrí que ni les cuento: uno más hermoso que el siguiente. Así, han ido pasando los años y ella todavía sigue sentándose tercamente sobre sus dos patas traseras en estado de meditación y alerta, por si tiene que defenderse porque uno de esos meses, un guapetón quiso levantarla a la fuerza metiendo su enorme hocico por entre las sentaderas de Mantra... Y por poco se queda sin nariz y sin dientes.

Todos los veterinarios nos aconsejaron que la sacáramos todas las tardes para que aprendiera a socializarse. Y sobre todo, para que se entusiasmara con alguno de los congéneres que encontrara en los paseos.

Pues les cuento que cada vez que se le acercaba uno de esos machos cabríos, con la baba a punto de cuajársele, de emoción... ella, se sentaba sobre sus dos patas, levantaba la barbilla como Ana Bolena, y ponía los ojos en un punto lejano del infinito.

Así fueron pasando, por mi perrita Mantra, un cortejo de príncipes perros de los más monos y coquetos que ha parido la naturaleza perruna. Recuerdo uno con una cabellera entre rosado nacarado y blanco, porque eso no era pelo, –hasta a mí me provocaba manosearlo y apapucharlo– era una cabellera lisa espectacular que le caía desde cada medio lado del lomo hasta el suelo, como una cascada de cabellos rosados. Pues, a ella no le hizo ni coquito en el corazón. También recuerdo uno con una carita de ternura “de muerte lenta y gozosa”, con el pelo ensortijado, lanudo, marrón caramelo. Además perfectos los dos para su estatura, que eso es importante de tomar en cuenta, las medidas y los acomodados a los espacios dotados por la naturaleza afrodisíaca. Pero nada... ella, como si su corazón y sus hormonas estuvieran de vacaciones todo el tiempo.

Un día, siempre hay un día mágico, de esos inefables, irrepetibles, en que pasa algo... que nos tuerce los destinos... Esa tarde, en el parque más apartado de la casa, vimos, (pensé que era por lo lejano)... vio a un perro escachalafarreado, es decir, con el pelo tan anudado, tan falta de brillo, que parecía unos mogotes de nudos que de trecho en trecho le vestían un cuerpo huesudo, esmirriado, con mordidas en las orejas, en el hocico, en las patas... Lo que terminaba hablándonos de las características pendencieras del candidato que estaba moviendo las hormonas de mi delicada Mantra.

A medida que se iba acercando, ella temblaba cada vez más fuerte; hasta yo sentía los corrientazos que iba transmitiendo mi perrita. Ahí sí, no se sentó, por el contrario después de dejar que la besuqueara (porque el muérgano sabía toditas las técnicas de seducción perruna), la olfateó hasta dentro de las orejas, y ella temblaba más todavía. Hasta le dio una lamida tierna entre los dedos de sus patitas siempre perfumadas con colonia de bebé... Lo extraño del asunto es que estaba lejos de las fechas propias para llenarse de perritos la barriga. Pues ahí, ante mi propio asombro (seguramente de la emoción incontinida se le debieron haber disparado los óvulos que estaban madurando para la siguiente estación), se acomodó en posición y, aquél, casi tuerto de tantas peleas callejeras, sin hacerse de rogar le llenó la barriga a Mantra de un montón de sueños lanuditos y de múltiples colores y texturas, que la hicieron, por primera y única vez, mamá.

Dos veces al año, Mantra se desesperaba porque la llevara al mismo parque... pero nunca más apareció su galán esmirriado, lleno de magulladuras pendencieras... Tal vez, algún auto... Tal vez, algún perro más grande dio cuenta de su pequeña humanidad.

Lo cierto es que Mantra nunca más volvió a temblar como aquella tarde.

No sé por qué me recuerda tanto a otra persona, con los ojos distantes y el cuerpo muerto de hormonas vivas.

LÓPEZ MARILA

www.marila.org marila58@yahoo.es

M^a Dolores López Alonso (Marila), nació en El Real de la Jara, Sevilla (1953), es conocida también, en el trabajo y entre los amigos, como Lola o Mary Lola. Pintora y escritora sevillana, colaboradora habitual en varias webs literarias. Actualmente trabaja en un Servicio de Informática de la Junta de Andalucía.

OBRA LITERARIA: Tiene publicada la novela *Marta se realiza* (Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2004). Textos de su autoría han sido publicados en la revista Tecade (Canarias); también, en la Revista Literaria de *Sensibilidades*, y en radiodifusión para varios programas nacionales y extranjeros. Ha sido editada en varios números de la *Antología Sensibilidades*, desde 2003 hasta 2005. Es autora de un texto publicado en la novela colectiva *La Memoria de los triángulos* (Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2004). Ha sido publicada en colectivo en: *Poemas por la paz* (Madrid Liberouned 2003). *Todas las voces una voz* (Madrid Liberouned 2004). *Centro de estudios poéticos vivir soñando* (Madrid 2003), Centro de Estudios poéticos, Aires de Libertad (Madrid 2004).

COSAS QUE PASAN

Andaba yo de cabeza sacando un informe que me había pedido mi jefe hacía una hora. Por otra parte, el teléfono no dejaba de sonar pidiendo datos para unas preguntas parlamentarias. Pero yo tenía en la cabeza otras cosas y me veía obligada a conectar y desconectar de un tema a otro. Al mismo tiempo, iba haciendo una lista para saber el número aproximado de comensales a la cena; debía facilitarla al restaurante unos días antes, y unos días antes era ya.

Mientras hablaba con la jefa del gabinete de prensa, para que me facilitase unos datos, que necesitaba para MI asunto personal, recordé de pronto MI lista de hoteles a los que tenía que llamar y reservar habitación para los que venían de fuera.

Después de una veintena de llamadas a varios, y en los que parecía querer un imposible... -Señora ¿cómo se le ocurre llamar cuatro días antes y en temporada alta? Por fin di con uno que tenían habitaciones libres, casi no lo podía creer... no tenía ni idea de dónde estaba, pero a estas alturas no podía pararme a pensar en esos detalles, después

de mis infructuosas llamadas anteriores. Un poco caro sí era, pero ya estaba a punto de ponerme a llorar, así que no lo pensé más.

—¿Y cuántas serían?

—Dos dobles

—¿Con compañía?

—Sí, claro, -respondí- pensando que quería saber si la habitación sería ocupada por una persona o por dos, y sin acertar a saber la razón de la pregunta.

—En ese caso sube algo más el precio.

—¿Másss? Pero si ya es un precio de escándalo.

—Señora, estas son nuestras tarifas, y usted lo toma o lo deja.

—Sí, sí, ¿y puedo pasarme a verlas esta tarde?

—Cuando usted quiera.

En cuanto salí de mi trabajo, tomé un taxi. Le dije la dirección que me habían dado y el nombre del hotel. El taxista me miró de forma extraña, pero ya a estas alturas no me iba a asombrar por tan poca cosa. El lugar estaba en la quinta puñeta, totalmente en las afueras y en una zona que yo no había pasado jamás.

Cuando entré, el recepcionista me atendió muy atento. Yo le aclaré que era la misma que había llamado unas horas antes.

Era una especie de Motel con diferentes apartamentitos alrededor de un gran jardín. El señor abrió uno de ellos y entré. Era espacioso, estaba muy limpio y decorado con espejos por todos lados, hasta en los techos. Después de analizar todos los detalles que me parecieron más importantes, salí.

En la recepción, el señor me pregunta si quería elegir la compañía ahora y me pone delante dos álbumes de fotos. Os juro que no entendía nada. Abro uno de ellos y me encuentro con unas fotos de chicos monumentales, de cuerpo entero, y como sus mamás los trajeron al mundo, ¡ah! en primer plano sus atributos, bien generosos. Lo cerré sin entender nada, y la curiosidad me pudo, así que abrí el otro.

Naturalmente, ¿no sé cómo no lo imaginé? Algo semejante al anterior, pero en femenino. El señor, que me había dejado sola esos instantes ¡menos mal! se aproximó preguntando si había elegido ya. Yo debía tener una cara que cualquier persona medio lista habría sabido interpretar, pero no sucedió así.

Balbuquí un: "lo siento, no es lo que buscaba" y me di media vuelta, tratando de salir de allí cuanto antes, pero a pesar de mis prisas aún escuché al señor responder:

—Pues no sé qué quiere señora, ni que fuese usted una Venus.

Sentí el calor del sonrojo en la cara, mientras cruzaba la puerta hacia la salida.

RITA LA CANTAORA

PRELIMINARES Y PROLEGÓMENOS

Don Jesús acaba de estrenar coche. Es un LEXUS, no sé qué modelo, pero... es un coche precioso, de color doradito claro, con todos los detalles y pijotitas que se puedan imaginar. Ayer tarde lo recogía, y nos invitó a dar un paseo en él.

A una, que es entusiasta de los autos, pero que no tiene más que un modestito Peugeot, se le abrieron los ojos como platos, y fue una gozada repantigarse en aquellos asientos de cuero color crema.

En primer momento, se pensó ir a Nerja, comer unos espetones y, después, ya se vería. Marcó la ruta en el GPS del cuadro de mandos, —que más que un cuadro, aquello era una pinacoteca completa—, y arrancó. Me lo creí, porque, desde la pantalla del salpicadero vi la parte posterior del exterior que empezaba a deslizarse a ambos lados, pues ruido... lo que se dice ruido, yo no oí nada. Y, más contentos que unas pascuas, y como niño con juguete nuevo, emprendimos la excursión. Al volante, por supuesto, Don Jesús; a su lado, la Mágica Señora, y en los amplios asientos traseros, una amiga y servidora.

El sobresalto vino con los desafueros de una voz, a la que, inmediatamente, bautizamos como se merecía:

¡RITA LA CANTAORA!

—Siga cinco kilómetros por esta carretera.

(Nosotros pasmados)

—A 200 metros, gire a la izquierda.

(Don Jesús, en purita línea recta)

—¡iPóngase a la izquierda!!

(Naranjas de la china —pensaba Don Jesús)

—¡Póngase en la izquierda!

(Don Jesús enfilando en recta como un poseso)

—iiiiPóngase enseguida a la izquierda!!!!

(Don Jesús parecía emborricado en la rectitud absoluta)

—iiiiGIRE A LA IZQUIERDA, GIRE A LA IZQUIERDA!!!!!!! (¡Y una... p' a ti!) —digo yo que era lo que Don Jesús iba pensando a tenor de su obstinación desobediente.

Aquella voz, suave al principio, quería dirigir el camino. Pensaría ella que para eso la habían colocado en ese puesto, pero, —y esto es imprevisible—, el ser humano cambia de parecer, y decide una cosa ahora, y dentro de un rato piensa que no, que la contraria, o, a ser posible, aún otra diferente. Y el aparatito de marras, que quería llevar la voz cantante de todas, se iba alterando más y más cada vez que Don Jesús ignoraba sus indicaciones. Porque, claro, en un primer momento optamos por la autovía, pero luego pensamos que, por la carretera de la costa, juntito al mar, y viendo las playas y los paseos marítimos, sería mucho más agradable el trayecto para nosotras. No hablo del conductor que iba atento a lo suyo.

Las consecuencias ya se las he adelantado: la voz de la tal Rita La Cantaora, —por aquello de persistir en ser la voz cantante, creo—, se desconcertó, y yo la percibía un tanto mosqueada, viendo cómo ella decía a la izquierda y, ¡ni caso! Yo me temía que de un momento a otro iba a soltar un taco gordo, pero pareció contenerse, como no podía ser menos, teniendo presente que era el primer día en que nos tratábamos y, ni "ella", —la voz, digo—, podía tomarse mayores libertades ni nosotros le habíamos dado ninguna confianza.

Antes de llegar a Nerja, la Mágica Señora, cambiando nuevamente de rumbo, opinión y dirección, sugirió seguir camino y acercarnos a la Herradura, —un lugar precioso por cierto, en donde vivían unos primos suyos—. Así que, cuando llegamos a Nerja, Rita la Cantaora, absolutamente convencida de su cometido, empezó a indicarnos primero y gritarnos después, que ya habíamos llegado a nuestro destino.

Una vez, dos, tres y no sé cuántas más. Pero, cuando comprobó que de nuevo ignorábamos el rumbo que nosotros mismos habíamos marcado en sus tripas, creo yo que poco le faltó para quitarle el volante al conductor y pegar un volantazo por su cuenta y riesgo.

Después de una deliciosa cena en la playa, al ladito mismo del mar, y con una puesta de sol en rojo violáceo que se me quedó pegada en la retina, decidimos volver.

Pero, ¡ay, Dios mío, que Rita estaba programada para ir... ¡A NERJA! ¡Madre de mi alma! Esta Rita estaba loca. Yo creo que no tenía ni puñetera idea de dónde estábamos, pero quería disimular, indicándonos cada momento: a la izquierda... a la derecha... Vaya, que más que dirigirnos parecía querer enseñarnos los pasos del baile de la yenka.

El colmo fue cuando, al acercarnos a Málaga, y como era día de pregón, fuegos artificiales con música de fondo e inauguración del alumbrado, –por la feria que comenzaba–, decidimos esperar un poco para ver los fuegos. Creo que ese fue el instante en que la Rita decidió rendirse y claudicar de su trabajo. Pero debieron decirle que de eso nada, y no le quedó otro remedio más que seguir incordiando.

Sorpresas te da la vida, hombre, porque, en ese momento, otra voz diferente llegó a nuestros oídos. O era la hora del relevo –pensé– o la Rita le había dado un jamacuco. No habían pasado unos segundos de silencio cuando debió reponerse, por que empezamos a oírla nuevamente; pero esta vez sí que se armó la gorda: una de las voces decía a la derecha mientras que la otra, casi pisándole la palabra, nos indicaba a la izquierda. Y Don Jesús como siempre: ni caso, aunque ahora con más razón que un santo, porque vaya usted a saber a dónde nos habría llevado aquella loca.

Eso sí, cuando llegamos a la urbanización donde está la casa, nos dijo, –creí notar un cierto desaliento en su voz–, que habíamos llegado al final de nuestro trayecto.

Por un momento, visto lo visto, pensé que iba a subir con nosotros, a meternos en la cama, y a desearnos las buenas noches después de arroparnos.

Pensándolo bien, creo que Rita acabó desmoralizada por completo.

MÁRMOL SOCORRO

gaviola_aznaitin@yahoo.es

Ma^a Socorro Mármol Brís (Gaviola de Aznaitín), nació en el Parque Natural de Sierra Mágina, Bedmar, Jaén (1944). Y sigue “moceando”, como dicen en su pueblo para referirse a los jovenzanos. Maestra Nacional, especialista en párvulos; Abogada en ejercicio, en Madrid y Málaga, y Escritora. Ha obtenido, entre otros, el Primer Premio de Relato Breve “Villa María”, La Coruña, 1999, con el Relato “El bingo”; publicado en edición restringida. Segundo Premio de relato Breve 2004, del Colegio de Abogados de Málaga, con el Relato “Yo te quiero mucho, Pancho”, publicado en la Revista Miramar de Málaga. Fundadora del Foro literario Iceberg_Nocturno yahooogroups.com y de la web <http://rto02r3k.eresmas.net/>

OBRA LITERARIA: Tiene editado el libro de relatos: *Mágina mágica* (Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2005). Sus textos han sido publicados en varios foros de Internet y distintas Antologías y Revistas literarias; como también en libro *Desvelados*, de la Editorial Fuentetaja (Madrid, 2001), y en la Antología de Oro Sensibilidades (Alternativa Editorial, Madrid /Galicia, 2005). Tiene en proyecto varios libros de poemas y prosa de los que puede verse un adelanto en: <http://iddo34od.eresmas.net>

LA ANIMADORA

Si supieras lo que me sucedió en la Verbena, cuando yo tenía diez años, no me importunarías con que baile la “España Cañí”.

Y no me vengas con eso de que una novia tiene que saberlo *to'* de su novio porque las cosas no son así. Que eso es como si quisieras emparejar lo que le pertenece a un hombre y lo que le pertenece a una mujer. Cada uno en su sitio, como dice Padre. Pero *pa'* que veas que soy legal, y ya que me porñas, te lo refiero.

Fue en la Feria de hace ocho años. Mientras cenábamos, mi madre se limpiaba los ojos con el revés de la mano y sorbeteaba llorosa; y mi padre consumía la sopa con malas, sin dirigirnos la vista. De pronto mi madre se vino p'a mí y me dijo, *enrabieta'*, como provocando:

—“Niño: no vayas a ir a la verbena de *madrugá'*”, que no está bien visto; que allí, a esas horas, no van más que los pendones y los borrachos del pueblo; y se ponen *to's* debajo del tabla'o, y empiezan a

chillarle a la animadora ¡aire, aire!; y *to' pa'* que ella se *regüerva* y les enseñe los *murlos* y las bragas a los muy marranos”.

No había *termina'o* de hablar cuando mi padre se retiró de la mesa *emborrica'o*, arrastrando la silla, que se calló *pa'trás*, tiró la cuchara al suelo con *munchísima* rabia y, sin hacer siquiera amago de tentarle la cara a mi madre como otras veces, se fue de la casa dando un portazo, pero sin abrir la boca ni *pa'* ofender. Mi madre salió corriendo hacia su alcoba tapándose la boca con el filo del mandil, dando *gemí'os*. Yo la oí lloriquear hasta bien *entrá' la madrugada'*. Entonces, como era la Feria, y había *muncha* bulla por las calles, yo salí a ver qué se veía. Cuando llegué a la Verbena, como era chico, me colé sin pagar, porque yo quería verle las bragas a la Animadora. Me metí entre las perneras de los hombres hasta que llegué a la delantera. Y *pa'* que no se dijera, yo empecé a chillar como ellos:

—¡Aire; aire...!

Y la Animadora daba *regüeltas*, y se le subían las fardas hasta las ancas; y yo le vide las bragas que -te lo juro por mis muertos- eran de tela brillante y de color granate; y eso de seguro que son cosas de mujeres malas.

Y los mozicos decían:

—¡Un fandanguillo, un fandanguillo!

Y yo gritaba poniendo voz de hombre:

—¡Un fandanguillo; un fandanguillo!

Y ellos bufaban: *iarsa, pilili!*

Y yo gritaba: *iarsa pilili!*

Así estuvieron tocando piezas, y nosotros chillándole a la Animadora *tó'lo* que se nos venía a la boca; hasta que pidieron un pasodoble. Y empezaron a tocar la “*España Cañí*”. Y entonces, de *gorpe*, apareció mi padre y yo me *acaché* un poquillo y no me guipó. Él dio un brinco, se subió al escenario, agarró a la Animadora por el talle, tal que si le fuera a provocar una *quebrancía*, empezó a atosigarla con los morros por el pescuezo, le metió la mano entre las tetas, y le dejó asomando un billete de a peseta por encima de las picunelas. Y la orquesta arremetió con más fuerza con la “*España Cañí*” y mi padre y la Animadora se pusieron a bailar muy pegaos, mientras los mocicos chillaban picardías y le llamaban rumboso a mi padre.

Cuando acabó la pieza los mocicos dijeron: -aunque esté malamente repetirlo:

—¡Tiéntale el *chichi!*

Yo entonces era muy chico y muy ignorante. Así que *pa'* congraciarme con mi padre, le voceé también:

—¡Páaapa: tiéntale el *chichi!* —Y lo dije creyendo que el *chichi* era un caracol de pelo muy bien hecho que llevaba la Animadora *pega'o* en la frente. Mira lo que son las cosas, que tenías que ser tú quien me sacara de la ignorancia enseñándome otros caracoles más *escondi'os pa'* saber dónde está el *chichi*... Pero no vayas a sofocarte, que yo sé que eres como hay que ser. ¡Que *pa'* eso eres mi novia y *to'* lo tuyo me pertenece, por muy recóndito que sea...!

Pues como te iba diciendo: que mi padre se quedó muy quieto, mirándome malamente. Y todos los demás se tronchaban de risa, y de las *carcajá's*, se les doblaban el espinazo; hasta que mi padre saltó al suelo, me dio un *sostrazo* que me bufó el carrillo, y me sacó de la Verbena *agarra'o* por la oreja, retorciéndomela a los compases de la “*España Cañí*”, que la orquesta atacaba nuevamente.

Mientras salíamos de la Verbena, la Animadora le puso letra a la música, mientras se agarraba las tetas con las dos manos, y chilló como cantando:

—Cuando tú quieras... la-ra-lá...la-ra-la-la-la... tuyas son, la-ra-la-aá.

Y mi padre se paró en seco, *s'arrodó* hacia ella y le soltó con vozarrón *regocijá'o*:

—¡Vivan las hembras *aventajá's* de pensamiento y complacientes de por sí! Ya me lo dirás *aluego* en la Fonda. —Y la voz le salía como con ronquera.

Luego me apretujó el retorcijón en la oreja, que se le había *afloja'o* con la palabrería, y salimos zumbando del baile.

Cuando entramos en mi casa, mi Madre, que estaba como acechándonos en la cancela con muy malísima cara, se encabritó cuando mi padre le dijo que a ver si aprendía a ser una buena madre y se molestaba en atarme corto p'a que no acabara siendo un *perdí'o* como ella. Entonces yo me distraje de sus rencillas, porque empezaron a oírse los pitos de la Banda Municipal que, con las claras del día, venía tocando

la *Diana Floreá* calle abajo. Y, mira tú lo que son las cosas, que lo que tocaban era la “*España Cañí*”, a cuyo compás, mi Madre pagó conmigo su rabia, y me soltó otro sostrazo cuando fui a entrar por la puerta, mientras clamaba que era tan pendón como Padre. Pero eso lo decía dirigiéndose a él, como si yo no contara. Hasta que Padre, *cansa’o* de los resabios de Madre, acabó como siempre, tentándole la cara y las costillas antes de irse otra vez por donde había *veni’o*.

El último día de la Feria, mientras mi Padre estaba en los toros, mi Madre se puso a hurgarle en los bolsillos de la pelliza y, ¿qué dirás tú que encontró? Pues las mismísimas bragas brillantes de color granate que yo le había visto a la Animadora la noche de la Verbena. Y claro, cuando llegó mi Padre de los toros, aquello fue el acabose. Yo subí el *arradio pa’* no tener que escuchar cómo se tupían. Pero Padre le metió una *patá’* al *arradio* que se cayó al suelo echando chispas, y se le descujaringaron las lámparas *pa’* los restos. Entonces me salí al llano de la casa a escuchar la Banda Municipal, que *gorvía* de los toros tocando lo único que parece que saben tocar: la “*España Cañí*”. Con la música pensé que no que se oiría la brega *dende* la calle, pero yo sí que la oía y sabía que estaban calentándose los lomos, así que, aunque hice por aguantarme, se me saltaron las lágrimas, porque yo *ento’avía* era un chiquillo y me apocaba tanta pelea. ¡Total por unas bragas de color granate!

La culpa era de Madre por churretear en los bolsillos de Padre. Que es que te lo digo yo: que el que escucha su mal oye, y el que busca en cesto ajeno su perdición halla.

Al rato me metí *pa’* adentro. Ellos seguían a lo suyo y yo estaba *ensordeci’o* con las voces de la casa y la música de afuera; pero, entre *pití’o* y *pití’o* de la “*España Cañí*”, le escuché a Madre:

—Mañana mismico voy a hablar con el Cura y me *desepero* de ti por *perdi’o*. Que una cosa es que te vayas con malas mujeres, que eso tiene un pasar, y otra que te metas en los bolsillos bragas de *esa* color tan indecente y con ese brillo. Que eso más que hombría es vicio. ¡Dónde se ha visto una cosa así, Dios miiiío!

Como Madre siempre ha *si’o* una mujer de palabra, a la mañana siguiente se fue a hablar con el Cura, y se *desepararon pa’* siempre, sin *nesecidad* de llamar a *Aboga’os* de esos que se gastan ahora, que

te sacan los tuétanos antes de que te salgan los papeles de legalizarte la soltería.

Y aquí me tienes a mí, haciendo de hombre de la casa, tapando dos bocas con mi jornalillo, y cuidando de la honra y del avío de una casa donde, con tanta gresca, no quedó sano ni el *arradio pa'* poder escuchar el Parte¹.

Por eso, cada vez que siento tocar la pieza de la “*España Cañi*” se me *regüerve* el cuerpo y se me ponen las orejas más *encendi’as* que las bragas de la Animadora. Así que no me porñes, porque yo no pienso en bailar jamás de los jamases ese pasodoble ni aunque me dejes tentarte el chichi mientras bailamos.

Y, *pa'* que lo sepas: moderneces las que quieras; que no se diga que soy un *atrasa’o*; que ya ves que hasta te traigo a la Verbena en lugar de venirme yo solico como hacen los antiguos. Pero, no vayas a equivocarte conmigo: que no se te pase nunca por la cabeza comprarte unas bragas de color granate, porque eso no te lo voy a consentir ni ahora ni cuando estemos *casa’os*; porque te inflo los morros de tanto que te quiero.

¡Que ni muerto quiero verte unas bragas de tela brillante y de color granate!

Tú hazme caso, *bonica*: que ésa dicen que es tela de braga de coristas, y las coristas tienen que ser mujeres malas como la Animadora. No como tú que, por lo que yo te tengo visto, *naide* puede mentarte sin consideración y siempre has *demonstra’o* ser decente y guardarme la honra.

LOS CONVENTILLOS PATENTES ILUSTRADAS

(Casi-crónica)

Mi querida Cati-Cronista: Al hilo de aquellas charlas nuestras, argentinas, vuelvo sobre ellas con motivo de algunos eventos de este lado de los mares que tus antepasados cruzaron para injertar retoños españoles en "Las Américas".

Y, hasta es posible que hagamos negocio... Se trata de alertarte para que no te alcen la idea, y puedas patentarla tú antes de que venga un listillo a inventar lo que ya está inventado.

Sí, claro que me explico. ¡Hija de mi alma, qué carácter! Pues, para empezar a "meterte en harina", déjame que te presente a DoñaMaría-Antonia. Te diré que la señora, de edad no muy madura, y Extremeña por más señas, es un tanto fondona, ojos de pez (por su fijeza ausente), y carente de gracejo aunque tiene su aquel en esa singracia suya.

La gente, que por aquí, con las abundancias, empieza a tener exceso de dengues, se empeña en pinchorrearla (de "pincharla" y de "echarle chorreones", aunque tampoco sé si estas aclaraciones lo son por esas tierras), y "ponerla a caer de un burro". Vamos que la tupen, la escarnecen, la vilipendian y la ridiculizan más que si, en vez de ser Ministra de la Vivienda, fuera un payaso o un cantinflas cualquiera con las medias colgando patas abajo. No ha abierto la criatura la boca cuando ya están "dándole caña" desde los cuatro puntos cardinales.

Y, como me pienso yo que tanta simpleza no puede darse junta en una sola persona, tan menguada de hechuras, (porque Dios ha de repartirlo todo en su natural socialistoide y que esto quede entre nosotras), pues me barrunto yo que algo tendrá de aprovechable; y me he echado a expiarle las andanzas a esta Ministra nuestra.

No te lo vas a creer, Cati. Como "dirías vos", ¡es una genia! Y nosotras podemos arrimarnos a este puchero si nos andamos listas.

Recordarás, Cati, que durante mi estancia en Buenos Aires me hablabas de "Los Conventillos". Lo que no te dije es que, cuando me los referías, noté en tu voz esa ternura rezumante de descendiente de españoles emigrados que, con un latón de aquí, cuatro alambres de allá, cinco chapas onduladas y los afanes intactos por encontrar refugio, donde poder tomarse las únicas solaces gratuitas que tienen a su alcance los menesterosos, se apañaban un rincón de intimidad para sus retozos.

No había vuelto yo a recordar tus referencias hasta que nuestra genial DoñaMaríaAntonia salió el otro día al paso de la carencia y carestía de viviendas en esta España nuestra proponiendo la construcción de MiniViviendas, para poner a disposición privada tal que de unos quince o veinte metros por pareja hasta que aprendieran a ganarse los cuartos.

Por lo que yo entendí, el resto, común, era tal que así:

—Agua corriente central: (caño unificado en el centro del pasillo común.

—Meadero (con perdón), y cocinilla, compartidos, cada veinte o treinta familias, previo entrenamiento en pedir la vez, para cuando pudieran ejercitarse en el puesto de la ternera gallega (En caso de necesidad urgente siempre están los corralillos para perros que, desde hace unos años, funcionan en todos los parques públicos de barrio).

—Ducha de regadera (si no me entiendes me lo dices a vuelta de correo).

—Armarios excluidos; (a fin de cuentas, si no tienen las criaturas para mercarse una casa, sería un despilfarro tener más de la muda de quita y pon).

—Mobiliario integrado en la construcción: (poyetes de yeso vivo utilizables de silla, cama y portapapeles (que parece que empieza a ser rentable rebuscar periódicos viejos para aislamientos térmicos).

—Utensilios: los que pudieran colgarse de los clavos rebuscados en muladares...

Según me iba enterando del proyecto de DoñaMariaAntonia, se me iban poniendo los pelos de punta, y no precisamente por lo que referían los medios de comunicación sobre "espacios dignos" y otras pamplinas, sino porque se me vino a la memoria, a mogollón, aquellas explicaciones tuyas sobre los Conventillos. ¡Y creo que Argentina en general, y tú en particular, estáis en condiciones de arreglar carencia mediante convenio internacional con España.

Y yo de intermediaria. ¡Por fin, una oportunidad! ¡Paciencia, hija mía! Que, a mi edad, voy necesitando tiempo y sosiego ante negocios tan prometedores y ventajosos.

Pues a lo que íbamos. Aquellos antepasados tuyos sí que eran prácticos y agradecidos. No como estos piojos revividos de por aquí que, en lugar de agradecerle a nuestra singular e instruida Ministra de la Vivienda su desgaste de magín, se hincan de patas como pollinos con pretensiones.

Aquellos que vivían en los Conventillos sí que tenían un "concepto social" de la vivienda. Y no éstos que andan discutiéndole a nuestra DoñaMariaAntonia la diferencia de metros y de mueblaje, existente entre su Despacho Oficial y el "pisito" que proyecta esta incomprendida MujerSinPar.

Y es que, digo yo, Cati: ¿acaso no es eso pura envidia? ¿Es que ya no reza lo de que "hay que vestir el cargo"? Una Ministra es una Ministra, por muy socialista que sea, y precisa de un despacho con apariencias de buen ver. Eso por no hablarte de que lo que son es unos descreídos que ofenden a Dios. Porque, vamos a ver: ¿es que ya nadie recuerda las enseñanzas de lo de "la viña del Señor"? Pero me dejo de monsergas y, al grano.

Pues, Cati, que, en cuantico le escuché a la Ministra su idea, fui y me dije:

¡Pero si esto ya está inventado desde hace siglos...! ¡Si esto no es más que lo de los Conventillos Argentinos! ¡Hay que ver cómo domina la historia universal esta Mujer! La historia le hará justicia.

Yo no sé si te das cuenta, Cati, de lo que tenemos entre nuestras manos.

Mientras tanto, Cati, y por puras razones de justicia, —que me pienso yo que tus antepasados debieran sacar partido de lo que ellos inventaron— hazme caso y ponte a la tarea. Tienes que apresurarte a hacer lo que ellos no hicieron. Tienes que patentar internacionalmente la idea de los Conventillos.

No creo que te sea difícil: levantas cuatro planos de nada, le haces unas fotos a lo que queda de los cuchitriles en ese Buenos Aires querido, que para eso eres Arquitecta-. Escribes una Memoria con unas notas a vuelapluma —que para eso eres Escribidora-... ¡Y lo patentas!

Luego, le vendes la patente al Gobierno Argentino informándole sobre las pretensiones de nuestra DoñaMaríaAntonia y de tus contactos en España.

A continuación me mandas los papeles de la patente y yo empiezo las gestiones para cobrarle a la DoñaMaríaAntonia los derechos de Autor.

Y, entre tú y yo, además de arreglarles el problema a los dos Países, nos repartimos la pasta gansa a cuenta de lo que esta "Genia" os está copiando tan descaradamente como si ella hubiera sido alguna vez una emigrante.

Pero, para ir adelantando: ¿por qué no me escribes, ampliándome datos sobre los Conventillos y puedo yo ir haciendo orado de la idea?

¿Acaso no somos nosotras, también, tan "genias" como nuestra MinistraViviendora? ¿Tú que piensas, Cati?

MARTÍNEZ Y ANDRADE DON RODRIGO

doncreator@lycos.es

Nació en Caracas (1977), vive en la Ciudad de los Caballeros de Mérida hasta hoy. Es un personaje merideño de vocación transcontextual, que ha sembrado sus experiencias e inspiraciones de caminante creativo en Finlandia, Suecia, Estados Unidos y España. Don Rodrigo es poeta, ha colaborado en varias revistas e instituciones como *Solar*, *Aleph*, el Diario Frontera y la Asociación de Escritores de Mérida. Expuso en el II Encuentro de La Mujer Latinoamericana, Mérida, 2005: “La vulva como metáfora”, Ensayo de estética y erotismo, de inspiración filosófica. Actualmente Don Rodrigo se desempeña como Profesor e Investigador del Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo, como Gerente y Consultor de ABC aprendizajes, asociación civil en las áreas de formación, consultoría y organización de eventos *creativos transdisciplinarios*. Realiza estudios en el Doctorado de Filosofía de la Universidad de Los Andes y en el Doctorado en Educación de la Universidad Interamericana de Educación a Distancia de Panamá.

OBRA LITERARIA: Publicó en Ediciones Parayma, su primer poemario *Quibario*, Mérida, 2001. Ahora espera su segunda publicación “Dalíndromos”, poemario de 113 metapoemas, de inspiración surrealista creado en torno a sus reflexiones poliversales sobre la vida, obra y pensamiento de Salvador Dalí. Tiene inédito el libro de narrativa breve *Naderías*.

Ni panteón ni mausoleo

Del libro inédito Naderías

A Lucho y Fabiola

Después de un tiempo de no escribir oí que estaba sordo de mis propios ruidos y descubrí que no veía ni a mis párpados parpadear. Me resumía en el recuerdo de mi madre con tierra en las manos y el reflejo de sus ojos sobre mi ataúd.

Yo mismo llegué tarde a mi sepelio. ¡Coño, no pude ver mi entierro!

Mi padre se volvió coleccionista de coronas fúnebres y mi abuelo, que no entendía nada, contaba lágrimas de otros recuerdos. Mis hermanos abrazados, sembraban sus piernas en mi cripta, y la tía Sonia fantaseaba con exhumar mi canto, mi arrogancia y mis oscuros cabellos.

Mientras tanto, yo fornicaba en mi tumba.

No más ondas ni pasos sobre mi cuello; su sonrisa no era más que un martillo en la grieta de mis ojos. De sus manos, extrañaba el quejido y de sus rodillas, el olor a ironía.

El país se encogía y los mares de hollín oxidaban mi casa; el cementerio en llamas, todos corrían estremecidos.

¡Me arreché!, saqué a la muerte de mi tumba.

DE OCASIÓN

Ayer di dos vueltas y no regresé. Me subasté.

Cedí todo lo que tenía. Mis brazos están en Francia, mis dedos los compró un chino; con mi piel, la Primera Dama se hizo un vestido de flecos escrotales.

Todo se vendió, peeeero... ¿Y yo? Nadie se quedó conmigo.

MEMORIAS DEL EXPERIMENTO 68

Acostado en el piso 57 del Hospital Urbano oigo la voz del Dr. Ramiro diciendo:

“Hay que salvar a este hombre aplicando el experimento 68... a su pene flácido le colocaremos un ojo verde con pestañas y ceja. Dos brazos, una nariz, una boca y un cerebro morbosos que maneje un vocabulario comprensible y poético.”

Después no oí nada más. Recuerdo que a las horas abrí mi ojo y sentí mareo. Oía risas, cantos y aplausos, sólo reconocí al Dr. Ramiro, quien me dio la mano para brindarme una copa de champaña.

Ahora mi profesión se ha convertido en darle placer a las mujeres. Me introduzco en su oscuro agujero, entro y salgo; río y canto; soplo sus paredes y acaricio los bordes con mis pequeñas manos; abro mi ojo allí adentro y les hago cosquillas con mi pestaña. Beso y lamo el orificio, hasta que ellas mueren de placer, se asfixian, se les encalambran los músculos y caen dormidas hasta el amanecer.

MEMORANDUM

Mientras más me vestía, más me convertía en un ser tímido.

Al colocarme los pantalones, enmudecía. Ponerme la camisa era no querer ver sus rostros. Calzándome sentía vergüenza de mi presencia.

Al fin libre, salí desnudo. Hablé de mí y de mi mundo, revelé mi identidad.

Me mataron. Dos tiros en la boca por no tener apariencia.

PD

Ni siquiera muerto pude ser yo.

¡Me vistieron en mi ataúd!

ORTODOX TEXTIMON

Para Juan Fernando Martínez y Andrade

No me gustaba hablar contigo, constantemente blasfemabas.

—Te quemé la lengua.

Desde ese día, me has dicho siempre la verdad.

CUATRO HISTORIAS DE LA PEÑA DE LOS UNICORNIOS

I

A Ediquer Guerrero

Me detuve en una calle. Llevaba un aviso que decía:

— ME VENDO —

La gente que pasaba se burlaba de mí. Al rato, una señora de auto hermoso, me dijo: *Móntate, yo te compro.*

Primero compró mis ojos, después los dientes y cada uno de mis huesos. Le vendí un riñón, el corazón y el estómago.

Cuando me hice millonario, era nada.

II

A Don Rodrigo

Me propuse guardar todas las uñas que me cortaba; le pedí también a mis amigos que me cediesen las suyas. Las atesoraba en una caja de ámbar.

Al tener 100 kilos hice un guiso con sal y agua. Me senté a comer y al terminar, era todo de marfil. Entonces mi vecino construyó una plaza. La llamó “Plaza del Hombre de Marfil”, y en una placa inscribió la historia que estás leyendo.

III

A Giuseppe De Luca

Tropecé con tu brazo y me dieron ganas de escalarlo.

Trepado en la enredadera que tejían tus vellos, descubrí un oscuro lunar donde sembré fresas.

En tiempos de cosecha, se torna rojizo.

IV

A Gabriela Álvarez

Tomé la podadora y me introduje en el verde de tus ojos. Al finalizar, descubrí que tu iris era marrón.

Hice excavaciones en ellos y encontré un pozo de petróleo. El líquido viscoso fluía, regando los desiertos de tu mirada que se tornaba oscura.

Decidí prenderles fuego. Me gustan amarillos.

AVE EXTRAÑA

Una tarde entré al cuarto para masturbar mi espíritu. La excitación fue tan intensa que me desmayé. Cuando volví en mí, noté que el alma de un pájaro había encarnado en mi pene. Mi pene que no entendía, piaba desesperado y picoteaba con el glande la ropa que lo cubría y mi piel. Una mañana sentí como se desprendía de mí, al rato lo encontré cantando y caminando por la habitación. Al verse descubierto, subió a la ventana, se desplegó y se lanzó al vacío; volaba felizmente mientras

agitaba con fuerza mis testículos. Al volver en mí, se había perdido entre las nubes.

LA RED

Resolví despellejar las horas, arrancar sus minutos, deshilar segundos. Con el cronocidio, construí una telaraña de tiempo.

EN PAZ DESCANSO

Levanté las pestañas y descubrí mis cejas, olía a estiércol. Abrí las ventanas para que entrara pero ella prefirió atravesar la puerta. Me vi sentado con la vida apoyada en las rodillas. Ella reía y mordía mis hombros, como una mujer me besaba.

La vida se amarró a mis pies, encaprichada en lanzarme por los puentes para que los peces soplasen en mi boca. Se burlaba de mí.

Agonizaba en mi tormento, la vida me utilizaba. Un día la maté.

Ahora vivo solo y ella no toca más a mi ventana.

VESTIDO DE VULVA

Ayer caminé con *Kirsten*, fuimos al centro y merodeamos por sus plazas. Yo la tomaba de la mano y acariciaba su felpuda vestimenta, su cabeza se asomaba sonriente por debajo del prepucio de satén. Era un clítoris parlante, que me comentaba lo raro que estaba vestida la gente esa tarde neblinosa de San Valentín.

GENIO GENITAL

Froté su vulva y cobró vida, me hipnotizó por debajo de mi silueta, me hizo espada, vela, pepino, luego me gritó un grito de colores. Como un Genio Genital o Ge al cuadrado cartografió en mi esencia la serpenteante vía al punto G onomatopéyico. Allí se hizo cúbica, galopante, sirena. No me concedió ningún deseo, mucho menos concibió la ausencia última, sólo husmeó mi cataléptica frecuencia.

MARTÍNEZ LLONGUERAS ISSA

ceramica65@yahoo.es

Escritora mexicana nacida en el D.F. (1965). Colaboradora de Revistas Literarias de Internet como Almiar, Letralia, Almargen, así como en varias páginas web. Es miembro y moderadora del Foro Literario Archipiélago. También en la Revista Literaria Argentina: Mundísimo. <http://www.foroarchipelago.com/ceramica65@yahoo.es>

OBRA LITERARIA: Tiene en formato PDF, el poemario *Incienso de madrugada triste*; así como varios poemarios inéditos. Ha sido publicada como autora invitada en varios números de la Antología Internacional Sensibilidades como también en la Revista Literaria Sensibilidades Prologó el libro de *Dirambos: entre viajes y fantasías*, de Luis E. Prieto. Colaboró con un texto en la novela colectiva *La Memoria de los Triángulos*. Ambos de Alternativa Editorial (Ourense, Galicia, 2004).

AMARGOSITAS

Los primeros días del año transcurren, aún se perciben los aromas de las fiestas pasadas. El recalentado llegó a su fin el día de ayer. Menos mal, pues ya empezaban a fastidiarme el bacalao, los romeritos y todas esas delicias culinarias, incluido el pavo relleno.

En el interior queda un sentimiento de amargura más que de felicidad. Pues sin poderlo evitar, a nuestra mente vienen trocitos de las vivencias de hace unas semanas, y la gran cantidad de dinero que, como agua, se nos escapó de las manos sin siquiera notarlo. ¿A dónde se fue el calorcito navideño?

Hace pocos minutos que dejé la cama, las vacaciones escolares me permiten cambiar mi rutina, por lo que aprovecho la situación para, aún con el pijama puesto, llegar hasta la cocina y apaciguar mis ansias del tan deseado café matutino. Lo preparo de memoria y siento ya un gran bienestar con tan sólo tenerlo entre mis manos y dejar que su aroma penetre en mi olfato. Delicioso... el primer sorbo es como una caricia a mi cuerpo. ¡Ah!... Riquísimo. Busco algo más, ¡claro!, la cajetilla de cigarros y el encendedor. Coloco uno entre mis labios y lo enciendo. El cuerpo lo agradece, pues ya echaba de menos su dosis de nicotina.

Ya mi mente empieza a funcionar con cierta lucidez, noto que los niños están arriba y me invaden los deseos de escribir, parece un buen momento para hacerlo. Busco mi libreta y noto que ya le quedan pocos espacios en blanco. Me hago el propósito de comprar una nueva en la primera oportunidad. Todo listo para empezar: libreta, pluma, café y cigarrillos. Las ideas me dan vuelta en la cabeza y no consigo aterrizarlas en el papel.

—¡Mamá!... ¿En dónde estás?

Es la vocecita de mi hijo de cuatro años. Me tienta la idea de quedarme callada y seguir intentando escribir.

—¡Mamaaaaaá!

¿Por qué razón a veces nos resulta tan desagradable la dulce voz de nuestros pequeños? Haciendo acopio de paciencia decido responder:

—¡Acá abajo!, mi amor.

Escucho sus piecitos descalzos en la escalera, extraño sería que se hubiera puesto las babuchas.

—Mami, quiero “ZUCARITAS”.

—Sí, ahora te las doy.

Las famosas “ZUCARITAS” nunca me parecieron tan “agringadas” y estúpidas como en ese momento. “Amargositas” deberían llamarse. ¡Maldecido cereal norteamericano!

Vierto leche en un tazón y tomo la caja de “Amargositas”. Su peso me parece...extraño. ¡Cierto! Está...vacía. Una madre conoce bien a sus hijos, y yo, sabía casi con certeza lo que aquel detalle podría significar para mi pequeño. Débilmente escuché mi propia voz.

—Ya no hay, mi amor.

Mi tono es el más dulce posible para evitar un desagradable berinche matutino. Espero rezando para que no se presente, al mismo tiempo que mis ojos expectantes se posan en la carita de mi pequeño. Definitivamente me siento angustiada, no hay nada peor para mis nervios, que una rabieta mañanera. Milagrosamente mi hijo está de buenas, tan sólo me mira con sus ojitos interrogantes.

—¿Quieres avena, cielo?

—Sí, mami.

¡Bingo! La preparo aprovechando la porción de leche ya servida y se la doy. El nene se lleva su avena y desaparece por las escaleras.

No lo reprendo diciéndole que debe comer en la mesa, porque quiero regresar a mi amada libreta. Me siento, pongo cara de retomar mis pensamientos, y la “descarada” caja de “Amargositas” que dejara sobre la mesa me guiña el ojo, me atrapa con uno de sus costados que dice: *Sin colesterol. *Sin grasa...

Acabo de decidir que debería llevar una leyenda más: *iSin madre!

(Adivinaste, dejé mi incipiente inspiración para una mejor ocasión).

MORA-MORALES ARTURO

alla_en_babilonia@yahoo.es

(Tovar, Mérida 1955). Narrador, poeta, ensayista, articulista, fotógrafo, y promotor cultural de amplia trayectoria profesional en Comunicación Social. Desde 1972 ha colaborado en distintas publicaciones periodísticas como *Ecos del Sur del Lago*, *La Nación*, *El Vigilante*, *Esfuerzo* y *Tribuna Popular*. Fundador codirector de la *Revista Alborada*, de *El Vigía*. De 1992 hasta 2004 fue miembro del Consejo Editor de la *Revista Solar*, Jefe de Redacción del tabloide *Quórum con el arte y la cultura*, y Director de la *Revista Casa de la Fragua*. Colaborador de importantes diarios y revistas de Venezuela y el exterior. Asumió de 2002-2007, la Presidencia de la Asociación de Escritores de Mérida.

OBRA LITERARIA: en poesía: *Marzo* (Gobernación de Mérida 1985) y *Ladera interior* (Biblioteca José Vicente Nucete, Mérida 1995). En narrativa: *Los espejos divergentes* (Solar, Mérida 1997), *Baladas del agua* (Asociación de Escritores de Mérida/CONAC, 2003) y *Cortejos de la tarde* (Asociación de Escritores de Mérida/CONAC, 2003).

MONET Y EUTIFRÓN

El nonagenario gato, abrigado con una frazada de algodón, dentro de una caja de metal cerrada con falleba y orificios mínimos, olvidado dentro del compartimiento de maletas, cruzó varias veces, de ribera a ribera, el océano. Cuando lo hallaron, sin precinto numerado ni etiqueta de destino, después de cinco días de extravío y más de ocho itinerarios, había perdido seis vidas, dos tercios del peso y casi todo vigor. Casi todo, pues nomás se vio liberado de la prisión, casi ciego por la luz inadmisible del Caribe, haciendo uso, quizás, de la última vida útil, escapó hacia el fondo de las oficinas del aeropuerto. Allí, entre recovecos laberínticos de hormigón y medias paredes forradas de género verde pálido y aromas de lavanda, los mozos de cuerda, rendidos por la inutilidad de la búsqueda, lo declararon temporalmente perdido.

—Lo encontraremos por el olor- comentó uno de ellos.

Al extremo de un salón casi oscuro, junto a un aparador repleto de anticuados libros de cuentas, quedó exánime, respirando a penas. En

ese lugar, tendido de costado, bajo la suave luz que filtraba una cortina semiabierta, lo vio el joven Eutifrón. No el imaginario Eutifrón de los diálogos socráticos, sino un curioso e iconoclasta ratoncito que también esperaba, como muchos personajes del añoso terminal aéreo, el cierre de aquellas instalaciones.

—¿Qué te pasó, primo hermano, que estáis así, a punto de pelar el gajo? —le preguntó desde la reconditez de su covacha.

Ni un vocablo, ni una tilde por respuesta. Sólo el acostumbrado tráfago de las antesalas y el atenuado y distante rumor de las turbinas. El roedor esperó respuesta un rato. Observó el estómago descarnado, el fuelle sacudido de la respiración, casi inaudible, e inquirió:

—¿Ey, chico, estáis sordo o qué? ¿Qué carreta te atropelló, muchacho?

El viejo Monet —llamado así no por pintor, sino por los caprichos culteranos y eufónicos de su dueña— abrió con indolencia un ojo y escudriñó, como entre brumas, aquella área del salón donde se apostaba el desconocido. Tomó un respiro, arrugó el entrecejo y volvió a su talante de inconciencia.

—¡Pstt! ¿Chico, qué camión te pisó, para quedar más maltrecho que zapato en carretera?

Cada pregunta llegaba aguda y majadera al oído de Monet. Quizás, por eso, por los despropósitos del oculto personaje, el pobre gato, con lúgubre voz de bajo, como rogando articuló:

—Dejáme quieto, necio, ¿no veis que de verguita respiro?

—¡Bue..! ¡Te lo perdéis, desgraciado! Sólo quería ayudarte a pasar el páramo— aceptó resignado el intruso.

Eutifrón tomó el borde de la pared, rumbo a los archivos, según la ancestral manera de recorrer las calles soleadas. Todo en aquellos pasillos era soledad y clausura. Evadía las resmas de papel tiradas hasta la altura del rodapié y volvía a apurar el paso en los trechos libres, como urgido por el antiguo reloj de cuerda rota donde pasó su infancia. A medio camino se preguntó, auto-repreensivo, si aquel gato no se habría envenenado al tragarse algún cretino como él.

—¡Muchacho!— Clamó, desde el fondo, la voz subterránea de Monet. Eutifrón se detuvo un instante. El gato insistió:

—¡Muchacho! ¿Me oyes?

Eutifrón oía perfectamente, pero había hecho una promesa de silencio.

¡Muchacho...buen muchacho! –volvía a oírse la voz vencida del gato.

¡Buen muchacho! Vais a perdonarme... –tosió con una tesitura agónica- ¡Soy un anciano majadero, casi sordo y ahora ciego!

El ratón hizo un rodeo, evitando una zona abierta, accesible. Ascendió la cuesta que un rasero de madera tendía a un escritorio y, desde lo alto de un cerro de carpetas iluminadas por la claridad de la ventana, volvió a preguntar:

¿Quién te atropelló, quién te echó esa vaina, mayor?

–¿Qué dices? No te escucho...–la tos, la interpelación casi inaudible, esforzada del gato, era un ronco murmullo y, su mano derecha, orientando el pabellón de la pequeña oreja hacia el sitio donde estaba Eutifrón, un felpudo palanquín del sonido.

–Te estoy preguntando –elevando la voz-: ¿que quién te echó ese carro de m... encima, que estáis como un estropajo y a punto de estirar la pata?

–Soy un viejo guerrero, un sobreviviente –volvió a toser-. Los locos devaneos de mi dueña me metieron en este lío. ¿Todavía estoy vivo o hablo con un fantasma?

–¿Estás tan mal así, minino?

–No me llaméis Minino, buen muchacho. Llámame Monet.

–¡Vaya, vaya, qué mundo más chiquito y sorprendente es el nuestro! ¡Qué sorpresa! ¡No me imaginé nunca que un pintor tan ilustre viniese a morir a esta tierra! ¿Todavía sois pintor de brocha fina? ¿Aún pintáis paisajes con gente frívola en el campo y a orillas del Sena?

–¿De qué me habláis, muchacho?

–Mejor me vas llamando Eutifrón. Seguíis aturdido, ¿no es así? Hablo de tus pinturas, de tus famosos cuadros, señor Monet. ¿O habéis perdido la memoria?

–¡Qué pintor ni qué avispas carniceras! Soy Monet, el gato de las Barboza, las muchachas de la Quinta *Mi Bohío*, en Doctor Portillo.

–¡A buena lavativa, Monsieur Monet!

–No me digáis señor, ya somos amigos.

—¿Amigos —se rió con su aguda hilera de dientes?- ¿Amigo el ratón del gato?

—Es tu problema si no crees en los amigos- volvió a toser, pero esta vez con un doloroso ahogo.

—Discúlpame, amigo Monet... Me acordaba de una antigua sentencia de Sócrates, mi buen maestro. La recordaba en voz alta.

—No te preocupes. ¿Y quién es el tal Sócrates?

—¿Sócrates? ¿Cómo no vais a saber quién fue Sócrates? ¿Ahora me diréis que tampoco sabés quién era el poeta?

—¿Cuál poeta? No entiendo una sola de tus vocales.

—¡Udón, el poeta Udón Pérez!

—¡Ah, claro! Pero háblame de Sócrates.

—Sócrates es un anciano filósofo griego que vino hace unos años a conocer al poeta y aquí, entre estas paredes, se quedó para fundar una escuela importante, la socrática marabina, que dirigió hasta su muerte, y de la cual soy uno de sus últimos discípulos.

—Ya veo. ¡Qué interesante!...-esto lo dijo con una voz profunda, lúgubre. Y afirmó con tristeza: -Este es el destino obligado de muchos moribundos.

—No, amigo Monet, todo esto es una casualidad. Además, ¿para qué habláis de muerte si todavía estáis respirando?

—Es verdad, amiguito. Hablemos de la vida, de esa escuela en la que estuviste. ¿Qué te enseñaron allí?

—Bueno, amigo Monet, no se trata de una escuela como otras. En la mía nos formamos para entender la vida.

—¿Cómo es eso, Eutifrón?

—Simple. Un día, el maestro Sócrates, viendo que éramos tantos, decidió enseñarnos a avanzar en el camino de las ideas, en un saber seguro frente a las incertidumbres de la opinión y el horizonte cambiante de los fenómenos.

—Más lento y más alto, Eutifrón, que ni te entiendo ni te escucho.

—Te venía diciendo que el maestro aspiraba a que reconociéramos el bien y el mal, nuestro propio destino, el destino del alma, las disciplinas del amor y el orden moral. Nuestra formación se ha fundado en la fe de que un día no muy lejano reinaremos los filósofos.

—¡Qué profundo es todo eso que me habéis dicho, Eutifrón; pero hablaré más fuerte que mis oídos gastados casi no te escuchan.

—¿Y a mí ya no me queda garganta ni aliento!

—Entonces —caviló un poco, Monet— dejemos hasta aquí el diálogo. Tú que conoces el alma y que sabes que es inmortal, sabréis esperar para contármelo en el cielo. Esperaré el tiempo necesario para que vayas y termines de contarme esa apasionante y rica historia.

—¿Y cual es la prisa? Si te esperáis un poquito, te hago el cuento corto y después podéis morir, escuchando algo útil.

—Hago el esfuerzo, Eutifrón, hago el esfuerzo; pero te escucho muy lejos. En medio de nosotros hay una sombra acústica que borra tus palabras. Tal vez si te acercaras, conservarías tu voz y yo ahorraría un poco más del aliento necesario para morir. ¡Acércate y háblame al oído!

—¡Estás mal, muy mal!- lamentaba, Eutifrón, la suerte de Monet, mientras bajaba la rampa de madera y se aproximaba al agonizante.

—¡Qué más da!- la tos volvía a interrumpir al infortunado gato.

—Bien, Monsieur Monet...—su voz era más suave. Casi podía respirar el aliento de aquél cuerpo estragado- como te decía, de cien hermanos soy el único...

No pudo Eutifrón articular aquella última y vanidosa frase: “el único iniciado en filosofía”. De la boca de Monet, como un eco, salió una última imprecación ratonil: “*El c... e` tu madre, Monet traidor*”.

—El c... e` mi madre no, Eutifrón; la maña se come a la filosofía.

PARADA JOSÉ GREGORIO

josegparada@caramail.com

Nació en Bailadores estado Mérida, Venezuela (1968). Licenciado en Letras mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana (1996) en la ULA. Tiene una “Maîtrise d’Espagnol” en la Universidad François Rabelais de Tours (1997), y un DEA (Diplôme d’Études Approfondies) en Lenguas y Literaturas Nacionales y Comparadas Francesas, en la misma universidad. Actualmente es profesor Asistente de Francés en la Universidad de Los Andes (ULA, en Mérida, Venezuela). Se ha hecho acreedor de: Mención de Honor en el Concurso de Cuento, Ensayo y Poesía auspiciado por la Universidad de Los Andes, en la Categoría de Cuento, Mérida, 18 de Julio de 1995. Mención de Honor en el Concurso de Teatro de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2003. Segundo premio en el Concurso de Cuento de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2004. Segundo premio en el Concurso de Novela de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2004. Primer lugar Concurso de ensayo Augusto Padrón. Maracay, septiembre, 2005.

OBRA LITERARIA: Ha publicado “*De como un franciscano encontró las llaves del paraíso*”, (mención de honor) en coproducción con ganadores del 7mo. Concurso de cuento, ensayo y poesía 1995 (Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de los Andes, 1996). *Entre amores, secretos y deslices* (poemario de la Colección Luna Nueva, Dirección de Cultura y Extensión de la Universidad de los Andes, 1996). *Imágenes de Bailadores* (Imp. de Mérida. Mérida, 2001). *Bailadores entre Misterio y Espantos* (Ediciones Apula e Instituto Municipal de la Cultura de Bailadores, Mérida, mayo 2005). Tiene inéditos (poemarios): *Para ella que está lejos y Mi hijo el emigrante*; (novela): *Memorias de un refugiado*; (libro de cuentos): *De doctrinas y muerte*; (libro de relatos): *El Pueblo de La Vera Cruz*; (anecdótico): *Estampas del Bailadores de antaño*.

LOS FRANCISCANOS

Del libro inédito:

Estampas del Bailadores de antaño

Desde Asís llegaron los preceptos de San Francisco a La Capellanía de Bailadores. Eran tiempos difíciles, pero los religiosos estaban acostumbrados a las arduas tareas, al sacrificio y a las carencias. Como tenían mucho trabajo, los hermanos no dejaban espacio en sus mentes

a los malos pensamientos pero el diablo sabe cuándo tienta. Se cuenta que un hermanito fue al monte a buscar ramas para una escoba y en el camino se consiguió a una india que se disponía a tomar un baño en las refrescantes aguas del río. Sin que la doncella se percatara de su presencia, el monje se acomodó lo mejor que pudo detrás de un árbol para presenciar el exótico espectáculo. Cuando las prendas que cubrían las bellas carnes de la madona hubieron caído, el asustado hombre sintió tal estremecimiento que no resistió a los inconmensurables deseos de ir a refrescarse también. La indiecita, un poco alebrestada, le hizo el camino fácil al hermano para iniciarlo en el delicioso pecado del amor carnal. Ambos agregaron al plácido momento unos tragos de chicha bien fermentada para calmar la sed que producen estas andanzas.

De esta unión nació el ancestro villorro que, como muchos hoy en día, era creyente y pecador a la vez.

LA NEGRA TRINA

Hoy Carrera Quinta. Hace medio siglo, soledad. Apenas una casa de bahareque modesta, sin decoración alguna, desnuda ante el cielo de todo color y calor. En su interior, al pasar un portón de madera más bien alto, se percibía el olor a perejil y cosas viejas. La sala oscura; la habitación imperceptible a los ojos del curioso; la cocina, negra como el hollín. Era la morada de una mujer singular. ¡Ay mis piernas! Decía hasta hace pocos años. Pero en su juventud bailó, bebió y disfrutó de los placeres de la vida hasta el cansancio.

Miguelito Parada, parrandero también, la acompañó, como otros, en sus fiestas y desenfrenos.

Esa noche, la oscuridad había llegado más temprano de lo previsto.
“Caray, se mizo tarde. Voy ponde la Negra”

“Negrita, abríme la puerta. Mire que se mizo tarde. Negrita no seas maluca. Es Paradita”.

El rezongo no se hizo esperar:

—¡Ñor sinvergüenza, horita ni paradita ni acostadita!

¡AHÍ SUBEN CON LA PROCESIÓN DE LA VIRGEN!

El sonido de las matracas ahogaba las avemarías del rosario.

Esta vez quería vestirse de dama antañona y mostrar sus exuberantes atributos femeninos.

¡Ahí suben con la Procesión de la Virgen!

La mujer apenas salía del baño. Para vestirse fue un rayo.

Vienen doblando la esquina. El cabello sigue escurriendo gotas de alélí como la cascada. Pasan por el frente y el cura canta en inspirador tono: Alabado sea el Santísimo Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen concebida sin pecado original...

La mota, la pintura, los zapatos. La procesión se fue.

Se quedó sin el chivo y sin el mecate la presumida mujer. Será para la próxima semana santa que mostrará las pechugas.

LA PERRA DE TEÓFILA

Teófila Ramírez vivía con su cinturón de muchachos en Mariño. Doble era su miseria: pobre y copeyana. En su mundo de padecimientos corría de un lado para otro intentando procurarse el alimento para sus hijos.

Doña Cenobia, vecina y con buenas posibilidades económicas, era el refugio constante para la desamparada mujer. Ella y toda su familia pertenecían al bando político opuesto, a los blancos, a los adecos si se quiere...

Resulta que una tarde llegó Teofila con su perra a casa de doña Cenobia a molestarla por unos granitos de arveja. El altercado ocurrió en un abrir y cerrar de ojos pues mientras doña Cenobia fue presurosa a buscar los granos, unos de sus hijos arremetió contra el indefenso animal al que el hombre había bautizado como COPEI. Así que matar a la perra era eliminar a COPEI. Agarró un leño largo del fogón y lo levantó para golpear brutalmente al can. En el preciso instante en que se disponía a dar rienda suelta a sus malévolas intenciones, una hermana suya se interpuso como para disuadirlo de tan mala acción. Era tarde. El leño fue a estrellarse estrepitosamente en la boca de la noble

muchacha cuyos dientes volaron como estrellas fugaces en una noche clara. La perra salió ilesa de tan difícil trance.

Esa noche unas cuantas barrigas durmieron llenas gracias al gesto de una adeca generosa.

LLEGÓ EL GRAN CAJÚ

Invitado por un fiel creyente de María Lionza, el Gran Cajú llegó a Bailadores para quitarle la pava a más de un desventurado.

El santuario natural de la india Carú sería su centro de operaciones nocturnas. Y así empezó su labor de brujo en el bello paraje. En un altar improvisado encendía tres velas e invocaba la presencia del espíritu de la amante triste. Repentinamente el misterioso hombre cambiaba de aspecto y, en supuesto trance, hablaba con voz afeminada. Un montón de ignorantes presenciaba el extraño ritual.

Como en esta vida nada es gratuito, más de uno salió estafado. La mala pava se convirtió en peor suerte cuando el hombre les dejó con los crespos hechos y los bolsillos vacíos. ¡Bien pendejos son los que siguen creyendo en brujos!

UN BUEN ABOGADO

Los tiempos cambian con tal celeridad que los preceptos del Tao andan contrapuestos. El cura ya no es pastor de ovejas; el artesano ya no modela la arcilla; el maestro ya no educa, y otros usurpan puestos sin crédito ni autorización. Con todo, los azares de la vida son tan grandes que los menos capaces muchas veces demuestran eficiencia y prontitud en el desempeño de sus funciones.

Hace unos años conocimos a un diligente muchacho que se entusiasmaba por oficios diversos.

Con nombre árabe pero villorro por los cuatro costados, el muchacho había entablado amistad entrañable con un vecino suyo llamado Filomeno. Eran uña y mugre, según el refrán popular. Las andanzas de uno eran las del otro. Velorios, fiestas y salidas eran comunes en la

vida de estos jóvenes que no se dejaban de ver sino en las horas consagradas al sueño.

Por circunstancias que desconocemos, Filomeno encaminó sus pasos por malas travesías y fue a parar en la prisión. Las oscuras celdas de un antiguo edificio construido hacia los cuarenta dieron albergue al muchacho que no cerró los ojos en toda la noche pues su cabeza dio vueltas hasta el infinito pensando en el qué dirán y en su honrada familia que esa noche no lo vería llegar.

¿Pero para qué se tienen los amigos? El fiel compañero no lo dejaría abandonado. El silencio, la calma y la oscuridad se habían apoderado ya del pueblo. Con las primeras horas de la madrugada una sombra se deslizó misteriosamente por las viejas tapias hasta llegar al desconsolado que miraba las estrellas buscando el perdón de la bóveda celeste. Las plegarias habían sido oídas y se producía el milagro: ¡la libertad! El amigo era su libertador.

Cortar el candado y retomar el camino tomó el tiempo de una estrella fugaz.

Al día siguiente en todo el pueblo corría de boca en boca la historia de la rápida acción de un joven que sin ser abogado había sacado de la cárcel a su amigo con tal prontitud que ni los propios doctores de la ley lo hubieran logrado. De aquí ganó su fama de buen abogado.

LA CASCADA

El azul del cielo eternece en la Cascada de Bailadores. De su encanto todos quedan prendados al respirar la fresca brisa que arrastra gotas de frescura de la imponente caída. El arco iris se torna majestuoso y va a perderse en lontananza en búsqueda de las lágrimas ancestrales de Karú por su amado Toquisay.

Desde que el parque fue inaugurado oficialmente a principios de los setenta, no dudamos un instante en afirmar que la población de Bailadores y de poblaciones vecinas aumentó significativamente. Cier to es que después del descanso, la recreación y el sancocho, muchas parejas, entonadas por la magia del lugar y del licor, decidían quedarse unas horas más para entregarse a los placeres exquisitos del amor.

Los resultados de tales frenéticas experiencias se veían con frecuencia nueve meses después. Lo mismo se decía de las antiguas fiestas de la Candelaria: “fiestas en febrero, muchachos en noviembre”.

En contadas ocasiones el parque tuvo vigilante nocturno. Se cuenta que una noche el guardián fue sorprendido por un ruido proveniente de la maleza. Era un ruido constante, repetitivo, de ir y venir. Extrañado el hombre preguntó:

—¿Quién anda por ahí?

A lo que una voz agitada respondió:

—Gente

—¿Y qué están haciendo? Inquirió nuevamente el vigilante.

—¡Más gente!

MARÍA Y SU BURRA

Hace algún tiempo zanjamos amistad con unas enfermeras belgas que gustosas vinieron a dispensarnos una visita. Pensamos en mostrarles las bellezas del lugar iniciando nuestro periplo turístico por las lagunas de Mariño.

Estábamos por llegar a la capilla cuando a lo lejos fue apareciendo en el camino la figura de una mujer con dos animales de carga repletos de leña para el fogón. La escena parecía de película. El carro detuvo su marcha y las muchachas echaron mano de la cámara fotográfica para inmortalizar el singular momento. La maltrecha mujer fue creciendo ante nuestros ojos y cuando la tuvimos cerca nos dimos cuenta de que se trataba de una conocida.

—¡Hola María! ¿Qué nos cuenta?

—Ustedes y que sacándome afotos a yo. ¡Miren como ando con la cara pior quel culo ‘e la burra!

LUCES EN NIETO

Verse en medio de la oscuridad total en un solitario camino como el de Nieto, puede producir ciertamente algo de recelo incluso en los más valientes.

No supimos cómo sus pasos fueron a toparse con el silencio de la noche, pero más arriba de la Vega del río se percibió una tenue luz que bordeaba la corriente. Extraño era el resplandor pero imperante era seguirlo. Se movía y no había razón para explicarlo. Quién sabe si don Severiano había dejado algo de su haber escondido en este apartado y recóndito lugar. La mente dio vueltas en busca de posibles hipótesis.

“¡Eso es una botija!”

Con recelo los curiosos se acercaron a la misteriosa luz, procurando no hacer ruido para que su presencia no fuese advertida por otros. Estaban apenas a algunos pasos de un posible futuro provisor. Su sorpresa crecía al escuchar unos pujos apagados por el ruido del agua. Con toda seguridad era el alma del muerto que estaba penando, pensaron los hombres. Uno recordó la fórmula habitual para estos casos y con un dejo de timidez la dejó salir de sus secos labios:

“De parte de Dios ¿Qué quiere?”

Como un témpano de hielo se quedaron al oír la diáfana voz de otro hombre que serenamente respondió:

“¡Que me consiga una tusa pa' limpiame el culo!”

UN CUENTO DE GARCÍA MÁRQUEZ

En 19... me encontraba yo en Caracas por razones que no vale la pena comentar. No tenía sino dos días en la Capital y ya me estaba sintiendo asfixiado de tanta gente y de tanto tragar humo. Cuando se vive en una ciudad de provincia, muy difícilmente se cambia la tranquilidad por la casi contagiosa maravilla de las novedades citadinas, incluidas sus enormes luces de neón y las mega-construcciones que casi tapan el sol. Por esto casi nunca me gusta ir a la capital. Hago lo necesario y salgo como siempre desfavorido a refugiarme en Mérida, a contemplar desde la Hechicera la imponente silueta de la Sierra Nevada.

Por esos días hubo un singular hecho que retuvo mi atención y me obligó a permanecer en Caracas más de lo previsto. No abrevio los detalles porque el asunto que ahora me ocupa me obligó a pasar algunas noches de insomnio y a descubrir en mí una obsesión insospechada hasta entonces.

Serían las diez de la mañana. Estaba a punto de poner término a un asunto referido a unos papeles que debía consignar en un ministerio, cuando me vi sorprendido por un hombre que me arrebató de un solo tirón, la carpeta de documentos que reposaba debajo de mi brazo izquierdo. Confieso que perdí los estribos y me puse a gritar como un loco a los cuatro vientos palabras completamente desarticuladas. El hombre no aguantó las tremendas ganas de reír y fue allí cuando descubrí que sus carcajadas me eran familiares y que había sido víctima de una broma más del primo Armando.

“¡Naguará primo! ¡Estás peor que palo ‘e gallinero!”, me dijo sin poder todavía contener sus carcajadas. Vinieron los saludos, un jugo de naranja y las novedades de la familia.

“¡Coño chico, me dijo, a ti que te gusta la literatura, ¿no sé si te has enterado que están operando a García Márquez en la Clínica... ahí donde yo trabajo!”

La noticia me tomaba por sorpresa. No tenía porqué saberlo. Ningún diario lo había reseñado oficialmente, tal vez con toda razón para evitar armar escándalos innecesarios que pudieran afectar la salud del Premio Nóbel.

“Ya le he llevado el desayuno dos veces y cada vez que entro a la habitación, lo consigo escribiendo no sé qué en un cuaderno que pone en la mesa de noche al lado del teléfono, para tomarse con buen apetito el atole sin azúcar que le mandan de la cocina. El señor es muy agradable pero no me puedo quedar mucho rato porque está prohibido”

¡No lo podía creer! El primo, sin proponérselo, había conocido al Gabo así como si nada. Yo al contrario, hacía rato que anhelaba tenerlo frente a mí para que me aclarara unas cuantas cositas como la del héroe del relato del naufrago ¿Quién habría sido el desafortunado desconocido que avivó la fama del escritor colombiano? Bueno, el asunto a decir verdad, pasaba a un segundo plano.

Mientras Armando seguía hablando, ya mi imaginación empezó a volar y desde entonces, no desligué la imagen del cuaderno azul de mis atrevidas intenciones que se estaban gestando ahí mismo, en una calle cualquiera, a pocos pasos de la renombrada clínica capitalina. ¡Mira chico, quédate unos días más y nos vamos pa’ la playa! ¡Quédate esta noche en la casa y ahí vemos!

Como anillo al dedo me venía la invitación. Lo demás se daría a su debido tiempo. Esa noche no pude dormir. Después de una cena bien caraqueña (pan francés, jamón, queso y pepsicola) y de unas cuantas “cubalibres” con mi primo, su esposa Rosana que tenía una ventica de loterías en Caño Amarillo, decidió irse a dormir porque “Los Caracas” la esperaba al siguiente día con su brillante amanecer.

Piso 6, habitación 6-02, al fondo del pasillo al lado derecho. Ahí está el hombre.

Creo haberlo dicho ya: Esa noche no pude dormir. ¡No podía ser! En mi mente se estaba cuajando un plan perverso que manipulaba la moral y las buenas costumbres que me habían enseñado mis padres. Estaba pensando robarme el cuaderno azul que con seguridad contenía una buena colección de cuentos, una novela bien avanzada o unas cuantas notas que permitirían armar historias fabulosas de las que el genio colombiano sabe escribir. Cualquiera cosa me interesaba de sobremanera. Imagínense publicar cuentos o una novela de García Márquez en un libro con pasta dorada con el nombre de Humberto López en la portada...HL aquí y allá, la crítica, los premios, los grandes viajes, mis viejos cuentos desempolvados y llevados a la gloria en tres días. “Los mejores cuentos de HL a lo garciamarquiano” diría la crítica para alabar una obra que sería mía porque yo destruiría la única evidencia que me vincula con el susodicho. Un poco de fama y definiría mi línea, mi estilo... No sé si mis neuronas descansaron esa noche. Creo haberme visto en Estocolmo. Total: era un delirio.

Muy temprano se levantaron Armando y Rosana a rellenar panes y a preparar la cava fría con las cervezas. Un malestar inventado resolvió mi primer inconveniente. Me quedaría todo el día en casa del primo para calmar el ratón, producto del ron de la noche anterior. La puerta se cerró y pocos minutos después ponía en marcha la segunda parte del plan. No me fue difícil encontrar la tarjeta de trabajo del primo y su uniforme. A la primera le pegué una foto mía (de esas que se sacan al minuto en cualquier fototienda) que podría desprender con facilidad porque estos carnés son plastificados. Al segundo le acomodé la bota del pantalón y me fui uniformado y con mi distintivo colgando del bolsillo izquierdo de la camisa y rogando que nadie leyera el nombre porque honestamente no quería implicar al primo en este asunto.

Buenos días. Entre tanta gente lo mejor es actuar con normalidad. ¿Cómo está? El paquete en la mano es una encomienda para la habitación 6-02. Tal vez no me pregunten. Llegó el ascensor. El señor me mandó a comprar un cuaderno, diré. Lo he comprado de color azul, nunca se sabe. La agonía de los pisos. La gente entra y sale cada uno con sus angustias, cada uno con sus pesares. ¿Usted es nuevo? Sí, señora. Y el paquete cubriendo el distintivo. Se enciende el número seis. Llevo un cuaderno, sencillamente voy a remplazar al que está sobre la mesa.

—¡Lo siento mucho pero no puede entrar!

—Es que le llevo un cuaderno que mandó a pedir

—¿Quién?

—El señor...

—Ah sí, bueno déjelo. Yo se lo entrego personalmente a sus familiares. De todas formas ya no lo utilizará. Falleció hace algunos instantes.

Mi sorpresa no conoció límites, pero tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular lo mejor que pude.

—¿Usted está diciendo que el Señor García Márquez...?

—¡No! De ningún modo, él está en la 6-02, allí al frente, pero entre con cuidado porque está dormido.

Me volvió el alma al cuerpo. Le di las gracias al vigilante y dirigí mis pasos a la meta final. Faltaba saber si dentro de la habitación había algún acompañante con lo cual mi plan estaba destinado al fracaso.

Abrí la puerta con cuidado, intentando ir más lento que los latidos del corazón. La luz de las ventanas era absorbida por los colores oscuros de la extraña decoración de la habitación. El típico ruido de la televisión que nadie escucha venía del fondo. Claro que mis ojos se estrellaron contra la cama donde dormía plácidamente el hombre. Tal cual ronquido. Fotografíe con mis ojos cada centímetro de la habitación en la búsqueda desesperada del cuaderno. ¡Ahí estaba, a un costado de la cama, arropado con la mano derecha del escritor! Como no había tiempo que perder, utilicé mi astucia para deslizar el preciado botín y hacerlo llegar hasta mis manos. Ya no tuve valor de colocar el nuevo para que recibiera el calor de la prodigiosa mano del Gabo. Simplemente lo dejé sobre la mesa y, sin tardar más, abandoné la habitación justo a tiempo, para evitarme explicaciones con la dama que entraba en ese preciso momento. Me limité a llevarme el dedo índice

de la mano derecha a la boca como para decirle que seguía durmiendo y por eso había que mantener silencio. Un saludo deferente al vigilante del piso y volé a casa del primo con las manos bañadas en sudor. No quería abrir el cuaderno sin antes poner todo en orden: quitar la foto y la goma de la identificación; arreglar la bota del pantalón y echarme otra vez a la cama. Pero como mi angustia era mayor que mis razones para quedarme, decidí emprender esa misma tarde mi viaje de regreso a Mérida. No podía culparse a alguien que viviera tan lejos. Le dejé una nota a Armando con las llaves del apartamento. Le agradecía su acogida, le informaba que ya estaba mejor y que los papeles del ministerio me los habían recibido sin tardanza y que como quiera que la capital no podía retenerme por largo rato a pesar de sus encantos, había decidido tomar esa misma tarde el bus de regreso a la añorada Ciudad de los Caballeros.

No puedo ocultar que estaba excitado cual adolescente que acaba de hacer un daño. Un ratón moral invadía todo mi ser. El viaje nunca acababa, pero mis sueños de fama me devolvieron la calma y crecieron hasta alcanzar la cima del séptimo cielo. Ya me codeaba con los grandes y veía largas filas de lectores esperando mi autógrafo. Por lo menos con uno de los cuentos del botín me ganaba el Concurso de “El Nacional”, no esperaba menos. Ahí estaba la reseña de prensa, el agasajo, el cheque, las editoriales con ánimos incontrolados de publicar mis poemas y mi libro de relatos que no le gustó nunca a nadie. A las historias garciamarquianas les cambiaría tal vez algunas cosas, los personajes serían bautizados con los nombres de mis amigos y a Colombia la dejaría tranquila como a una porcelana de Limoges. Y así sería yo y no otro el gran autor.

Mérida. Mi habitación. El cuaderno. Ante mis ojos, algunos trazos con la letra del bardo me dejaron boquiabierto:

- Suero 0,45%
- Omeprazol 80 mgr/od/viv
- Dieta alto valor hiperprotéico e hipercalórico.
- Hiperalimentación vía central
- Control de peso diario
- Control químico de laboratorio.

Ninguna otra mancha de tinta en las escuálidas hojas del cuaderno.

PÉREZ DE PRADO BELÉN

belenpdprado@yahoo.es

Nació en Salamanca (1964). Reside desde los dos años en Pamplona (Navarra). Titulada por Oxford, Cambridge y EOI. Profesora de Inglés, traductora y directora de un centro de enseñanza de idiomas privado. Supervisora titulada por la AN. Mitxelena. En la actualidad Presidenta de ISPA (Instituto de Supervisores Profesionales Asociados) Trabaja desde hace seis años en el campo del Asesoramiento y Orientación a personas, grupos, equipos y organizaciones.

OBRA LITERARIA: Tiene el libro de relatos *Mujer de nadie* (Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2004). Ha sido publicada en varios números de la antología *Sensibilidades*, donde ha sido autora invitada. También en el tercer proyecto de *Poemas entre nosotros* (Mizares, Barcelona, 2004). Escritora invitada como autora de uno de los finales alternativos de la novela *Muddayan* (Xavier González, Alternativa Editorial, Ourense, Galicia, 2005). Integra uno de los autores, del equipo de la novela *La memoria de los triángulos*, de la misma editorial, donde da vida a los textos del personaje Arguiloa; coordinando además la parte titulada genéricamente "Arguiloa y Nínfula". Ha prologado numerosos libros de autores Europeos y Americanos. Textos suyos han sido publicados en varias webs y en el "Diario Frontera" (Mérida-Venezuela, 2004).

HE PERDIDO A MI ALBAÑIL

Podría decir, como el poeta, que he perdido mi unicornio azul... hoy me temo que me siento más terrenal que todo eso... Me he dado cuenta, y con tristeza lo digo... he perdido mi albañil.

En mis ya más que entrados, casi salidos treinta, encaminándome a la frontera de los antes tan lejanos cuarenta, con los signos y marcas de la oxidación haciendo huella en lo que otrora fuera un terso cuerpo medianamente "potable", hoy, echo de menos a mi albañil.

¿Dónde quedaron?, ¿dónde?, ¿las obras a pelo en pecho descubiertas? ¿Dónde el bolso azul marino de dos asas y cremallera, ¿dónde el bocadillo de pan-pan, con su tortilla desteñida color huevo—huevo, asomando su lengueta con transparente sombra de trocitos de jamón-jamón por un lado del currusco sudado? ¿Dónde la botella, coronada con un corcho sobadito, llena de vino-

vino, tinto hasta las letras? ¿Y los pies colgando sobre el vértigo del andamio, y los pañuelos moqueros de cuatro puntas sobre sus cabezas, y el jolgorio y los silbidos, y el "¡pero qué bonito es el verano!", y la poesía verdadera la del "moreeeena quién hubiera acabado de colocar el ascensor para bajar a oler el perfume que dejas...?"

¿Dónde quedaron las "burradas" cantadas a coro, echando un cálido vapor por la boca, frotándose las manos, alrededor de una fogata de ojos pícaros, con las que una deliciosamente se escandalizaba, mientras sonreía por dentro el ardor diciéndose: "bien, bien, parece que el modelito funciona".

¿Dónde quedaron todos los epítetos multicolores dirigidos a mis piernas, a mi cadera, pecho y posaderas? Qué hago yo con la tranquilizadora frase de "todavía me silban al pasar por una obra", ¿Dónde encuentro el termómetro de mi atractivo si me las han tapiado todas? Si paneles con cartelitos de "Peligro No Pasar" las rodean, si a los albañiles me los han travestido, les han cambiado la rozada camiseta calada de tirantes, asomando por debajo de conjuntos imposibles, por uniformes y monos con el logo de la empresa.

Dios mío, ¡si se me han vuelto "respetuosos", "europeos", si llevan en la cabeza el casco calado y alrededor de su cintura las herramientas impecables colocadas en fila en cartucheras!

Como representante de mi feminidad, hoy me duelo y reivindico a todos aquellos poetas de lo espontáneo, los constructores del rubor, a los eternos animadores de mi "socioautoestima" y la de tantas tantas otras, que paleta y ladrillo en ristre, detenían por un segundo su trabajo y la mini hormigonera, para sacarle a una los colores y echar las campanas al aire de una masculinidad genuina que, como las ciudades, cada día que pasa, siento diluirse más en lo general, en lo ambiguo, en lo descafeinado...

Hablan de lo he ganado, hablan de eficacia, rapidez, técnica, no dudo del hecho de que los trazos, hoy en día sean más lineales, los grados más exactos, sí, sí, todo lo que quieras, pero... ¿quién me devuelve lo que he perdido? ¿Qué me va quedando de la esencia de mis raíces, de mi entorno, de mi tierra, ¡si hasta me cambian adoquinados en los que hundir mis tacones en historia, por pérfidas cerámicas de "porcelana"!?

Hoy me siento de luto \ "internointensomastoideo\", me he dado cuenta de que he perdido mi albañil de camisa de cuadros, y justamente ahora, cuando más falta me hacía, ahora que me precipito a hacer equilibrios de estreno de cremas con niosomas y liposomas activos, en la temible barrera de la antesala de mis cuarenta...

TODO POR UN CAFÉ...

Una experiencia inolvidable,...o "biodesagradable", no sé bien cómo denominarlo, ahora sí sé que nunca debí permitir que la cosa empezara, debí parar en aquel instante en el que aplaudí y le animé cuando me comentó su interés por acudir a aquella insignificante e inofensiva reunión delante de un café. El primer día todo pareció ir bien, volvió contenta, con una sonrisa, tranquila y alegre, tal y como eran las cosas por entonces. Pero no hubiera dado crédito si me hubieran dicho que todo iba a cambiar. Lo que en principio fue algo informal y casual se convirtió por arte de magia y de dar por hecho en habitual. Todos los Martes de cada mes, la reuñoncita de marras se llevaba a cabo, las podías ver si te tomabas la molestia de pasar frente a la cafetería imbuidas sin duda en conversaciones de poco enjundio, sin mucha chicha ni limoná: Que si los niños no me aprueban, que si el marido me come bien, el típico temario típico de las conversaciones femeninas.

Un día vino como con algo nuevo en la mente, me fijé que me observaba sin abrir la boca, como anotando, me sentí molesto, incómodo, empecé a sospechar que tras esos apuntes habría un análisis comunitario de texto a posteriori. No me puse a dar saltos de alegría lo confieso, pero algo por dentro me dijo: "estás tonto, no les da para tanto, deja de comportarte como un paranoico", y haciéndome caso continué comiendo pipas y cambiando canales con el mando a distancia sin querer llevarlo más allá. Algo empezó a no encajar, el café de los martes se transmutó en la infusión natural del día de Marte, como mucho, alguna semana travestían el encuentro a los días de Venus, lo cual a veces coincidía con mi noche de colegas y de mus. Los dos estábamos hipotéticamente tranquilos teníamos actividades independientes que se supone debían favorecernos, aportaban ratos de asueto, nos sentíamos bien.

Muy sutilmente ella comenzó a usar su tiempo común en otros temas, se parapetaba tras libros con títulos más o menos ascendentes: "Esos pequeños detalles a tener en cuenta", o "Veinte pasos guiados para mejorar su estado general", de ahí a "Trescientas millas a un cambio radical"... No quise preguntarle mucho, había derby y no quise arriesgarme a tener que tragarme su respuesta y si lo hubiera hecho estoy convencido de que hubiera escuchado una verdadera empanada o bien su mirada fija y ese gesto de cabeza, negando, negando y mirando hacia arriba, hacia la esquina como saludando a una telaraña nueva, con un suspiro profundo como diciendo: "ay señor, a ti no hay quien te cambie, paciencia con este hombre, una pena, en fin" Yo sonreía y sencillamente la dejaba estar.

Pero después de mi desconectar intermitente un día me di cuenta de que su conversación comenzó a ser prácticamente ininteligible, su boca se llenaba de estimas en auto, de necesidades de realización, y reproches hacia mí, muy original no era, en realidad eran los de siempre sólo que ahora eran quizás más técnicos: "te percibo...", decía, dejando caer sus gafas hasta el descansillo de su nariz.

Os parecerá una tontería pero nuestros encuentros físicos acabaron siendo encontronazos esporádicos, ¿a quién le pone a escuchar?: "Siento que no estamos intercomunicando nuestras almas a nivel astral", o "oh, noto tu escanciarte en mi esencia" cuando uno anda metido en faena? Imposible mantener aquello medianamente erguido, itanto estrés tántrico!, a las trece veces de escuchar premoniciones intrínsecas en cada movimiento, tipo: "Noto al escuchar mi cuerpo que mi pelvis no da su permiso para confrontar a la tuya" y siguiendo su escuela y escuchando el estado gomoso de mi miembro, definitivamente me rendí, fue en ese preciso instante cuando me levanté y me decidí cambiar algo yo también: mis esfuerzos en el intento de recuperar nuestros apaños caseros por mis dos manos, la tricotosa y un rato más en la televisión. Siguió con sus infusiones, sus lecturas, en casa empezó a oler a incienso traído directamente del Katmandú. Los cojines de parches de terciopelo de colores llenaron el cuarto de estar y cuando llegaba a casa me la encontraba en la postura de la flor de loto o en cualquier otro retorcimiento singular. La veía guiñar abriendo un ojo al entrar yo y regalarme con un silencio de: respeto por favor estoy buceando en mi

"Ka", para volver a la postura de ojos cerrados, en onda ommm, como esperando a una levitación eminente, un éxtasis, un "je ne sais quoi".

Cruzaba la puerta de mi casa temor, no con la adorable aprensión de encontrarla en brazos de otro, ¡qué más hubiera querido yo que algo tan tangible!, mi miedo era encontrar a su espíritu flotando en cópula intergaláctica, sobre una nube rodeada de tres elfos, un centauro, dos unicornios, con los ojos revueltos y en blanco contactando con su ángel de la guarda o con los espíritus de todos sus antepasados convocados a la fiesta a la que no estaba invitado yo.

Pero bien, si soy honesto conmigo y terrenal como yo soy, he de confesar que lo que realmente empezó a tocarme los "cotiledones" a conciencia fue lo que denominé el destierro del cocido. Sin comerlo ni beberlo el pobre se vio sustituido por una imposible una dieta macrobiótica integral hasta los topes de fibra dura de pelar. Agua traída del manantial de la Sierra de Gata, sal yodada marina vitaminada y mineralizada, soja, mijo, jalea, fuera el tabaco y el vinito con la comida, nada de grasa, fruta, fruta... ensalada e hidratos, fuera proteína y de paso viva la defensa a ultranza del mundo animal. Me fui quedando como la pipa de un indio, yo ya no tenía nada de astringente, ambos estábamos "requetelaxados" como os podéis imaginar.

La armonización con las cromoesencias y lo meta-tántrico antecedido al Feng Sui, se empeñó casi en arrancar la casa para re-orientarla entera hacia no sé yo bien qué punto exactamente para que las polaridades de nuestra aura se limpiaran no sé cómo, habría que preguntárselo a las corrientes de todo tipo, eléctricas aéreas y submarinas que según parecía condicionaban el bienestar de nuestro hogar. Después de vivir la fase del amperio contra-ataca, poco a poco pude observar la hinchazón de lo que rima con melones al escuchar de su boca a pesar de ser toda la vida un autónomo de pie, de los que pagan los recibos puntualmente, que no nosotros sino cosas tan dispares como los biorritmos y astros con nombres como Kirón eran los que regían el destino de nuestros pasos. Procuré hacer lo que me aconsejó, intenté un par de veces "canalizar mi sentimiento de ira y reconciliar mis chakras", pero al final como soy algo básico, opté por el alivio inmediato de acercarme a golpear una saca en gimnasio. Cada vez más mi paciencia, el olor a chamusquina y silencio de sospecha bailaban con la llama de las velas

en la estancia, los encontraba a todos reunidos en su música: chinchines, arroyos cristalinos, pájaros y tormentas aires árabes o tibetanos, de su conversación parecía una sinopsis del Tao y a mí no me quedaba otra que callar y jurar en hebreo mientras me ocupaba de encontrar el peine en el estante del baño entre todo el "frasquerío" de gotas de flores de Bach, bolitas homeopáticas, preparados termales, aceites esenciales y demás remedios de la abuela de no sé exactamente quién.

Yo ya no la conocía, los tatuajes tribales, los piercings en puntos de acupuntura y la hena habían cubierto su piel, sus orejas y su color de pelo de antaño respectivamente. La falda esa con rajita atrás y largura justo un dedo por encima de la rodilla y esas piernas elevadas en los tacones que me volvían loco y me ponían lo indecible al verla por detrás los cambió por unas babuchas inexplicables y unos leotardos con el color del arco iris me apuesto algo bueno que en reivindicación y defensa de la libertad sexual. Dejó de depilarse por considerarlo una agresión a la naturaleza natural de su cuerpo, no volvió a usar su perfume de orquídeas por estar fabricado con flores arrancadas y métodos agresivos al medio ambiente y en esa etapa me tocó tragarme la teoría de: "El olor corporal, la senda inequívoca para la aceptación personal" todo ello colaboró en gran medida a que mi líbido se mantuviera en un nivel bajo cero, al menos contaba con la tranquilidad de no verme forzado a buscar cualquier apaño, algo que sin duda me habría distraído y apartado de ella y probablemente de vivir esta experiencia adyacente con toda su intensidad.

Os juro que Encuentros en la tercera fase es lo que se llevaban a cabo en nuestra casa, me explico, supuestos amigos especímenes medio transidas y zombies de todas las especies parecieron surgir de debajo de las piedras, como una plaga inundaban mi hogar a cualquier hora, aun sin estar yo me imaginaba perfectamente las escenas: "ying yang, digo ding dong, vengo a contarte que anoche tuve un viaje astral... ¿te hace que releamos las cartas del Tarot? No te sientas ofendida pero estoy con las runas esperando con el pollo y el puro preparado a que llegue mi hora del Candomblé si quieres como mucho te peino las rastas...".

Terminamos como es de esperar, como el rosario de la Aurora, yo con mi cortés, ella con su sobredosis de sapiencia, la última vez que la

vi me contó que venía de recoger palitos para ser elegida bajo trance por uno de ellos y así poder confeccionar su varita mágica. En su cuello inclinado por el peso portaba una cantera de piedras y plumas colgadas de colores, todas insertas en cordones de cuero que, a todo esto me apuesto el cuello a que sin duda provenía de animales criados en granja. Me soltó algo así como que me veía redondo y transparente, que mi ego lo percibía en receso y que parecía estar en incremento de consonancia congruente con mi yo, me dejó plantado en medio de la calle con un repentino beso en la mejilla, dejando en mi cara un gesto de panoli y en mi mano una pasa encogida a la que llamó talismán.

Ella no lo sabe pero yo lo llevo conmigo siempre, aunque yo no creo tanto en esas cosas dicen que las meigas haberlas haylas y tengo la pequeña esperanza de que apretando fuerte la pasa, un día de estos se dé un buen coscorrón en la cabeza y vuelva a traer a mí su vida tal y como era: sencilla y lo que yo llamo normal. Llegué a casa, en el camino me hice cruces, y fue mirando del séptimo piso para abajo como me di cuenta de lo peligroso que puede llegar a ser, para la integridad de uno, el menospreciar los posibles efectos colaterales de un acto tan aparentemente inofensivo como tomar un café.

PLATA RAMÍREZ ENRIQUE

plataenr@ula.ve

Nació en Maracaibo, Venezuela (1959). Narrador, Doctor en Literatura (Summa Cum Laude) en la Universidad Complutense de Madrid (2004). Magíster en Literatura Iberoamericana y Licenciado en Letras (ULA), Profesor del Instituto de Investigaciones Literarias (Facultad de Humanidades, ULA). Con el cuento *Quilitoño* fue acreedor del I Premio de Cuentos «José Benedicto Monsalve» (Diario *Frontera*, Mérida, 1989), *Finalista del Concurso del Cuento Zuliano. Maracaibo, 1987*. Menciones en el Concurso Internacional de Cuentos «A quien pueda interesar» (Tamaulipas, México, 2000) en «IV Concurso Internacional de Relatos Jamais» (Sevilla-España, 2001), en Concurso de Cuentos «Casa Nacional del Teatro» (Santo Domingo, RD, 2001). Premio «I Concurso de Novela Corredor del Henares» (Torrejón de Ardoz, España, 2002). Finalista en II Concurso de Cuentos «Melpómene», Villa de Ingenio (Las Palmas Gran Canarias, España, Abril 2002), en I Concurso de Cuento Breve y Cuento Erótico (Alternativa Editorial, Galicia, 2002). *Ya no estás más a mi lado corazón*, recibió el Premio de Novela 2003, de la Asociación de Profesores de la ULA, Mérida, y *Al acecho de la postmodernidad*, Primer Premio de Ensayo 2004., de la Asociación de Profesores de la ULA.

OBRA LITERARIA: *Nárvera: ¡Calores!* (Mérida, 1988), *Azares y otros cuentos* (Mérida, 1997), «*Tu cuerpo como la noche*». En: *Molto Vivace. Antología de Cuentos Musicales* (Madrid, Páginas de Espuma, 2001), *Actos de Magia* (Madrid, ACL «Corredor del Henares», 2002), «*Actos de Magia*». En: *Antología de cuentos inéditos 2* (Sevilla, Jamais, 2003). *Harot: o la venganza de Polifemo* (Mérida, Solar/ AEM, 1999) y *Ya no estás más a mi lado, corazón* (Mérida, APULA, 2004). *Al acecho de la postmodernidad* (Mérida, Asociación de Profesores de la ULA, 2005). *Cuentos y cuentistas. Presencia de un nuevo lenguaje narrativo* (Madrid, ACL «Corredor del Henares», 2003). Inéditos: *Quilitoño, Los Regresos; Territorios Sagrados y otros espacios cercanos I y II; Yo no he visto a Linda, y Strike Cantado*.

YO NO HE VISTO A LINDA

(Aventuras y desventuras de un Becario)

Yo no he visto a Linda, parece mentira,
tantas esperanzas que en su amor cifré.
No le ha escrito a nadie; no dejó una huella.
nadie sabe de ella desde que se fue.

Sabr  Dios cuántos le estarán pintando ahora
pajaritos en el aire. Yo no he querido
ni podr  querer a nadie con tan loco frenesí.
Menos el domingo, todas las tardes,
salgo a ver al cartero a ver si trajo algo para mí.
Oh, Virgen de Altagracia, haz que se acuerde
algún día de mí.

Letra: Pedro Flores

Canta: Daniel Santos.

Becario 1

YO NO HE VISTO A LINDA

a Teresita Mauro Castellar n

Salgo al banco. Quiero saber si la Universidad, por fin, depositó la beca. Hace cuatro meses que, diariamente, consulto mi cuenta y nada aparece reflejado. Nada que no sean las deudas acumuladas. La semana pasada me suspendieron el servicio telefónico y me dejaron sin Internet. Pese a la era de la globalización, estoy incomunicado. Ayer por la tarde fue el gas. Afortunadamente el invierno ya pasó y el frío primaveral no se siente tanto. De la Universidad seguimos sin noticias. Tal vez llame a Linda y le pida ayuda. Aún tenemos electricidad y por medio de una cocinilla nos calentamos algunas papas, unas zanahorias y un poco de arroz. La cosa es que a Linda no la he visto últimamente, nadie sabe nada de ella. Esta espera es muy larga y el dinero nada que llega. Mi mujer vive con cara de arrech . No la culpo. Son cuatro meses languideciendo silencios. Y posiblemente sean más.

Regreso a casa. Mi hijo, que había decidido acompañarme, viene con esa cara de desencanto que se le dibuja cada tarde, después de clases, cuando sabe que aún no me han pagado y que no tenemos mayor cosa para compartir. S , debo llamar a Linda. En mi cuenta bancaria sólo siguen reflejadas las deudas pendientes. Si pudiera tomaba un tren y me iba para Bagdad.

Ahora el teléfono ha repicado, no tuve tiempo para llamar a Linda. Del otro, una voz áspera interrogó:

— Se or Plata?

—¿De parte?

—Disculpe, soy el Doctor Lorenzo. Carlos Lorenzo. Le llamo porque mi cliente me ha presentado su retraso de cuatro meses en el pago de la renta del piso. Le cito para mañana a la diez en mi despacho, tome nota por favor.

Tomo nota y cuelgo. Me queda un desconcierto perruno ladrándome desde algún resquicio.

¿Alguien ha visto a Linda?

Becario 2

USTED ES LA CULPABLE

a Carlos Pérez

Voy al banco a chequear mi cuenta. Siempre sostengo una esperanza lejana. Sin novedad. Esta plagada de facturas por cancelar. Nada que la Universidad o el gobierno se acuerde de nosotros, los becarios digo. Salgo furioso y le miento la madre al primer español con quien me topo. El fulano me mira y no entiende un carajo. Camino hasta la estación del metro en Quintana. Ahora sí estoy dispuesto a hablar con Linda, tal vez me la pegue en un bolero de esos de Daniel Santos o Felipe Pirela o Leo Marini, o de quien coños sea. Lo importante es pegármela y pulir hebilla un buen rato. Meterle de frente al cachondeo. En la patica de la oreja, mientras la bailo en un ladrillito, se lo voy a soltar por todo el cañón. *"Usted es la culpable, de todas mis angustias y todos mis quebrantos"*

—¡Linda, estoy pelando bolas y vuelvo para que me ayudes!. Quizás también le declare lo otro, no lo sé todavía, y hasta le recite malamente el *"Ne me quite pas"*. Linda es una jeva bien de pinga. Yo no sé cómo soporta a este negro güevón. Pero nada, le cantaré como Agustín Lara o como Pedro Infante o como Jorge Negrete le cantaba a su María Bonita María del alma, ella entornará los ojos, seguro, y luego se recostará sobre mi hombro. Bailaremos con Demys Rousso o José Luis Perales. Después podré llevarle unas manzanas a mi hijo y un poco de carne para que la mujer levante el ánimo y no me joda tanto. No si así es la vida. Por un lado te joden y por el otro tú jodes. ¡Joder con esta vida de paja!

Salgo del metro en la estación de Callao y camino tres o cuatro calles. Hay un tenderete recolectando firmas contra la guerra en Irak —y contra las aznaradas también, valga decirlo—. Descubro una lista en donde están los aspirantes a escudos humanos en Bagdad y sin pensarlo dos veces me apunto. Total no sé si veré a Linda. Nadie sabe dónde carajos está metida, *"Sabrá Dios cuántos le estarán pintando ahora pajaritos en el aire"*. Quedaron en llamarme en dos días.

Recorro el triángulo de las Bermudas —Callao, Sol y Gran Vía— buscando a la hembra de mis sueños, pero nadie me da razón de ella. Sólo quería decirle *"Usted es mi esperanza, mi última esperanza, comprenda de una vez"*, pero nada, que será en otra ocasión. Regreso a casa y mi mujer, muy seria, me dice:

—Bush, Blair y Aznar le declararon la guerra a Irak. Esta noche comienzan los bombardeos.

Joder, me digo. Así que nada, de seguro ya no habrá viaje a Bagdad. Le miento la madre a Bush, a Blair y a Aznar. ¡Cuerda de trastanutas!, les grito en mis adentros.

Mañana temprano vuelvo al banco a lo mejor la Universidad nos mandó una ñinguita de nada, a lo mejor...

Becarios 3

PERFIDIA

a Mercedes García Álvarez

Fui al Banco precipitadamente porque soñé que finalmente nos habían pagado. Ni siquiera me lavé los dientes. Bueno, tampoco teníamos pasta. Ni de dientes ni de ninguna otra. El corazón me latía con frenesí cuando introduje la tarjeta. *"Nadie, comprende lo que sufro yo"*. Era un sueño, desde luego, porque mi cuenta seguía en cero y mis deudas intactas. Dios me les dé larga vida y salud. Desde que cambiaron a Nancy, nos dejaron como huérfanos de información y esperanzas. La Universidad, por fin, se dignó escribirnos un papelito de nada, eso que absurdamente llaman *"un emilio"*, para decirnos que ahora sí, que ya la cosa está lista, que en menos de un mes nos llegan los cobres. Carlos Lorenzo, el abogado de mi casero, me ha dicho que tengo dos semanas para ponerme al día con los cuatro meses de retraso, de lo contrario

me pasará a *"Asuntos Legales"* y allí procederán con una demanda; *"solo, temblando de ansiedad estoy, todos me miran y se van"*.

Regresé a mi casa más fruncido que antes y para deleitarme un poco con tanta asquerosidad, morbosamente abrí la nevera para contemplarla en toda la magnificidad y amplitud de su vacío. Saqué un par de hielos del freezer y me serví sendo trago de agua. Como no tenía teléfono decidí salir, una vez más, en busca de Linda —*"te he buscado por doquiera que yo voy, y no te puedo hallar"*—, en alguna calle tenía que encontrarla, la otra tarde, Lissette me dijo que la había visto por la calle Montera. Lissette está bien buena, pero no le gustan los boleros y para mí, como buen caribeño, una mujer que no baile boleros es sospechosa de algo, no sé, un crimen por ejemplo.

El Domingo César había llegado con una mochila cargada de arroz, aceite, verduras y pollo, y él mismo se puso a preparar la mejor comida que hemos ingerido en mucho tiempo. Oímos unos boleros de Julio Jaramillo, de Toña La Negra, de Olimpo Cárdenas, y hasta jugamos dominó. Ahora, como ya tomé la decisión y no me voy a echar para atrás, salgo en busca de Linda *"y tú, quién sabe por dónde andarás"*. Me voy silbando lentamente, deseando encontrarme con el asesino de la baraja, que sale por las noches y desanda por Madrid y se carga a quien primero se tope, dejándole sobre el rostro, tapándole el disparo, una carta de copas. Ya va por el diez. La policía está loca como debe estar el tipo ese. A lo mejor pueda desarmarlo y el gobierno español me condecere y me dé unos cobritos. O quizás el tipo me envíe al otro barrio, que tan poco es mala idea. Juro que si Linda no aparece no volveré a hacerle lo que sé que le gusta que le haga y que nadie tiene por qué enterarse, así que no tengo ni siquiera por qué pensarlo. Cuerda de curiosos, como les gusta el cotilleo.

Cuando llego por Gran Vía y me meto por la calle Montera, siento un olor a maricones de esos de plumas y encajes de seda, y a putas también, que me invade cada resquicio del cerebro. Sólo que yo no ando dispuesto ni para maricones ni para putas. Linda es la posibilidad de supervivencia más cercana con que cuento o creo contar, antes que nos repatrien como los descendientes de aquel legendario héroe cadavérico de las comiquitas llamado Fantasmagórico. Pero de Linda no hay noticias. En La Puerta del Sol descubro al tenderete de la otra vez. Sólo

que ahora están recolectando firmas contra las barbaridades de Castro y el castrismo. Yo no quiero ir a Cuba, prefiero irme a Bagdad porque sé que allí los aliados están repartiendo comida y sé por la prensa de algunos soldados libertadores que se han robado unos milloncesos de euros que buena falta me están haciendo.

Como no me aceptan decido asilarme en alguna embajada, que no sea la venezolana, por supuesto, pues ellos deben estar pelando más bolas que nosotros. Así que nada, tomo la decisión y me lanzo hacia la embajada China. En la puerta hay un cartel que dice "*Cerrada a causa de la Neumonía*". La puta madre, gruño. Porque hay una mujer muy especial que no se cansa de repetirme que soy muy gruñón. Nada, que ahora decido y me voy al Paseo del Prado, con esta cara de magrebí que me acompaña a todas partes quizás pueda atracar a un turista y llevarme su bolso y sus dólares. Cerca del museo veo venir a un moreno alto y me digo ahora o nunca. Me le aproximo sigilosamente y cuando estoy a punto de atacarlo, el tipo se da media vuelta y con una sonrisa me saluda. Es mi amigo Steven que supongo anda en lo mismo que yo.

Como las decisiones son difíciles de ejecutar, decido regresar a casa, es ya el anochecer. Mañana será otro día y seguro que ya tendré otras opciones. Desde el bar de la esquina sopla un aire preñado de callos a la madrileña. Transpiro profundamente y con una sonrisa angelical –mi mujer dijo que era una sonrisa estúpida, seguro que lo dijo por joder– me quedo dormido.

Becario 4

COMO UN RAYITO DE LUNA

A Steven Bermúdez

Es fin de semana y decidí que no bajaba más al Banco. Tanto mañanear para un carajo no tiene sentido. Hay muchos rumores circulando entre los becarios, Radio Bemba está más activa que nunca: que ya Cadivi aprobó; que no, que todavía no; que las nóminas de las universidades se perdieron porque asaltaron a un camión de los blindados; que nos van a enviar, todos juntos, los cobres de tres meses, pero que por favor no los gastemos de una buena vez, como si las deudas por pagar fueran fantasmas.

A mí me lo dijo Adela, que es *ticher* de Veterinaria en el Zulia, que sí, que ya los cobres vienen; yo supongo que han de venir por Canarias o por Jamaica, o quizás estén saliendo por Tazón. Si es para animarnos, pues sí, resulta que nos animamos, que entra un fresquito, mejor que este de las tardes primaverales, así puede uno entrarle de lleno a la escribidera de la tesis, el pun pun la pajareta y las bolserías; yo, palabra que prefiero escucharme a Los Panchos, "*Como un rayito de luna...*".

Quizás eso fue lo que me llegó al cerebro cuando me fui de ronda por El Retiro, porque dizque Linda andaba por esos predios, y vengo y me encuentro con dos caribeñas sentadas en un banco, dándole al bembeteo, radio bamba en vivo y directo, metiéndole a la cotilla de la farándula española, que si Dinio lo tiene más largo y más grueso que el Conde Lequio, y que si Marujita Díaz ya tiene consuelo con un dominicano que fue beisbolista en las grandes ligas, y a quien no le importa el gallinero que alrededor de los ojos tiene la Marujita, y que si Boris Izaguirre es puro glamour... Así que vengo y me siento bastante cerca y me entretengo escuchando aquellas reflexiones filosóficas de la nadería, que eran las más simples, porque las otras prendían un fuego mejor que aquel que encendieron en Barcelona cuando las olimpiadas, y se reían con el "*empreñamiento*" de una tal Teresa por un tal Carlos Julio, que se había marchado "*juyendo*" para "*Tulús*" con Verónica; y después contaron lo de la fiesta aquella en donde apagaban la luz y cada quien metía mano a quien tuviera más cerca, y una de las dominicanas se reía de que fulano le había pellizado en principio una teta, pero después ella se cambió y el tipo le estaba metiendo mano a un senegalés que andaba por allí también y éste medio arrecho le soltó un manazo que lo dejó como pez fuera del agua; así que la vaciladera era de espanto y brinco, y cuando ya pienso brincar para seguir por el parque buscando a la jeva que ando buscando, una de ellas viene y me dice:

—"*Oye, moreno, y tú ¿Qué tal? Cargo del mejor*"

—"*¿Del mejor qué?*" — vengo de bolsas y le pregunto, y me suelta en forma bajita y misteriosa: "*Ecstásis, panita. Del puro. ¿Ta `s interesao?*".

Y allí se me alumbró el bombillo, el rayito de luna, y me dije que si controlaba a aquel par de caribeñas bembeteras, de seguro me dejaban

entrar en el "negocio" y así podría ganarme los churupos que el gobierno o la universidad o Carlos Ortega o los Fernández o quien carajo sea, no nos ha enviado en todo este tiempo. Y poniendo cara de tragedia, para entrar en el asunto aquel, les cuento que *"salvo el amor, el dinero, la salud, la política y las derrotas del Barça, todo lo demás estaba bien"*. Y una de ellas me miró con su cara de arrecha y me dijo:

— *"Ah no, moreno, nosotras somos del Rial Madríz"*, y se levantaron y se fueron.

Como no tuve más alternativa, seguí dando vueltas por El Retiro, silbando bajito con Los Panchos, *"Como un rayito de luna... entre las sombras te vi..."*, y eso fue lo que me faltó, precisar entre las sombras, porque de pronto me interné por el área boscosa, solitaria y silenciosa, y yo con mi bolerito allí, arrastrando aquellas ganas de bailar pegaíto, de sentir resuellos, meneos pélvico, deslices eróticos, cuando de pronto me salieron tres putos magrebís, mirándome retardadamente y diciéndome algo que no alcancé a entender, tal vez de lo cagao que me puse, y uno de ellos volvió a decir entre dientes *"¿Tiene un cigarrillo"*, y yo como no tenía nada de nada, respiré lentamente y diciéndoles que no, seguí mi camino antes que decidieran hacer conmigo lo mismo que yo quería hacerle a Linda. Joder, sería lo último y todo porque desde Venezuela nada que nos mandan un rayito de luna.

Me regresé a casa y por el camino encontré un periódico viejo y como recordé que ya no había papel tualé, me lo llevé bajo el brazo, pero esta vez comencé a silbar, no sé si con Javier Solís o Felipe Pirela, *"Sombras nada más bajo el temblor de mis brazos..."*.

Madrid, abril-junio de 2003

PLATA RAMÍREZ JOSÉ MIGUEL

miguelpr@ula.ve

Nació en Mérida, Venezuela (1968). Profesor Asistente e Investigador de Inglés, en Lenguas Instrumentales y Lengua Inglesa, Universidad de Los Andes. Licenciado en Letras, mención Lengua y literatura Inglesa, Magister Scientiae en Lingüística (2000), *New Resources in the Teaching of English* (Oxford University Press, 1991), *New Approaches in English Language Teaching* (Oxford University Press, 1994).

OBRA LITERARIA: En el área docente y de investigación tiene numerosas publicaciones en Memorias de Congresos y Revistas especializadas. Entre los que destacan: *Una nueva alternativa para la enseñanza del inglés en Venezuela*. Cuadernos de Ensayo. Asociación Cultural Latinoamericana «Corredor del Henares». Madrid, España, mayo de 2003. *El uso de materiales auténticos en la enseñanza del inglés en la escuela básica venezolana*. En: *Entre Lenguas*. Centro de Investigaciones de Lenguas Extranjeras. Universidad de Los Andes. Vol. 7 N° 2. Mérida, Junio-noviembre de 2002. En narrativa breve tiene inédito el libro: *Pánfilo Lagartija*.

EL PATO GUARILÍ

a Romay Flores

a mis hijas

*“Nunca se nace ni se muere, Quique
No existimos realmente, somos el recuerdo
fugazde una cosa que pudo haber sido...”*
Enrique Plata Ramírez: Nárvera: ¡Calores!

Recuerdo que de niños solíamos mecernos en los terrosos chinchorros colgados de las matas de mango en el fondo de mi casa. Hacíamos cualquier cosa por no perdernos esos momentos agradables, cuando nos mecíamos atrevidamente, tratando de probar nuestra habilidad y valentía, sobre todo nuestra valentía, porque ser valientes para nosotros -aunque mucho más para Matías- era tan importante como el aire para los pulmones.

Matías era dos años menor, pero mucho más osado y atrevido que yo. Aún cuando la regla de niños era que el mayor poseía la más alta jerarquía. Siempre creí que no era un muchacho cualquiera sino muy especial. Éramos hermanos y nuestro cariño era mutuo, muy a pesar de las eternas agarradas por aquello del liderazgo. Cada vez que necesitábamos el uno del otro, establecíamos una especie de armisticios.

Aunque yo nunca lo reconocía, Matías era mi héroe. Aún siendo menor, aún así, era mi héroe. Padre lo consideraba muy obediente, en cambio madre decía que era un verdadero dolor de cabeza. A decir verdad, creo que madre tenía razón, pues Matías era un verdadero dolor de cabeza.

Cierto día, tratando de rescatar un pollito que había caído por el hueco de la letrina, hizo que le diera prestado mi suéter de lana azul, para asir de él un gancho y de esa manera sacar el pollo -que ya casi agonizaba de sólo oler tanta inmundicia- pero no resultó. Dejó caer mi suéter sobre el estiércol y luego se perdió por un par de horas, hasta que madre lo encontró escondido dentro del escaparate del abuelo y le dio una buena paliza.

Siempre estábamos tras la búsqueda de nuevos pasatiempos. Ya casi no brincábamos en los chinchorros sino que dedicábamos más tiempo cazando ranitas blancas por los lados del puente de la Media Luna. Otras veces, y muy discretamente, comíamos mangos verdes con sal, a escondidas de madre por no escuchar la cantaleta de la posibilidad de contraer una fuerte hepatitis.

Usualmente cenábamos juntos: madre, padre, Matías y yo. Algunas veces Matías se escabullía, pero madre siempre lo traía a correazos por la calle de arriba, con sus bolsillos llenos de caimitos y mangos verdes. La abuela decía que *El Encanto* nos llevaría por nuestro mal comportamiento, y madre decía que era *El Pato Guarilí* quien nos arrastraría con él. Nosotros no entendíamos aquello, pero tampoco queríamos hacerlo. Sin embargo, sentíamos cierto temor.

—¿Vos conocés el *El Encanto*?— preguntó Matías.

—No, nunca lo he visto, pero la abuela dice que es un viejo feo y arrugao, con corbata y alpargatas, que se lleva a los niños desobedientes— dije, luego repuse...pero yo no soy desobediente ¿y vos?

Matías hizo un gesto de incertidumbre. Luego preguntó —¿Y al Pato Guarilí?, ¿lo conocés?

—Tampoco —dije— sólo sé que duerme por los lados del caño. La Nina dice que a ella la espantó hace tiempo, una vez, cuando se escapó de la escuela.

—¿Y será viejo? O será pequeño como nosotros...

Durante un largo tiempo vi a Matías muy pensativo. Deambulaba de un lado a otro por las atestadas y terrosas calles del pueblo, como perdido en el tiempo. Se le había antojado conocer al *Pato Guarilí*. Quería saber de él.

Una vez alguien le dijo que sólo cuando tuviera bigotes lo conocería, pues sólo los mayores podían hacerlo. Entonces se la pasaba preguntando a todo el mundo la manera para lograr que sus bigotes crecieran, hasta que el tío Julio burlonamente le dijo que tenía que untarse mierda de gallina justo arriba de su boca. Donde los bigotes crecen, y así lo hizo.

—¡*Muchacho pendejo!* -dijo madre, justo cuando le sonaba las nalgas con la vieja correa del abuelo- *¿Hasta cuándo váis a inventar?, ¡Andá y te laváis la cara!*

Matías no dijo nada. Sólo hizo muecas, sacándome su lengua torcida y se metió al baño. Al día siguiente Matías no fue a la escuela, aún hedía a mierda y prefirió quedarse cazando *pitirrines* por el zanjón aledaño a la escuela. Para esto utilizaba la cauchera que él mismo había fabricado el último diciembre para ahuyentar a los perros, que merodeaban la olla de las hallacas, después de haber estado al fuego del fogón por más de cinco horas.

A Matías ya no le importaba mucho el viejo chinchorro, ni los mangos verdes con sal, ni los caimitos, ni siquiera la supremacía entre ambos. Ahora sólo le importaba el *Pato Guarilí*. Quería conocerlo. Eso era importante para él.

Una calurosa tarde de octubre fuimos con el tío Julio a buscar unas cañas de azúcar en Jirarajara, en la casa del padrino Moncho. Caminamos durante dos horas ininterrumpidas, hasta que el calor infernal nos dominó y decidimos descansar bajo la sombra de un palón. La tarde se paseaba de un lado a otro. El calor, con su lento trajinar, sofocaba toda la naturaleza y bañaba nuestras frentes. El aire se había

impregnado de algo raro, olía como a arco iris. Descansamos allí como media hora y continuamos el viaje.

—*¿Vos creés que tiene plumas blancas o negras?*— preguntó Matías. Recordé una vieja canción “...*que tiene plumas blancas, que tiene plumas negras...las blancas, las negras...las negras, las blancas...*” comencé a reír. Matías me guiñó un ojo, luego no dijo nada.

La incandescencia del sol hostil hizo que disminuyéramos el paso. El viento soplaba sobre nuestros rostros desnudos como queriendo lavar nuestro sudor. Por largos períodos caminábamos silenciosamente, hasta que Matías irrumpía el silencio con una nueva pregunta...

—*¿Tendrá el pico grande?* Más adelante nos detuvimos para beber agua del caño del Alto de la Cruz.

Finalmente llegamos, luego de tres largas horas de camino, al rancho de mi padrino. Notamos la ausencia de las manos femeninas en el lugar. Tres o cuatro perros hambrientos movieron sus colas perezosamente y nos miraron de soslayo. Ni siquiera se incorporaron. El padrino Moncho se hallaba sentado en su silla que se apoyaba sobre la pared, con su usado sombrero de cogollo cubriéndole su cara. Cuando nos escuchó, se incorporó.

—*¡Caramba! ¿como que se acordaron de uno?* Dijo, mostrándonos sus dientes manchados por el chimó.

Nosotros sólo le mostramos los nuestros. El tío Julio entró al rancho a conversar con él. El viento se apagó de repente. Ahora el calor era más insoportable y el aire estaba impregnado de humo del fogón.

Nosotros nos dedicamos a tumbar mangos verdes que guardábamos en mi faltriquera, para luego comerlos a escondidas de madre, hasta que el padrino nos llamó a comer. Había preparado con gran entusiasmo: plátanos verdes asados con un mojito de manamana. Igual al que preparaba Doña Alicia cuando en Asunción festejaban las fiestas patronales en honor a San Isidro. Matías probó un bocado. Luego se quedó pensativo y preguntó, dirigiéndose al padrino Moncho:

—*¿Es verdad que el pato ese existe?* Todos lo miramos. Luego el padrino le respondió sonriendo: *¡Claro!...y se carga a los que no comen.*

Matías quedó pensativo, luego comió apresuradamente. Todos, a excepción de Matías, reímos por un largo rato. Permanecimos sentados a la mesa cerca de una hora. Ellos conversando sobre cosas que

no entendíamos, y nosotros apostando al primero que atrapara una mosca verde.

El retorno fue mucho más rápido hasta que nos detuvimos en el arroyo. A Matías se le antojó darse unos chapuzones. Yo preferí sentarme a la orilla mientras el tío descansaba su hombro de la pesada carga de caña de azúcar. Vimos a Matías como quien observa un pez haciendo piruetas en el agua. Se deslizaba divinamente entre las piedras, sobre el cristalino riachuelo, hasta llegar al pozo que se había formado allí. Se sumergía por unos instantes y luego saltaba a la superficie desesperadamente, debido al agua fría o al agua que tragaba.

—*¡Venite Paniagua, venite pa' ver si vemos al Pato Guarilí!*— dijo Matías.

—*¡No me digáis así! -grité... ¿A quién le importa ese pato?*

Está bien María-la-O, venite ya.... Lo que pasa es que tenés miedo del Pato Guarilí... si no venís, lo busco sólo— gritó Matías y se zambulló por entre las piedras nuevamente.

El tío Julio me ofreció un trozo de plátano asado que había traído en su mochila. Comimos con un gusto enorme mientras mirábamos a Matías deslizarse como un pez. Luego descansamos sobre la hierba. Mi tío con su sombrero sobre su cara y yo con mis brazos sobre la mía.

El sueño me vencía poco a poco, hasta que quedé sumergida en un profundo sopor y comencé a soñar una serie de imágenes que no se relacionaban entre sí. Escenas que sólo se relacionaban por su personaje. A ratos escuchaba claramente el ruido del arroyo mientras soñaba con Matías. Creí estar soñando despierta. Vi a Matías con su traje de Primera Comunión. Le escuche decir... *¡Qué fue Paniagua!* Y yo le replicaba... *Dejáme tranquila.* Luego lo ví peleándose con el hijo de Doña Matilde y me gritaba... *¡Ayúdame María-la-O, ayudáme! Pero es que no veis que soy mujer y que no me puedo pelear así como vos.* Escuché a Matías gritar varias veces. Su súplica se perdía en el viento. Su voz ya no era tan chillona como antes...pero ¿antes?... ¿Cuándo antes?, si estás en mis sueños y ellos son la única realidad en este momento. No puede haber ningún antes, estás aquí, ahora, en mis sueños, ¿no?...*¡Dame la mano!...¡Ayúdame chica!... vos si sois... si querés no peleo más con vos, pero ayudáme...dame la mano. ¡Andá pue, no veís que este Pato me está agarrando el pie!*

Desperté sobresaltada por el grito de mi tío y por la repentina lluvia recia que me ahogaba con sus agudas y punzantes gotas. Mis sueños no habían durado más de cinco escasos minutos pero sentí que hubieran pasado siglos. Estaba aturdida, no comprendía los gritos de mi tío. Miré hacia el río que se había convertido en un monstruo hambriento, y no vi a Matías por ningún lado. Miré al tío Julio; sus ojos vidriosos los vi tristes. Su angustia era tal que hasta sus ropas destilaban lágrimas de dolor. Supuse que aún soñaba, pero era imposible, la lluvia, mucho más recia, daba sobre mi humanidad. Mi tío me abrazó.

—*San Pedro tiene hoy un nuevo angelito*— dijo.

No entendí aquello hasta mucho tiempo después, Miré en todas direcciones y todo estaba triste. También, al otro lado del río, vi, posado sobre una enorme piedra, un hermoso pato blanco de cuello verde, con el pecho rojo y negro. Comenzó a graznar mientras se sacudía las gotas de lluvia. Luego alzó en vuelo y se perdió en algún lugar del horizonte y nunca más volví a verlo.

Luego vino la noticia. A madre le vi su corazón sangrado de dolor y a padre lo vi llorar por primera vez, porque los hombres valientes también lloran. El tío Julio se culpaba a sí mismo...*Si sólo hubiera podido nadar más rápido....* dijo- no supe a quién se refirió. Recordé su voz que no era tan chillona como antes diciendo... *es que este pato me está agarrando el pie...* y se me antojó que el Pato Guarilí era feo. Me sentí muy sola y vagué por las desnudas calles de Asunción con noches de sueños febriles.

Han pasado muchos años de aquella horrible pesadilla. Sin embargo, recuerdo perfectamente todo aquello. Hoy todo ha cambiado y todo parece igual. Cuando me recuesto sobre el viejo chinchorro recuerdo aquella calurosa tarde de octubre. Sólo reminiscencias de momentos idos. Huellas en el tiempo marcadas por el tiempo mismo; huellas que no se conformaron con el paso de las horas sino que marcaron también mi ser.

Las tardes de mucho calor y mucha lluvia recuerdo a Matías, al feo Pato Guarilí. Ahora comprendo por qué San Pedro tiene un nuevo angelito y sé que Matías está donde siempre quiso estar. Escucho el murmullo de la lluvia, y aunque de aquello hace mucho tiempo, todavía escucho su voz chillona, que desde algún lugar me grita... *Venite Paniagua, venite María-la-O para que veáis que tiene plumas blancas, que tiene plumas negras...*

PRIETO LUIS ENRIQUE

luiseprieto@terra.es lepv@escribidor.com

Nació en Melilla, norte de África (1947), reside en Madrid, médico ginecólogo y escritor, radioaficionado. Viajero del mundo, cinéfilo y amante de la música y de la Tauromaquia. compartidor ideológico y sentimental de las minorías étnicas y culturales del planeta. Colaborador invitado en decenas de revistas literarias, tanto virtuales como impresas, y ganador de varios premios literarios. Delegado de Actividades Culturales de la Universidad Complutense de Madrid. Participó del Mayo 68 y creador en los 80 del Aquelarre Poético en los bajos del café Lyon (Madrid). Fundó grupos radiofónicos ADR (Amigos de la Radio) y EA (Entre Amigos) para la difusión de los coloquios literarios a través de las ondas. Es miembro de la Sociedad Española de Médicos Escritores. Creador del Foro literario El Archipiélago en Vavo.com, Foro literario de Sensibilidades y del Foro literario Archipiélago: <http://es.groups.yahoo.com/group/archipelago/>

OBRA LITERARIA: *Poemas de la edad adulta* (Ed. El Bicho, Madrid, 1973). *El hombre, el hombre; la tierra, la tierra* (teatro) (Ed. Nuevo Teatro Madrid, 1975) *Diario de un anarquista atávico* (novela-diario), (Alternativa Editorial, Galicia, 2003), *Aladino está de vacaciones* (relatos) (Alternativa Editorial, Galicia, 2004). *Contra un muro de sal* (poesía) (Alternativa Editorial, Galicia, 2005). *Ditirambos: entre viajes y fantasías* (cuaderno de viajes) (Alternativa Editorial, Galicia, 2005). Participación destacada en Antologías de Sensibilidades I, II, III, IV, V y Antología Oro. Publica mensualmente en la revista literaria Arena y Cal, sus trabajos literarios son publicado en la mayoría de webs y revista literarias de la Red. <http://www.escribidor.org>

EL EXTERMINADOR

a Fernando, mi yerno, y para mi hija Bali

Llevaba varias noches en estado de alerta, con los ojos inyectados en sangre, recorriendo toda la casa como un poseso. Sabía que, de un momento a otro, caería en la trampa, que no podría burlar, en esta ocasión, el cerco que había preparado concienzudamente. Repasó su indumentaria, comprobando, en un acto de autoafirmación sublime, que todo estaba en su sitio conveniente: el gorro; la redecilla que cubría su cara y cuello desde la frente; su camisa de manga larga, bien abotonada en los puños; sus guantes de cirujano perfectamente adaptados a

sus manos rígidas; su pantalón de licra intranspirable, hasta los tobillos; sus calcetines de lana bien subidos hasta la mitad de la pierna; sus botas militares, sin fisuras...

—¿Cariño?

—Sí, Bali, estoy aquí... pero duerme tranquila, mi vida.

—¿Pero otra vez con tu cruzada?

—Esta vez va a ser la definitiva, cari...

La voz de Bali le había sonado a Fernando con un marcado tono de ironía quejosa, pero él tenía una misión importante que cumplir y no estaba dispuesto a abandonarla, a pesar de las perplejidades y las demandas de su mujer. Después, —se dijo entre dientes—, seguro que se lo agradecería. A menudo los cruzados fueron incomprendidos en un primer momento, pero luego siempre fue valorada su entrega decidida a una causa noble. Sólo necesitaba silencio, concentración y buen oído...

—Pero déjalo, Fer... —se oyó la voz de Bali desde el dormitorio.

—Esta noche es la definitiva, cariño. Te lo prometo.

Había dejado varias luces encendidas en el salón, cerca de la puerta de la terraza que permanecía entreabierta. Fernando contenía la respiración sin mover ni un solo músculo de su cuerpo, con los oídos alerta y el dedo pulgar apoyado en el interruptor de su potente linterna.

Sabía que esa noche el intruso volvería, tan confiado y provocante como las últimas tres noches anteriores, que se colarían por la puerta de la terraza, como siempre, y que recorrería la casa buscando sangre, con la impunidad más absoluta, con esa libertad de movimientos que le confería el sueño y la nocturnidad de la madrugada.

—Pero déjalo ya, mi vida, y vente a la cama...

—Duérmete Bali, por favor. Necesito concentrarme. De esta noche no pasa...

Así no había manera, pensó Fernando. Era vital para su misión el silencio y la concentración más absoluta. De un momento a otro el intruso debería aparecer, y, entonces, toda la fuerza de su brazo, preparado y concentrado como un resorte mecánico y justiciero, después de horas de acondicionamiento psicológico, caería implacablemente sobre el malévolo visitante nocturno.

Ya ni siquiera se oía la respiración silente de Fernando, agazapado detrás del sofá del salón, y con todos los músculos tensos dispuestos para el salto y el golpe contundente.

Un martillazo seco, de pronto, rasgó el silencio de la casa, y, a escasos segundos, sin mediar palabra alguna, sólo la luz de la linterna que saltaba de un punto a otro de la estancia, tres nuevos cimbronazos rotundos, secos y definitivos. Luego un silencio pesado, y la voz de Fernando aclarando el espacio nocturno:

—¡Ah, cabronazo! Te pillé. Esta vez has tenido tu merecido. Jódete ahora tú, que ya me has jodido bastantes días a mí...

Bali, que se había levantado al escuchar los impactos, le miraba desde la puerta del salón sin saber si reírse o ponerse a llorar.

—Pero, Fer: ¿qué haces hablando a estas horas con tu zapatilla y vestido como un mamarracho?

— Ya no nos incordiará más este asqueroso intruso, mi vida... contestó, con voz de victoria, Fernando, mientras mostraba a Bali el mosquito despanzurrado en la suela de su zapatilla...

ÚLTIMA VOLUNTAD

Me dijo que no me preocupara, que tuviese resignación, que el Sumo Hacedor me acogería en su seno y no haría distinciones a la hora de redimirme, porque Él no sabía de nombres, ni de rostros, ni de debilidades pasadas.

Me convenció indefectiblemente: le puse la capucha negra, le sellé la boca con la cinta aislante, y me pinté bigote y desdibujé mi calva con las témperas que pocas horas antes había solicitado al director de la prisión como últimas voluntades, so pretexto de que nadie viera ni oyera mis estertores y para dejar un último pensamiento gráfico en las paredes de mi celda.

Con su sotana, su misal y su rosario, le acompañé pesaroso y cabizbajo por el corredor de la muerte, aprovechando el extraño parecido físico que siempre tuve con el monseñor de la cárcel. Mientras las descargas eléctricas producían convulsiones incontrolables en el reo, encapuchado y silencioso según su última voluntad, leí, en un murmullo escasamente audible, un réquiem compasivo del libro de rezos del cura.

Yo estaba seguro que el Sumo Hacedor le reconocería ipso facto, aunque no tenía nada claro, ahora, qué hacer con la sotana, el misal y el rosario.

Pensé: "no hay que seguir tentando la suerte"... y después de consolar a la oficialmente viuda, que lloraba desconsolada pero apretándome la mano de una extraña forma acariciante, me fui con ella a nuestra casa para quitarme el disfraz y las pinturas, y seguir viviendo, con mis últimas voluntades y muerto de risa...

DON JUAN DE LAS CALZAS VERDES

Ya me molestó bastante cuando Arturo, mi padre y mentor, me jubiló de artes, y, sin consultarme o preguntar mi parecer, me sacó del retablo y me regaló a Mariano, que no tardó en plantarme en medio de este socarral, vestido como un D. Juan de las calzas verdes, con sombrero de fieltro, brazos crucificados al sol y a las inclemencias, y tan estático y estúpido que mi autoestima artística quedó mancillada por los siglos de los siglos.

Poco convincente debió ser mi figura ridícula, pues, antes que disuadir, estimulaba a los vencejos y gorriones, y hasta las malditas urracas tenían la desfachatez de adornarme con sus infectos y oprobiantes excrementos que me dejaban como un pingo moteado de marrones.

Ni siquiera la veleta que el bueno de Mariano tuvo a bien adornarme, -por supuesto, sin consulta ni consentimiento pactado-, en mi cabeza, y que se movía como una obsesa al compás de los vientos de la planicie castellana causándome unas inaguantables jaquecas por hiperestimulación de proximidad, impidió que toda la fauna volandera del lugar campase a sus anchas entre trigales y sembrados, picoteando a placer las simientes, mientras se reían, moviendo sus cabecitas nerviosas y sus picos voraces, de mi grotesca figura inmóvil pero con los sesos dando vueltas como una noria.

Muchas veces he estado a punto de autoinmolarme al comprobar mi nula eficacia disuasoria, y, sobre todo, al evidenciar lo bajo que había caído en lo estético y artístico, así disfrazado de mameluco giratorio y de estercolero, y hazme-reír de los volátiles. Hace poco pensé en intentar hablar con mi nuevo jefe para sugerirle que cambiara mi disfraz ridículo de calzas verdes y veleta giratoria por uno algo más atractivo, moderno y eficiente, menos crucificado y más dinámico e

iconoclasta, pero desistí porque intuí que el bueno de D. Mariano, además de llevarse un susto de muerte, no habría entendido ninguna de mis sugerencias, y, con un poco de mala suerte, y luego de recuperarse de la alucinación creada, podría haberme arrumbado en cualquier lugar inhóspito de su granja, para estigmatizar embrujos.

Pero lo que ya no puedo soportar, pues supone un ataque profundo a mi dignidad de ser sintiente, es lo que esta mañana está aconteciendo: el Sr. Mariano, sin previo aviso ni declaración previa, está colgando de mi cuerpo decenas de cintas de video al límite de la asfixia, y numerosos discos redondos plateados (cedés, creo que se llaman) que me rodean como si yo fuera un monigote oriental a punto de la celebración del "año del bisonte".

¡Ah, eso sí que no! ¡Hasta aquí podríamos llegar! Haciendo un esfuerzo sublime, que me ha costado acumular todas las rabias antiguas para convertirlas en energía sonora, he podido exclamar:

—¡Joder, vale que me vistas de payaso de calzas verdes, que me caguen y se ríen de mi aspecto toda la fauna con alas de la comarca, que me produzcas jaquecas inaguantables con la estúpida veleta que has adosado a mi cerebro... pero lo de disfrazarme de máscara tecnológica ya me parece demasiado! ¡Protesto! Es una pena que el bueno de Mariano, después de poner los ojos como platos y la boca como un buzón de correos, se haya desplomado al suelo con un infarto fulminante al escucharme, pero es que tiene guasa que nadie quiera enterarse de que también los espantapájaros tenemos nuestra dignidad y nuestro corazoncito...

Diario de un Anarquista atávico I

3-1-200...

Hoy he recibido una invitación sui géneris:

La señora de Durán Fierro (de soltera Marisa Claret y Doms), y su hija, señorita Marivi Durán Claret, os invitan el día 15 de este mes en su finca "Los Lucerillos" a un lunch con motivo de la menopausia y la menarquia, respectivamente, contecimientos que desean celebrar con todo regocijo y solemnidad. Se ruega confirmación ¿Confirmación de la menopausia o de la menarquia...? Confieso que tuve que acudir

al diccionario de la Real (no de la Real Sociedad, se entiende) para enterarme qué era eso de la menarquia, que así, a bote pronto y de primera leída, me sonaba a título político o nobiliario. Menarquia: primera regla... ¡Dios mío! Doña Marisa había, esta vez, rizado el rizo de la novedad y el epatamiento.

Reconozco que a lo largo de mi experiencia de anarquista atávico y heterodoxo nunca había asistido a una fiesta tan curiosa donde se celebrarían, a la par, la primera y la última regla de la familia Durán Fierro.

Por supuesto que confirmé mi asistencia. Después de meditarlo un poco decidí escribir un correo electrónico a la señorita Durán Claret (porque a Marisa todo eso de electrónico le sonaba siempre a energía nuclear y lo detestaba entrañablemente) en los siguientes términos: Para... mavi@h...

Asunto... ENCANTADO...

"Este personaje que escribe ha quedado sorprendido y encantado con la invitación a tan curiosa fiesta. Por supuesto que acudiré con mis mejores galas, pero... ¿dichas galas, -por estar a tono con el origen de la fiesta-, deberán ser de blanco y rojo, o quizá de púrpura y gualda? Ya me contarán...

Espero ansioso poder apreciar, in vivo e in situ, la "razón" de tan espectacular evento. Alá os guarde.

Luis: el anarquista atávico."

Desde luego no esperaba ninguna contestación, pero me hacía ilusión, ya que yo sería la máxima atracción provocativa y heterodoxa de la fiesta, comenzar dándoles motivos para el escándalo y los comentarios. ¡Pobrecitos: se aburren tanto!

Diario de un Anarquista Atávico

13-1-200...

Bueno, aquí estoy, en mi apartamento de 70 metros con vistas al ruido y a la polución de esta asfixiante ciudad que es Madrid, mirando por la ventana, solo y pre-jubilado.

Hoy me cuesta trabajo escribir: es como si se me encogieran los recuerdos de parte de mis 50 años de historia, como si me apaleasen

los silencios y las risas que ya dejé en el camino, como si esta ventana abierta al ruido y al hiriente hacinamiento de las gentes se estuviera abriendo, ahora, hacia mi alternante biografía. Debo reconocer que no han servido para mucho mis ideas... He estado leyendo, hace un rato, aquella carta que me encontré en la mesita del salón aquel día, hace ya 7 años, cuando volví de mi trabajo: "Mira, Luis: me marchó. Te tenías que haber dado cuenta de que estaba llegando a mi límite, pero parece que tu con tus sueños y tus quimeras tienes más que de sobra. ¿Para qué me necesitas? En cambio yo, sí sigo necesitando que me quieran, que me escuchen y que me valoren. Imagino que te sentirás contrariado, pero hace tiempo que nuestro matrimonio es algo así como una habitación con vistas...y sin sentimientos. Espero que lo entiendas. Mi abogado te llamará. Merche".

Desde luego que Ana y Virginia, nuestras hijas, hicieron causa común conmigo y se quedaron amortiguándome el tiempo de los primeros reveses y de las nuevas soledades. Pero eso también duró poco. Virginia, la mayor, que ahora tiene 25 años, tomó el petate al cabo de siete meses y se marchó a Amsterdam tras la estela de un rockero desmeledado y deslenguado. Creo que ahora vive en París, al menos desde allí me llegó su última carta, hace ya casi un año, e ignoro a qué se dedica y con quién vive ahora (cualquier día de estos me voy a visitarla y a darle una sorpresa...). Y Ana, la pequeña, a la que todo el mundo decía que era clavadita a mí, y quizá por eso, aguantó un poco más, pero al año y medio, más o menos, dijo que era insufrible vivir conmigo y que entendía perfectamente a su madre, y se marchó a vivir con su novio Enrique a una buhardilla del viejo Madrid. Creo que está muy bien colocada en una agencia de publicidad. Y digo creo, porque nuestras relaciones no son lo que podrían considerarse fluidas... Y digo yo: ¡para qué carajo estoy escribiendo esto en mi diario!

RANGEL MORA PEDRO

rangelpa@hotmail.com

Nació en Mérida, Venezuela (1956). Abogado, egresado de la Universidad de Los Andes. Fue Redactor Literario de la *Revista Azul* de APULA, ha estado ligado a diferentes proyectos culturales como la *Revista Solar*, y la coordinación de varios Talleres Literarios.

OBRA LITERARIA: *Coro de gansos* (Contextos, Pen Club 1984), *El orden de los factores* (Consejo de Publicaciones ULA, 1993). *La yegua de la noche* (Solar, 1995), *Autobiografías*, (Monte Ávila, 2000), *El enemigo* (El otro, el mismo, 2004). Ha sido incluido en distintas antologías: *Nuevos Narradores de Mérida* (Libros Azul No. 1, APULA, Mérida, 1981); *El cuento en Mérida*, (ULA/El Universitario, Mérida, 1985); *Muestra Antológica del Nuevo Relato Venezolano*, (Revista *Imagen*, 1986); *Entre cuento y cuento* (Selección de narradores de la Región del Maule, Chile, 1994). Ha sido difundido en las Revistas: *Imagen*, *Actual*, *Criticarte*, *Solar*, *La Gaveta Ilustrada*, *Babel* y *Letra Continua*. En las secciones literarias de los diarios: *El Nacional*, *El Universal*, *La Época*, *El Impulso*, *El Tiempo*, *Frontera* y muchos otros. Vivió en Chile seis años (1989-1995), dedicándose a la escritura, y laborando en Extremo Sur, Escuela de Cine de Santiago, donde también estudió, y en proyectos culturales carcelarios. Hasta el 2001 residió en el Oriente de Venezuela, donde trabajó como abogado corporativo petrolero. Actualmente reside en Mérida. Trabaja un guión de cine, un libro de relatos y labora en el ejercicio libre de la profesión.

(Texto del libro inédito *Del Reino del Demonio*)

CUENTOS DEL DEMONIO

PESQUISA

Escudriñó entre los sesos esparcidos por la sala, sin lograr encontrar la idea del suicidio.

MATA AL GATO

Insistentemente el estrangulador marca el número de su víctima. No puede vencer la curiosidad por saber si el cable del teléfono se dañó en el largo forcejeo.

LA OFENSA

Vio una mancha de sangre en el cordón de su bota vaquera. Recuerda la patada en el rostro, el grito de dolor por los dientes perdidos, y lamentó haberlo matado dando una salida tan fácil a quien manchó su bota.

DESTINO MANIFIESTO

Siguió al dedillo las instrucciones. Parado así, motosierra aquí, allá, de tal manera que... Lo que no le dijeron al aprendiz, es que el árbol le caería encima.

GAJES DEL OFICIO

Fue una larga espera, una persecución dijo un colega, hasta que por fin la aguja le cayó encima al viejo relojero.

TARDE COMO SIEMPRE

El radio del carro informa sobre la muerte del chofer, quien al escuchar acelera para llegar con menos retraso a la curva fatal.

PARÁBOLA

Cuando el dinosaurio despertó, el hombre lo atravesaba por el ojo, de una aguja.

LEGÍTIMA DEFENSA

“Sólo existimos en la mente de Dios”. Sí Dios muere dejamos de existir. Es por eso que tantos fanáticos lo defienden a sangre y fuego.

TARDA PERO NO OLVIDA

Sembró. Rogó tanto, tanto, a Dios para que lloviera, que la cosecha no se veía al mirar abajo desde el arca.

CONFUSIÓN

No sé por qué tanto escándalo por el cadáver en la joyería. Bastaba que me explicaran que en realidad el hombre no valía su peso en oro, que ni siquiera tenía pico de plata.

EL GOURMET

En todas partes se cuecen habas. ¡Menos en mi casa! Afirmó con orgullo el antropófago.

MANCHADO ANTE PEDRO

Famoso por andar de punta en blanco, estaba tan molesto por la mancha de sangre en su camisa, que no se percató de la llegada de la muerte.

CONSUELO

“El triunfo es el fracaso al revés”, consoló el duelista a su rival atravesado por el sable en la garganta.

EL DETALLE

Se complicaba por todo, hacía de cada minucia un problema. La autopsia reveló que murió ahogado. Cómo ocurrió, se convirtió en un misterio, pues lo encontraron sentado a la mesa. Nadie observó el vaso con agua junto a las frutas.

EL DESTINO

Ciego de nacimiento, no tuvo temor de criar cuervos. No contó con que un día lo harían árbol caído.

DEPORTES EXTREMOS

Descalzo, pise con el pie izquierdo la pared, en estricto ángulo recto. Manténgase en esta posición, respire profundo con los brazos cruzados en el pecho, y ahora pise la pared con el pie derecho.

QUERIDO LECTOR

¡Adivina adivinador!, ¿de cuál lector son estos ojos verdes que traigo en la mano?

ANGELITA

Le advertí, Nina no, Nina no juegues con la plancha de la abuela, le vas a quemar las encías.

AMOR ETERNO

La pareja tenía tantos años juntos, que ya se querían como hermanos. Pero al contrario de lo esperado, al saberlo, su amor renació avasallante para dedicarse al sempiterno anhelo del incesto.

A IMAGEN Y SEMEJANZA

Señor, líbrame del yugo de Mandinga, te lo ruego como Miguel James: dame mujeres Señor, “tantas... como tú mereces”, Señor.

HE DICHO

No hay nada más provisional que mis absolutos, ni nada más absoluto que mi provisionalidad.

AGÁRRALO CON LA UÑA

“Es un lugar de ignorantes, quitando a la gente del pueblo, artesanos, borrachos y pordioseros”. Me refiero desde luego a la “universidad que tiene una ciudad por dentro”.

LIBRE COMPETENCIA

La ola de suicidios en mi pueblo no encontraba explicación. Viajé y descubrí la causa en una promoción de la funeraria El Perdón de Dios: un paquete súper económico con la parcela, la urna y el funeral.

NEGOCIO DIVINO

Dios, dijeron las noticias, considera seriamente cobrarnos derechos de autor. Sus representantes en la tierra hacen cuentas, felices.

DECRETO

“Satanás es el padre de la mentira, y por lo tanto, sus afirmaciones carecen de valor”. Firmado, sellado y refrendado por Satanás.

CIENCIA

¿Es Jesús el hijo de Dios? Contrario a los dichos de infieles y escépticos, hoy es posible probarlo con un examen de A D N.

PACIFISTAS

¡Si es necesario, haremos la guerra contra todas las naciones del mundo para garantizar la paz!

EL CONTORSIONISTA

Sólo sé que puedo probar sin margen de error, lo improbable.

DERECHOS HUMANOS

Hemos dictado un decreto humanitario que obliga a desinfectar los instrumentos de tortura y las balas de nuestro ejército.

OFENSA

Mi olfato descubrió en Europa por qué los conquistadores fueron tan crueles con los indios que se bañaban dos y hasta tres veces al día...

CINÉFILO

Dios es el más grande espectador de la condición humana. Somos seis mil doscientos millones de películas que disfruta a un mismo tiempo.

UN RECUERDO

—Estuve hospitalizado, y a media noche venía una enfermera de ojos muy negros que me lavaba las partes íntimas causándome una sensación de renacimiento, de frescura y satisfacción.

—¿...Las manos en la cajita de cristal?

FINAL FELIZ

—Por fin, lo que es del cura va para la iglesia —le dijo el patólogo a la bella de mirada perdida.

SANTO A LA CARTA

Por años, los nobles de la ciudad planearon robar para la catedral un santo de mayor prestigio. Cuando regresaron de la campaña y lo expusieron, las beatas se quejaron porque el defenestrado era más hermoso.

TIEMPO AL TIEMPO

El primer viaje de Colón fue tan penoso, se hizo tan largo, que ha durado para él más de quinientos años, y todavía no llega a Las Indias.

PECADO DE AMOR

Los senos parecían querer romper las telas, llamarlo a gritos, hasta que no pudo controlarse más y termina cayendo de la escalera, sucio, con la imagen rota de la virgen que trató de desnudar y no se dejó.

EL OTRO

Cuando la abracé todos comenzaron a mirarnos, a cuchichear. Estuve a punto de aclararles que el esposo soy yo y no el hombre con que siempre la ven.

CIENCIA AMENA

El médico propone convencido la tesis de que cierta investigación sobre el moco puede encontrar la cura para todas las gripes. A pesar de su prestigio no logra financiamiento, y todo por el prejuicio de una comunidad científica que se niega a leer una propuesta que le da asco.

ALTRUISMO

El hombre abrió una cuenta de ahorros y alguien le dijo que el banco hacía dinero con su dinero. Desde entonces, aunque necesitado, no saca dinero para no perjudicar al banco, y por años sigue depositando con mucho sacrificio. Vino una devaluación y se redujo la mitad el valor de su dinero, y el hombre, consternado, vende su casa para compensar al banco la pérdida.

¿MÚSICA INTERIOR?

La cantata de Georg Christoph Bach, era, entre otros instrumentos y voces, para un solo violín. Ella, el segundo violín, permaneció inmóvil en su asiento, hasta que los aplausos tomaron la sala. El director hizo que se levantara cada uno de los músicos a recibir el reconocimiento del público, y también la llamó a Ella, que no los acompañó, y sorprendentemente al erguirse fue ovacionada largamente. Pasados los días Ella no comprende lo ocurrido, no haya la razón de su extraño triunfo, y no se atreve a mirar siquiera el violín.

LA PASIÓN

“Desaparece la cabeza de San Clemente de la Catedral”. Fuentes anónimas informan que el culpable de que el mártir haya perdido la cabeza es un seminarista.

TODO VALE

Aunque era considerado el mejor mago del mundo, el miedo lo tomaba antes de iniciar cada presentación, y, al entrar en escena, aterrado, desaparecía.

PARADOJA

La poesía es el arte de crear vida, ejecutado por suicidas. Los crímenes en masa son el arte de matar, realizado por vitalistas.

ASÍ ES LA VIDA

Fiesta en la Organización de Países Exportadores de Petróleo: crudo invierno en el norte.

GANGA

Vendo completísimo equipo de tortura infantil, adaptable para enanos y personas muy longevas. Verlo es comprarlo. Satisfacción garantizada. Llamar a Mamita al 499614.

LAS MUJERES

- ...Las mujeres son enfermas de obsesivas.
- Es verdad, la mía está obsesionada con tener una vida sin mí.

VATICANO

Menos mal que esos señores no han sido nunca cristianos, si no no hubieran podido acumular tantos tesoros.

¿PUNTADA SIN HILO?

Dios existe, en tanto creamos que puede ayudarnos.

EN LA PUERTA

En la puerta: AQUÍ SOMOS CRISTIANOS, NO MOLESTE.
Al frente: AQUÍ SOMOS ATEOS, NO JODA.

ACLARATORIA

(ACLARATORIA ESCRITA A MÁQUINA PEGADA EN LA PUERTA DE LA CASA):

1- El visitante debe abstenerse de hablar de política y mantener un tono cordial en la conversación. 2- No debe hacer afirmaciones categóricas o absolutas. 3- No puede quejarse, menos aún del dueño de casa, los perros o la decoración. 4- No molestar al dueño con su Dios, fe ciega, platillos voladores, enfermedades o peticiones. 5- El mal humor sólo puede manifestarse como fino humor negro y oraciones inteligentes y profundas. 6- Si ve al dueño de casa serio o esbozando bostezos, sea breve y márchese. (Si desea estas exigencias por escrito, para no olvidarlas, pídalas al cruzar la puerta). Último: Se agradecen las historias bien sazonadas, ricas en las sales de la vida, sin importar el origen, condición social o raza de los involucrados.

FIN

El gusto o disfrute de todo o parte de estos textos es la prueba inequívoca e irrefutable del reino del Demonio en este mundo.

RODRÍGUEZ SORIANO RENÉ

www.rodriguesoriano.net renerodrigues@yahoo.com

Nació en Constanza, República Dominicana (1950). Escritor y docente universitario con una destacada labor en diferentes áreas de la comunicación masiva (publicidad, periodismo, cine y televisión). Premio Nacional de Cuentos “Casa de Teatro” (*Losing my eligion*, 1996) y “José Ramón López” (*La radio y otros boleros*, 1977).

OBRA LITERARIA: Ha publicado: *Raíces con dos comienzos y un final* (1977-1981); *Canciones rosa para una niña gris metal* (1981); *Muestra gratis* (1986); *Todos los juegos el juego* (1986); *Su nombre, Julia* (1991); *La radio y otros boleros* (1996); *El diablo sabe por diablo* (1998), *Queda la música* (2003), y *Sólo de vez en cuando* (2005), entre otros. Así como también, a toda complicidad y a dos manos: *Probablemente es virgen, todavía* (1993) y *Blasfemia angelical* (1995), junto a Ramón Tejada Holguín, y *Salvo el insomnio* (2002), con Plinio Chahín. Desde 1998 reside en Miami, Florida, donde se desempeña como editor, corresponsal de importantes medios de comunicación tanto de su país natal como del mundo hispano de Estados Unidos.

ELOGIO DE LA CORDURA

para Juan Freddy

Mal, que mal, el bien existe. Nado entre el azul y el cielo, buscando lo que no se me ha perdido. Y, de vez en cuando, aunque me salga espuma o se me brote el guarapo por los metacarpianos –o la sed me supure por las comisuras de las sienes–, para librarme del tedio, escribo. Tengo un resguardo de apasote, chile verde, chirimoyas, pelos de ángel y carey que me cura del pasmo, retruécanos y pasioncillas. Eso me hace muy bien. Sobre todo, si no tengo que cambiarme de camisa ni atusarme el peluquín o maquillarme.

Soy caribeño, nada sonoro me es ajeno, y me gustan, icuánto me gustan! las palabras melódicas como mandarinas y los vocablos fuertes, contundentes. Por ejemplo: pedazo de esperpento, picada de caca-ta, aguacate con yuca, chocolate de ajonjolí, merluza con gorgojos, jengibre con cazabe o moñito de tusa. Pero lo que de verdad, verdad me gusta es jugar con trabalenguas, perderme en el rejuego silábico de

esas palabras extrañas y, quedarme al final, sin saber qué dije cuando dije, más o menos: que un moñito es un animañito que come mañi moñido o que no es lo mismo el río Missisipi que me hice pipi en el río, como tampoco es lo mismo el trasero de Tapachula que tápate, chula, el trasero...

Todas estas cosas me gustan. Me gustan tanto que, a veces, no sé si me divierto o sufro tratando de construir frases profundas, con alto sentido filosófico, científico. Esta mañana, para ser más específico, me pasé horas y horas sentado frente a una libreta de notas tratando de hacer una oración que definiera el universo. Me gasté alrededor de catorce hojas. Vano intento. Por más que me esforzaba en mi parafernalia, no llegaba más que a meterme en intrincados laberintos que podrían sacar de quicio al más ecuánime de los mortales.

Acudí a mil tratados. Hasta que Darwin, siempre pensativo, siempre canero retardado me hace pensar en sus antepasados y los míos, cada vez que ve o apenas olfatea o presiente que una salchicha o pequinés de la vecina del Audi 1000, sale a rociar los geranios del jardín y, le cae un cosquilleo –a Darwin, por supuesto– en la cola o en las patas y se le resuda la nariz, se revuelca en los tarros y desordena mis papeles, provocando la ternura de mis pírricos aullidos que, al parecer, muy poco le divierten (¿será porque presiente, como siempre, el postre: mi chancleta, sonora y matancera, posándose sin tapujos en la placidez de su posadera?).

En fin, me gustan los tratados pantagruélicos. Los poemas famélicos. Sincrónicos. Monógamos. Cromosómicos y catalépticos. Plenos de verbos tísicos y mordaces como alcachofas, lechugas hervidas (hará apenas una semana, leí unos versos de un poeta porfiado y comadrero, tan soso y tan nadero como el Baltasar que desbarata Borges. Unos versos, ay, tan molondrones que me internaron en un mundo de sueños zigzagueantes y arbitrarios. Unos versos tan pigmeos y esmirriados que me llenaron las manos de metáforas sebosas y raquílicas, de tropos en almíbar, en punto de caramelo; de símiles, prosopopeyas; de gentilicios y patronímicos apagados y desmadejados. Unos versos, caray, tan enjutos, crustáceos y morrudos, que me dejaron la esperma podrida de gerundios, arabescos y manzanas pomelos gusaneras. Unos versos, unos versos que, ya quisiera usted nunca encontrarlos en su mesa).

Ah... también me gustan las frases esquemáticas, glaciales, lapidarias, anacrónicas, hueras, huecas. Ay, las frases interrumpidas (Verbigracia: hijuetuma... ¡y las otras que usted sabe!). Se lo dije, me gustan las palabras. Superpuestas. Yuxtapuestas. Montadas en canciones. Cortadas. Entrecortadas. Sojuzgadas por el ritmo. Me gustan las palabras. Las palabras, las palabras me gustan, me enloquecen, me llenan, me placen, me enternecen, me arrullan, me sacan de la cama, me tiran sobre el piso, me lavan, me sacuden, me sumergen, me atrapan.

Mmmm, me llevan y me traen, me matan las palabras, las duras, las cuneiformes, las palmípedas, las contumaces, las esquizoides, las peripatéticas, las enigmáticas. Pero, las que en verdad me ganan, con sobradas razones, son aquellas contundentes, secas, mágicas, definitivas, instantáneas y cáusticas. Las que pautan el final y punto.

COINCIDENCIA

para Betty

La calle amaneció esa mañana con un olor a sogas podrida. Después –más tardecito–, pasó el entierro del verdugo.

MAMBRÚ SE FUE A LA TELE

Ayer, Lola, maldije al Presidente y a uno de sus bulldogs de turno. Y no pienses que lo hice por lo del sindicato eléctrico cancelado, o por la carestía y el desabastecimiento de los servicios y productos básicos. Qué va. Todo empezó por la mañana, cuando me levanté y vi que habría juego entre Licey y Escogido, en la continuación del Round Robin, y leí que en Bagdad las bombas entraban como por su casa y pensé que una muchacha iraquí enjugaba tres lágrimas por su muchacho en el frente. Imaginé a una niña, menudita, segura, jugando al borde del pozo 44 perforado por los misiles aliados.

Y aquí no termina todo, Lola. Vi que Mary Joe Fernández, en su típico inglés cibaño, celebraba su nuevo triunfo y que, probablemente, junto a José Rijo, antes de firmar su contrato con los Rojos de Cincinnati

nati, se propondría resolver los problemas económicos del país, repartiendo centenares de juguetes bélicos a los niños pobres, el Día de Reyes en la Máximo Gómez, ahí pegadito al Arzobispado. Y me acordé de ti, Lola, cuando te cabreabas por el estribillo que te coreábamos desde la acera: “ayer le dije a Lola/ que me tirara la pelota,/ pero a Lola no le gusta/ y ella me bota la bola...” ¡Qué cuerda, Loca! Ahí se armaba el Oriente y Medio. No había misil ni arma química tuya que no diera en nuestras estratégicas bases craneanas y, más tardesito, no muy tarde, puntual y contundente, el boche o cocotazo de Angélica o de Eduardo, en respuesta y desagravio a tus disparos verbales y aliados y el castigo, el de siempre: no esperen que los Reyes vengan, los Reyes no les traen juguetes a los niños que se portan mal y se burlan de los demás, fíjense que los ciegos y los gordos, son las personas más malhabladas del mundo, un día...

Y pensé en Saddam, Lola. Pensé en Saddam porque terminará cayéndome bien... Creo que un tirano más, no le hace daño al paño, además –entre nos– me cae bien porque Almita lo odia (iesá jamona, tan mirringosa, se pasa todo el tiempo llamándole la atención a uno, metiéndose en todo, leyéndole las reglas a los demás, diciendo que las cosas deben ser de tal o cual forma, en fin, imponiendo sus criterios por encima del conglomerado y, cuando uno quiere echarle el guante porque ella violó sus propias leyes, resulta que uno es Hussein y ella es Bush que siempre tiene la razón!). Por eso odié al Macorís del Presidente, Lola, por eso odié una vez más al Pentágono, Lola. Tú sabes lo que es eso, en pleno Round Robin y un día como el de ayer, dedicado a la Virgen, Lola (¿sabes?, Loli, que Almita se fue muy temprano a decirle presente y a rezarle y a rezarle y a rezarle a la Virgen, no podía fallarle a La Altagracia, eso dijo Buelilla, cuando la encontraron solita en el cuarto, y Juanjo quiso echarle la culpa a Almita, y Bueli dijo que no, que ni se atreviera que Almita era una santa y que, los santos, están primero que todo... y casi se muere de un vahído, y Mecha le trajo sopa, y vino el cura, y doña Francia, pero no se murió, aunque vino doña Francia). Y te decía, Lola, que los odié porque cuando fui a prender el televisor sin energía, por culpa del Golfo ahora, tampoco pude ver mi concierto de misiles de este día, cuánta rabia, Lola, ya no puedo dormir ni comer tranquilo sin mi acostumbrada dosis de misiles sobre Bagdad.

SANTAELLA KRUK FEDOSY

www.fedosysantaella.blogspot.com fedosy@gmail.com

Nació en Puerto Cabello, estado Carabobo (1970). Es Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Se desempeña como redactor creativo para un canal de televisión por suscripción, y dicta talleres de creatividad. premiado en el certamen “Cada día un libro”. Ganó por concurso su participación en los talleres de narrativa y poesía de la Editorial Monte Ávila Editores, dictados por Armando José Sequera y Edda Armas respectivamente.

OBRA LITERARIA: Es autor de los libros: *Cuentos de cabecera* (Comala.com, 2001) y *El elefante* (CONAC, 2005), Aparece en *Antología del cuento breve en Venezuela* (Editorial Actum, 2005). Es colaborador de los periódicos El Universal y Notitarde, y de las revistas Dmente, Ficción Breve y Letralia. Mantiene un blog literario:

EL PRENDEDOR

La señora Luisa García y su hija Lina acostumbran a pasear por el Gran Centro Comercial los sábados al mediodía. Emperifolladas y distantes recorren todas y cada una de las vitrinas de las tiendas más elegantes, lamentándose de la pobreza en marcas y de los exorbitantes precios, capricho de los aprovechadores de una clientela ignara, desconocedora de la Quinta Avenida, que también es costosa, ipero caramba es la Quinta Avenida!

Hasta hoy, su categoría y su orgullo les han impedido traspasar el límite del medio metro entre ellas y las vitrinas; sin embargo, al vislumbrar aquel prendedor y sobre todo su precio de venta, no pudieron evitarlo. Miraron a la izquierda, miraron a la derecha y, una vez convencidas de que nadie las observaba, acercaron sus narices a escasos centímetros del vidrio para verificar el precio de la etiqueta: efectivamente, ése era el precio, y era baratísimo.

Ya dentro de la lujosa joyería, sentadas y soberbias frente al mostrador y a la vendedora, auscultaron con aparente desgano la joya de precio risible. La madre dice que no sabe, que no le gusta mucho. La hija dice que el prendedor es una imitación bastante regularsona de uno que vieran no hace mucho en una foto que detallaba la solapa de

Carolina de Mónaco (cortesía de la revista “Hola”). La vendedora, que se cree muy fina, comenta con indiferencia que el prendedor de la princesa y éste que la joven se ha llevado a la solapa son del mismo diseñador, y que gracias a nuestros contactos exclusivos usted porta una de las cinco piezas que existen en el mundo. La madre: no sé, no sé. La hija se contempla en el espejo del fondo.

—Bueno, a lo mejor nos lo llevamos —dice Lina García dando la estocada final, con miras a un descuento sustancial.

La madre, siguiendo con el plan, pregunta el precio como por simple casualidad. La vendedora, esta vez con una sonrisa muy amable suelta el mismo precio... pero en dólares. Acto seguido, pasa a darle la cantidad equivalente en la devaluada moneda nacional.

Estupefactas ante el precio astronómico, madre e hija abren la boca, enrojecen. Pero no replican, no se explican. Hablar de la vitrina, de la etiqueta en moneda criolla significaría rebajarse, implicaría el bochorno.

La madre recupera el aliento y alza la frente:

—¿Aceptan cheque, verdad?

La vendedora sonrío triunfante, como si supiera lo que está pasando, como si las hubiese hecho caer en su telaraña de perfidia y mal gusto.

—Claro, aceptamos cheques.

La hija abre los ojos muy abiertos, y suelta una queja mal simulada:

—¡Ay, no sé mamá, no me gusta mucho!

La madre también abre los ojos y niega indignada:

—¡Pero hija, si es precioso!

—No, mamá, no tanto.

—¡Hija, si te queda bellísimo!

—¡Ahí está el detalle, yo creo que *ése* es el problema, que a *mí* no me queda bien, pero a *ti* te debe quedar espectacular! —y como si estuviera deshaciéndose de un alacrán ensarta el prendedor al vestido de la madre.

—¡Pero hija, yo ya estoy muy vieja para estos gustos!

—Precisamente mamá, por tu edad es que te lo mereces. ¡Es más, regálátelo a ti misma! ¡Feliz cumpleaños!

—¡Qué sorpresa! —suelta la vendedora con la barata alegría de un actor aficionado—. ¡Me lo hubiesen dicho desde el principio, feliz cumpleaños, señora!—. Luego voltea hacia la oficina del fondo, donde un hombre de bigotes gruesos parecía estar aguardando la señal para hacer su entrada—. ¡Adolfo, la señora está de cumpleaños!

Pronto los bigotes de Adolfo están frente a las compradoras. De cerca, los bigotes inspiran terror.

—¡Feliz cumpleaños, señora! —dice Adolfo con falsa seriedad de comerciante—. La verdad que le queda muy bien el prendedor. De este diseñador tengo otra joya, otro prendedor más precioso y más caro, que si usted quiere, en vez de llevarse éste, puedo llamar al taller para que traigan el otro. Claro, es un poco más costoso, pero por ser su cumpleaños se lo voy a dejar a un precio más razonable, cercano al primero...

—¡Maravilloso! —exclaman las compradoras al unísono y como encantadas de la vida, y sin saber muy bien qué estaban haciendo.

Los bigotes de Adolfo se alejan hacia el teléfono, y la vendedora sonrío todavía más complacida. Luisa García saca la chequera del bolso, mientras su hija se encarga de devolverle la sonrisa a la vendedora, una sonrisa que dice: *Yo soy más que tú*. Pero la vendedora no hace caso y con toda la falta de glamour que la caracteriza clava la mirada en la fecha del cheque, en la firma del cheque, en la cantidad del cheque...

—¿A nombre de quién?

—La Joya S.A., señora.

Adolfo el Terrible está de nuevo con ellas. Luisa García le extiende el cheque a él, con toda la intención de humillar con este acto a la vendedora.

—Muy bien, ya llamé al taller. En cinco minutos estará su joya aquí —dice Adolfo y se aleja de nuevo hacia el teléfono con el cheque en la mano.

Luisa García estira el cuello por encima del hombro de su hija, frunce el ceño, los ojos se le encienden, y aunque en el fondo piensa en los bigotes terribles de Adolfo, se atreve a preguntar indignada:

—¿No me diga que va a cometer la descortesía de confirmar el cheque?

—Es nuestra política —se adelanta la vendedora.

—¡A usted nadie le dio vela en este entierro! —espeta Lina García poniéndose de pie.

—¡Esto es un insulto! —chilla Luisa García.

—Pero señoras... —dice Adolfo y sus bigotes ya no son tan terribles. Lina García se inclina sobre el mostrador.

—Señora mi madre, yo soy señorita.

Luisa García se pone de pie.

—Falta de respeto, poca cosa.

Adolfo, ahora el Pequeño, no sabe que decir, pero la vendedora se encarga del asunto:

—¡Aaaah no mijitas, si no confirmamos no se llevan el prendedor!

—¡Para lo que nos importa! —vocifera Lina García.

—¡Métanse su prendedor por el...! Se detiene la madre al borde de una vulgaridad irreprochable.

—¡Se les salió la clase a las viejas! —prorrumpe la vendedora.

Luisa y Lina García están a punto de lanzarse sobre la vendedora, de halarle los pelos, rasguñarle la cara y arrancarle los trapos; pero su clase, su abolengo, su francés, su inglés y su colegio de monjas, sus horas de té y sus amigas, las páginas de sociales y su apartamento antiguo pero lujoso, todas estas cosas las paralizan de golpe, y gracias al cielo, recuperan el aplomo y la distancia.

—No vamos a discutir con usted —dice Luisa tranquilamente.

—Ustedes nos han insultado y no queremos su prendedor.

—Devuélvanos el cheque de inmediato.

Adolfo se acerca pidiendo disculpas y entrega el discutido papel. Ahora sus bigotes parecen los de una morsa vieja y golpeada.

—Señoras, por favor, disculpen a la vendedora... Ella... ella está medio loca... Es más, ¡está despedida, fuera fuera...!

—¡Aaaaah siiiii, loca y para colmo despedida, ahora mismo llamo a tu mujer y le cuento todo!

—¡No, tú no puedes hacer eso! Señoras, por favor...

—Y pensar que me habías ofrecido hasta matrimonio, eres un suicio...

—Mi amor, ahora no es el momento de discutir... Señoras, por favor, ha sido todo un malentendido...

—¡"Mi amor", ahora sí soy tu amorcito, ahora sí!

—Siempre lo has sido... Señoras, je je, señoras...

— Voy a llamar a la vieja y le voy a contar todo...

—¡Mira, chica, tú a mí no me jodes...!

—¡Qué no te jodo!

—¡Señoras...!

Pero las señoras hace rato que se fueron. Así calladitas, apuraditas, se dirigen hacia el estacionamiento. Emperifolladas y distantes, van pensando en lo lejos que está la Quinta Avenida, pero en lo cerca, en lo maravillosamente cerca que está el prendedor de precio irrisorio.

SANTIAGO ALETSE

aletsse_mx@yahoo.com.mx

Nació en Aguascalientes, Guadalajara, México (1958). Reside en Cancún, Q. Roo desde hace más de 20 años. *Miembro Honorario* de la "Asociación de Escritores de Mérida" (Venezuela). Narradora y poeta, Lic. en Educación, y miembro de la "Casa del escritor" en Cancún. Fue acreedora al Premio en el Certamen Internacional de Relato Social con "Barricadas", colaboradora habitual en varias webs literarias. Ha participado como invitada especial representando a México, en proyectos literarios colectivos de ámbito internacional, y en recitales poéticos en España, Argentina, México y Venezuela, donde también presentó su libro *Silencios de Agua* (2003). Ha prologado libros de diversos autores. Actualmente colabora en el periódico *El Crucero Entertainment; LLC* (Nashville, TN), y en el área directiva de un colegio particular.

OBRA LITERARIA: En narrativa y prosa poética: *Silencios de agua* (Alternativa Editorial, Galicia, Madrid, 2003). En publicaciones colectivas como: *Poemas quietos* (Mizares, Barcelona, 2002), en varios números de la *Antología Internacional Sensibilidades y Sensibilidades de Oro* (Alternativa Editorial, Galicia, Madrid) del 2002 al 2005. En *Eñe, Antología Internacional De Escritores en Castellano* (2003). Textos de su autoría han sido publicados en periódicos y revistas de México como: *Tropo a la Uña, Cancunissimo* y, *Paal* en USA; *Community Focus*, de Filadelfia, y en el *Diario Frontera* (Mérida-Venezuela, 2004). También difundidos en programas de radio como *Radio Medicina, Arte y Cultura* (Miami), *Radio Babel*, y *Radio Nacional*, de España, *Radio Comunitaria, Café Literario*, de Mérida (Venezuela) y *Radio Ayuntamiento Cultural*, de Cancún (México).

PASEN, ¡TODO ES GRATIS!

Conocer cada día más sobre la cultura maya, primero lo hizo con cierto fastidio, luego por necesidad, y después por simple y llano placer. Ingeniero de profesión y bohemio de corazón, ahora era comerciante de diferentes artesanías de varias partes de México, pero sobre todo de artesanía maya, redituándole económicamente más que sus anteriores trabajos profesionales. Por fin tenía su propio negocio, y lo atendía personalmente. Su madre se atrevió a decirle dos o tres veces, antes de que él le mandara una franca mirada de ¡basta! que para qué tanto es-

tudio, tanto desvelo, tanto prestigio, para ahora terminar ivendiendo artesanía! Sí, decía “*artesanía*”, pero indudablemente lo decía en un tono que sonaba claramente como si dijese: “¡Para que terminaras de verdulero!”. Pero al pasar los meses lo perdonó. No por la mirada de ignominia, sino por atreverse a subsistir, y bien, más allá de un falso orgullo.

Y bueno, a Marcelo le hubiese sido más fácil seguir siendo víctima de burocracias donde no hay cabida para honrados con mentes brillantes, o buscar un bar en donde ganarse la vida modestamente por medio de su música. ¡Ah! ¡Quién le pagara por acariciar su guitarra! (Ésta, como esposa paciente, ya estaba acostumbrada a la esporádica visita de su bohemio amante) Pero Marcelo, además de sus ya mencionadas virtudes, padecía de ser tremenda, pero tremendamente responsable. Tenía hijos en la universidad que sacar adelante y una esposa exigente. Había que producir más ¡absolutamente ya!, ante las crecientes cuentas por pagar. Ordenado, riguroso y optimista, abría todos los días su tienda como quién abre un regalo y está expectante ante la sorpresa, porque él estaba plenamente convencido que todos los días ocurría un milagro Divino que le permitía cubrir con holguez sus expectativas del día. Siempre decía, Señor, hoy necesito no menos de tanto, tú sabes que tengo que pagar esto y lo otro... Y curioso, nunca se aborazaba pidiendo de más, y el milagro se sucedía una y otra vez casi en la cantidad exacta que pedía. Y cuando el milagro no llegaba (cosa no común) decía, bueno, hoy necesité alguien *el milagro* con más urgencia que yo.

Era toda una delicia verlo dar toda una cátedra sobre arte maya a los extranjeros, en su escueto –y gestualizado en ruso- inglés. Estos no dejaban de asentir y de abrir cada vez más los ojos, sabrá Dios si por la asombrosa y rica cultura maya, o por El Señor Entusiasmo de Marcelo tratando de vencer obstáculos lingüísticos. Porque eso sí, ellos no dejaban de preguntar y preguntar, y él no dejaba de hablar señalar, y mostrar todo su saber sobre el Calendario Maya, o de aquella estela descubierta relativamente en reciente fecha, “La Sentencia” que desmitificaba la creencia romántica de que el pueblo maya no había sido un pueblo bélico. O les hablaba de las réplicas exactas que representaban a diferentes dioses, como a Itzel, Itzamná, o Chac. Y al final,

siempre dejaba como postre, la explicación de la estela de Pacal, que por la posición del personaje y los elementos que lo rodean parece ser un astronauta en su nave, despertando la fantasía y la imaginación de todo el que la ve. Y lo hacía con tal entrega que a veces olvidaba que el objetivo era vender, descuidando a otros clientes que preguntaban costos por otro tipo de artesanías y esperaban ser atendidos. Después de su discurso, a veces le compraban, a veces no, pero tanto a clientes como a vendedor, siempre les quedaba una sonrisa de satisfacción por el excelente servicio.

Él pensó, bueno, esto me gusta, funciona y cubre mis necesidades económicas. Se sintió feliz de dar un servicio digno y de ganarle a la mercancía lo justo, aunque sus vecinos comerciantes constantemente le reclamaban por vender “tan barato”. Pero por ser digno y justo, le pasó lo que le pasó. Todo empezó cuando el turismo que llegaba a su tienda, sobre todo los extranjeros con poca cultura, le regateaban hasta la indecencia, ofreciendo precios irrisorios por su querida mercancía. Ofrecían hasta el 70 % menos del precio en etiquetas, en artículos que denotaban todo un proceso minucioso de elaboración manual y una fuerte carga artística y cultural. La primera vez que le pasó, se rió, pensando que el cliente bromeaba, pero cuando vio que no bromeaba y prepotentemente insistía en su oferta, Marcelo le dijo amablemente: “mi zorry, mi kannnt” (*I’m sorry, I can’t*). Y ante la testarudez del cliente, dijo llana, digna y claramente NO. Cuando esto empezó a ser cotidiano, el enojoso asunto se le empezó a ir al hígado como una gotera imperceptible. ¡Si no tenía un puesto de chicles al aire libre! Y además, qué querían, ¿que trabajara *di-a gratis*? Este sentimiento se le quedó guardadito, calentito, invernando, justo para brotar en el momento preciso...

Un día le llegó una caravana de incautos a su tienda. Digo de incautos, porque precisamente ese día Marcelo no andaba de humor. Era uno de esos días en que tal parecía que muchos, pero muchos otros habían tenido mucho más urgencia del milagro Divino, y sus ventas andaban por los suelos, así como su alicorto ánimo. Pero recordemos que él era sumamente responsable, por lo que los empezó a atender como se debía, con amabilidad y eficiencia. Cuando los vio interesados en la cultura maya, le subió un poco el ánimo al ver que sus clientes eran

hispanohablantes y así podría explayar su adoptado orgullo maya en una explicación en su propia lengua. Le preguntaron y le repreguntaron, y él explicó y reexplicó. Una vez terminado su minucioso discurso, vio con asombro como la mitad de la caravana le decían -¡muchas gracias!- y salían muy contentos de la tienda pero sin siquiera dignarse, por consideración a su tiempo, a preguntarle el costo de la mercancía. Tomó aire, y dijo, aún hay más clientes, no se han ido todos, necesito el milagro del día. En eso uno de ellos le preguntó: ¿En cuánto me deja esta escultura maya? (era una preciosa pieza tallada en madera, del dios del Infortunio). Marcelo le contestó que \$200 pesos. El cliente miró la pieza y le dijo, le doy \$50 pesos. Para el infortunio del cliente, ese fue precisamente el momento en que afloró ese sentimiento que ya no estaba calentito sino al rojo vivo en el hígado de nuestro amigo. Marcelo se le quedó viendo muy seriamente. De seguro el cliente pensó que estaba pensando muy seriamente en aceptar su regateo, porque empezó a sonreír, cuando Marcelo le dijo con toda calma:

—Se lo regalo ...

—¿Perdón? — Le respondió el cliente.

—Sí, se lo regalo. Si usted considera que ese es el costo de horas y horas de trabajo de nuestros artesanos mayas para ganarse el mísero pan del día, mejor se lo regalo...

Al hombre se le borró la sonrisa de la faz de su atrevimiento.

Para entonces, el resto de la caravana que andaba curioseando en la tienda, hicieron una pausa para ser testigos de esa inusitada escena. Tal vez pensaron que sólo era una irónica broma de Marcelo, pero después se vieron incluidos en ese caso de la vida *rial* cuando Marcelo ya fuera de sí, empezó a decir en voz alta -¡¡Pasen, pasen, todo es gratis, pasen!!- con gestos, tono y desplazamientos que se usan como para invitar entrar a un circo. Se hizo un silencio sepulcral, como el de las mudas estelas e ídolos mayas en los estantes. Después de unos momentos el silencio fue roto por la voz juiciosa de un hombre que venía con la caravana, y que tomando la voz del grupo dijo:

—Le ofrecemos nuestras más sinceras disculpas...

Y luego ocurrió el milagro. Tanto los de adentro como los que habían estado afuera, se miraron con complicidad, y empezaron animadamente a escoger mercancía.

Marcelo, desde esa ocasión, cada vez que un cliente le hacía una proposición indecorosa le decía: Se lo regalo, si usted considera... Y la más de las veces se hacía la venta y ni le pedían descuento. Pero por supuesto, le llegó a tocar el descarado que le contestó: “¡Muchas Gracias!” y campantemente salió con el bulto bajo el brazo sin pagarlo. Marcelo, pasada la sorpresa, sonrió con picardía, pues sabía que cada vez que esa persona viera su ídolo maya en la cabecera de su cama, le recordaría callada, pero elocuentemente, su codicia. ¡Ah! ¡Esto de ser ídolo maya con tal elocuencia de palabra!

Lo único que lamento, es no estar ya en aquel segundo anaquel de madera, y poder ver a Marcelo abrir cada mañana su tienda con una sonrisa, como quién abre un regalo Divino...

UZCÁTEGUI GÓMEZ GEORGINA INÉS

georginainesuzcategui@gmail.com

Nació en Maracaibo, estado Zulia (1969), narradora y abogada, graduada en la Universidad Central de Venezuela (Caracas)), está dedicada al Libre Ejercicio en las áreas de Derecho Público, Mercantil, Ambiental, Cooperativismo, y asesoramiento a particulares e instituciones en estos aspectos, tanto en la ciudad de Mérida como en el Distrito Capital (Caracas). Ha trabajado en la Corte Primera de lo Contencioso Administrativo (1994-2002), Despacho de Presidencia, como Abogada Asociada I, y como Coordinadora del Departamento de Jurisprudencia de esa institución, también se ha desempeñado como Asistente a la Coordinación de Actividades de Extensión en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la UCV. Ha trabajado en la Corte Primera de lo Contencioso Administrativo (1994-2002), Despacho de Presidencia como Abogada Asociada I, también como Coordinadora del Departamento de Jurisprudencia de esa institución, también se ha desempeñado como Asistente a la Coordinación de Actividades de Extensión en de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la UCV y en la Fundación de Derecho Administrativo (FUNEDA). Ha realizado los talleres literarios de poesía, narrativa y ensayo promovidos por la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la ULA (DAES) durante los años 2004 y 2005.

OBRA LITERARIA: Tiene en su haber la realización de una serie de cuentos recopilados en el libro titulado *Pequeña Crónica de la Convivencia y otros rencores* y una compilación de poemas reunidos bajo el nombre de *Historias de Mo Bai*. Uno de sus artículos “*Crónica sobre la Fiesta de San Benito, de Mucuchíes*” fue publicado en el de la revista *Valdeoleacolor* (cuarto trimestre del año 2005), del Ayuntamiento de Valdeolea, Provincia de Cantabria (España).

MOIRA

Moira estaba furiosa, con su mirada oscura escrutaba con indignación el rostro de su hermano Eris José quien la observaba de reojo midiendo sus reacciones. La discusión que acaban de tener giraba como siempre en torno a las entradas y salidas de ella, las amistades que la frecuentaban, disfuncionales y holgazanes, en opinión de él, vestidos con lo que nadie compraba en las tiendas y oliendo a tabaco barato. Esta última observación era la que más le molestaba.

—Quién te crees para venir a juzgar a mis amigos, ubícate, el único que parece un alienígena eres tú con esos audífonos pegados a las orejas todo el dichoso día siempre hablando del efecto Mariposa, Blade Runner, y los manga japoneses, sólo para impresionar a esas amigas tuyas que parecen promotoras de licorería. El muchacho recibió el hiriente comentario con indiferencia, pero tampoco contestó esta vez, sabía que su hermana seguiría subiendo el tono de su reclamo. Esa era su perdición, un carácter volátil, y al final ella sería la sospechosa habitual, la causante única de la discordia filial. Era exquisito, para este incipiente inquisidor observar el paulatino desmoronamiento que iba causando en la paciencia y autoestima de “Moirita, ver el efecto que causaban sus pequeñas crueldades cotidianas. Como aquella de reprocharle un desorden doméstico inexistente, o el tiempo que ocupaba el baño y el uso inadecuado (nunca explicó que debía ser lo adecuado) de la computadora y de su DVD, que iban socavando la paz interior que Moira intentaba rehacer cada mañana.

Pero, ¿qué causaba tanto encono entre ambos hermanos, qué evento infausto levantaba entre ellos tal grado de animadversión mutua? Simple, se trataba de un antiquísimo conflicto que se perdía en la bruma de tiempos ignotos, causante de guerras fratricidas, persecuciones irracionales y resentimientos ancestrales: un mero problema de ocupación territorial, de espacio invadido, de intolerancia ante un presunto orden catastral doméstico.

Eris José acostumbrado a un ritual cotidiano en donde lo inodoro e insonoro eran vitales para su mente analítica, la Diosa Razón, le daba todos los elementos para mirar a los demás mortales como seres sujetos a los caprichos del Dios Baco, del volátil Apolo o de la pérfida Afrodita, y en este grupo incluía a su hermana, era lógico que su llegada y estadía, que temía permanente, amenazara su aséptico mundo.

La última discusión llena de sarcasmos, había hecho que la joven mujer perdiera el control de sus emociones, que por demás tenía siempre a flor de piel, no en balde era escritora por vocación y poetisa por distracción; la explosión verbal ocurrió justo en el momento en que hacían entrada triunfal e inesperada en el apartamento, los etéreos progenitores de la singular parejita y al ser ella la que gozaba del prestigio de prima donna, la culpa recayó sumariamente sobre su persona.

Desde ese último incidente, Moira no dejaba de elucubrar en sucesivas noches de insomnio, la forma de quitarle el antifaz de infalibilidad a su pequeño Robespierre; pero la oportunidad surgió inesperada, a nadie le falta Dios (incluso para los agnósticos), la Providencia vino a restaurar el equilibrio en su escindida existencia.

Una noche en que asistía a un recital de poemas, ante lo desangelado de lo que se leía y lo desabrido del acompañante, decidió regresar a su casa antes de la hora prevista. Llegó al apartamento y entró con el menor ruido posible, -el cancerbero debe estar durmiendo, pensó- y cuando se disponía a entrar a su cuarto un ruido consecutivo y frenético, seguido de suspiros y gemidos afónicos, le hicieron acercarse a la puerta de la habitación de Eris José; estaba entreabierta y bastó un pequeño empujón para que abriera por completo y no pudo evitar un súbito ataque de risa ante el espectáculo de su hermano haciendo el amor en una posición acrobática e insólita con la hija del conserje del edificio, a quien el muchacho gustaba de criticar viperinamente, ante sus compañeros de universidad, por sus lycras chillonas y su forma de hablar intercalando la R por la L; Moira no pudo parar de reír, mientras la atribulada joven salía de la habitación murmurando excusas ininteligibles; siguió riendo cuando él recogía nerviosamente sus cosas personales desperdigadas por el suelo, Eris José oíría en adelante retumbar las carcajadas en su cabeza cuando intentaba exponer sus argumentaciones habituales. Cesó de torturar a su ahora risueña hermana, cuya mirada condescendiente le recordaría por el resto de su vida que él sólo era un bípedo lugar común, quedando en evidencia ante la última persona en el mundo que hubiera querido como testigo burlón de su humanidad.

FLAVIA

Yo necesito... flores brotadas del fuego...

exclamó el Rey, danos flores

Novalis

Flavia demostró siempre tener una fascinación morbosa por todos los usos del fuego. No en balde estudió Química para estar más cerca de lo que fue su primer amor. Las primeras imágenes que recuerda de su

niñez son unas llamaradas azules y rojas que brotaban intermitentemente del horno de leña en que su abuela cocinaba toda clase de alimentos para agasajar a la familia cuando, una vez al año, se acercaban a su olvidada casa a hacer la acostumbrada visita de Navidad (también podía ser durante las vacaciones escolares). Más de una vez hubo que alejarla de las llamaradas, que cada cierto tiempo cubrían pequeños sitios de la amplia montaña donde esa misma abuela vivía, pequeños focos de candela que los parceleros, en sus modos arcaicos de hacer agricultura, propiciaban en sus propias tierras.

Nunca olvidó la oportunidad en que su hermano jugando con aviones de papel y queriendo simular la propulsión a chorro, encendió la cola de uno de sus juguetes volantes con fósforos y habiendo hecho la nave de papel una barrena perfecta dentro de la habitación de sus padres, vino a aterrizar en las cortinas recién estrenadas, provocando tal desaguisado que todavía se recuerda dentro del anecdotario familiar; lo que ella recordaba con claridad de ese incidente era la belleza de la flama subiendo sinuosamente y sin interrupción sobre la delicada seda del cortinaje, el chisporroteo del cortinero retorciéndose al contacto con el fuego. Sus noticias y documentales preferidos eran todos aquellos que tratasen de incendios forestales y de expediciones de vulcanólogos, no en balde siempre tuvo gran admiración por los bomberos y los científicos que tan intrépidamente estaban en contacto con los fluidos ígneos y los vapores sulfurosos.

La simpatía térmica que era evidente en su conducta, le provocó no poca incompreensión en su entorno familiar e incluso laboral; en este último su costumbre de no apagar por completo la colilla del cigarrillo, sino colocarlo encima de pequeños trozos de papel para verlos consumirse dentro del mismo cenicero, causaba molestia entre sus compañeros de trabajo cuando el excremento del fuego empezaba a esparcirse en las áreas comunes.

Flavia era una lectora voraz y en los pocos momentos libres que su absorbente trabajo y responsabilidades domésticas le dejan, se entretenía leyendo todo tipo de literatura referida al medioevo, con preferencia por todo lo referido a la alquimia, esa pseudo ciencia que habla sobre la técnica del fuego controlado. Es allí donde las imágenes que la perturban y seducen sobre ese elemento adquieren un sentido concre-

to para ella, y en su agenda transcribió un párrafo que la impresionó desde la primera vez que lo leyó: “...la filosofía del fuego en la alquimia está dominada, por otro lado, por especificaciones sexuales muy netas. Un autor anónimo escribía finales del Siglo XVII: Hay tres clases de fuego: el natural, el innatural y el fuego contra natura. El natural es el fuego masculino, el principal agente, pero para lograrlo es preciso que el artista emplee todas sus cualidades y todo su estudio, pues tan delicado es en los metales y está tan concentrado en ellos, que sin un trabajo obstinado es imposible ponerlo en acción. El fuego innatural es el fuego femenino, el disolvente universal, que alimenta los cuerpos y cubre con sus alas la desnudez de la naturaleza y no es menos trabajoso de obtener que el precedente. Este fuego aparece bajo forma de humo blanco y ocurre con frecuencia que se desvanece bajo esta forma por negligencia de los artistas. El fuego contra natura es aquél que corrompe lo compuesto y el primero en poseer la potencia de disolver lo que la Naturaleza había unido fuertemente”, pensar en estas líneas con cierta regularidad, alejaba la sensación de extrañeza que los demás le hacían sentir ante la atracción indudable que sentía ante lo flamígero.

Una tarde cualquiera de mayo, a poco de salir de su trabajo, caminando por el boulevard que bordeaba una de las tantas avenidas de su ciudad, percibió un vago olor familiar, mezcla de resina flambeada, corcho chamuscado y metal derretido, se detuvo unos segundos tratando de detectar de donde procedía. La mirada desorbitada y curiosa de los demás transeúntes le hizo levantar y fijar la vista en una torre de oficinas, sede de un connotado banco de la urbe, que ardía como paja seca, sin control. Desde las grandes ventanas panorámicas de la edificación, brotaban las llamas intermitentemente anunciando con anticipación su presencia amenazante en cada estallar de las ventanas panorámicas, que como granizado de vidrio, se esparcía por la atmósfera. Era un espectáculo de pirotecnia, para Flavia, ver como los distintos materiales que formaban la antes soberbia estructura de cristal y concreto se veían expuestos en su condición elemental por acción de la fuerza del calor que los reducía a su mínima expresión. Tuvo que hacer acopio de un acto de voluntad para dejar de observar, con mórbida alegría, la visión incandescente que ofrecía el edificio ardiendo hasta

casi sus cimientos. Pero este episodio no lo pasó por alto, su padre, hombre de naturaleza reflexiva, con quien la joven mujer mantenía una comunicación casi telepática, compuesta con palabras y silencios sobreentendidos, tan distinta a la que mantenía con su madre, mujer locuaz y algo dispersa. Él siempre observó con preocupación esa peculiar afición de su hija, y aunque la etapa de las imprudencias infantiles sobre el tema había pasado hace ya bastante tiempo, cuando ella con todo lujo de entusiastas detalles le había contado lo ocurrido al incinerado edificio, el hombre, precavido y amante progenitor, le sugirió con sutileza que debía andar por sitios más seguros en una ciudad que cada vez tenía menos lugares transitables, y que era recomendable que empezara a pensar en la posibilidad de conseguir un nuevo empleo que estuviese ubicado en un entorno menos urbano y congestionado, sugiriéndole con delicadeza tomar unas vacaciones, de las cuales él correría con los gastos, —ese tantas veces postergado viaje a Europa— a fin de reponerse de un trabajo que no le dejaba tener vida social y le ayudara a pensar con tranquilidad sobre ese cambio en sus expectativas laborales. Pese a las protestas de ella afirmando calurosamente que se sentía realizada profesionalmente, el siguiente fin de semana se hallaba, boleto en mano, esperando la salida de su vuelo y rodeada del afecto de sus familiares y amigos que se disponían a despedirla en medio de las risas y lágrimas de rigor. Y el viaje no fue en vano. En el último periplo de la ruta que culminaba en Italia, conoció en la luminosa y podrida Venecia a un joven alto, moreno y despreocupado, que le enseñó a descubrir los sitios encantadores y poco conocidos de esa ciudad. Juntos recorrieron las ruinas de Pompeya que ella por nada del mundo quiso dejar de conocer. Se extasiaron ante el espectáculo que ofrecía el adormecido volcán Etna desde el balcón de hotelito en que ambos se hospedaban en la tórrida Nápoles.

De regreso a su país, que resultó ser el mismo de Alberto, el joven moreno y alto; la entusiasmada Flavia lo presentó ante su familia y su cálida personalidad (la de Alberto) contó con la aprobación tácita del aliviado padre y la alegría de su atolondrada progenitora.

Impacientes, sabiendo que no podrían esperar a la luna de miel que se avizoraba en el horizonte, los dos jóvenes se escaparon al rincón más íntimo y frío que pudieron ubicar en las afueras de la metrópolis,

por primera, y felizmente, no por última vez en su templada existencia, Flavia descubrió en el cuerpo de Alberto lo que era arder de pies a cabeza, envuelta en una flama que brotaba del centro de su corazón y se posaba multiplicada en cada poro de su piel, el fuego que ella buscaba a tientas en tantas cosas y que descubriría alborozada en los ojos de él, los cuales le hacían recordar una frase leída en plena adolescencia, cuyo significado ahora entendía con claridad meridiana: *“Eros dejó caer la daga. Corrió hacia la princesa e imprimió un beso de fuego sobre sus frescos labios”*.

VEGA OLIVENCIA CARMEN AMARALIS

cvegaolivencia@yahoo.com

Nació en Mayagüez, Puerto Rico (1948), es doctora en Química Física (Universidad de Florida). Obtuvo una Maestría en Química Nuclear en la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez (RUM). En la actualidad se desempeña como Catedrática de Química en el RUM. Actualmente dirige varias tesis de maestría en Termodinámica y en estudios electroquímicos de drogas anticáncer. Su sensibilidad creadora, tanto en las ciencias como en las artes, la fue llevando a la poesía. Tiene en su haber numerosas investigaciones científicas publicadas, además en el área de la literatura. Es miembro de la Asociación de Escritores de Mérida.

OBRA LITERARIA: En literatura infantil: *Comarca de sol y luna* (1996). En poesía: *Espectros en caricaturas de mi alma* (1995), *Espejo místico* (1996) y *Ojos tatuados* (1998), *Añoranza en desconcierto y espectros de ojos místicos* (2004). En narrativa breve: *Vida y magia: Entornos y sortilegios* (2004) todos editados por la Editorial La Escarcha Azul, Mérida, Venezuela. Ha sido editada en la *IV y V Antología Internacional Sensibilidades* (Madrid, 2003, 2004, 2005). <http://rto02r3k.eresmas.net/>

¿JAPONESA O JAPONÉS?

Esa mañana el cartero me entregó un sobre certificado en mis manos. Llegaba de Japón con el sello del Consulado Norteamericano. Me puse pálida y fría. Sin darle las gracias al cartero, con manos sudorosas, desgarré el sobre con prisa. *Dear Dr. Vega, you has been awarded...*

El cartero se quedó unos minutos mirándome, como presintiendo que algo especial traía esa carta. Seguramente que seguía mis ojos y mis gestos mientras leía, porque nada que se iba. Estaba paralizado viéndome, no se movió hasta que me escuchó gritar como loca: Lo logré, lo logré, lo logreeeeeeeee.

Hacía un par de meses me puse las pilas y envié una propuesta al gobierno de Japón para desarrollar una batería que generara energía eléctrica con desperdicios humanos. Interesante ¿verdad? Pero dentro de mi corazón me preguntaba que a quién más se le ocurriría semejante disparate, que ni soñara con la beca. Acompañaba la carta un formulario para solicitar al Consulado la visa como científica por un

año. El documento se llenaba en inglés. Cumplí con todo el papeleo. Y, se cumplió.

Al llegar a Japón, en el terminal de TWA me esperaba una delegación de científicos del Instituto de Química Física de Tokio (RIKAGAKU KENKIUSHO), con un letrero de bienvenida y mi nombre en letras grandes. Me dirigí a ellos y les di las buenas noches en Japonés (debo confesar que me había devorado el curso Berlitz de Japonés comercial.). *Hi Mrs Vega. ¿Where is Dr. Vega?* Me preguntaban qué donde estaba Dr. Vega. Yo soy doctor Vega, les dije. Debieran haber visto la cara de espanto que pusieron. ¡¡¡Una mujer!!!, una mujer... Se les acabó la paz y el alborozo. Como habían organizado una fiesta de bienvenida en una casa de Geishas en Ginza Dori (avenida Ginza), allí me llevaron sin saber qué hacer conmigo. Yo miraba todo con un sueño inaudito. Llevaba más de 28 horas de viaje y me sentía sucia, y aturdida. No recuerdo bien si alguna geisha me dio masajes en el cuello, creo que sí, me tomé dos sake y quedé dormida en los brazos de alguno de aquellos genios de la electroquímica.

Lo siguiente que recuerdo fue despertar en una habitación con la mirada atenta de una sirvienta, que con una toalla en su brazo, esperaba paciente que abriera mis ojos para tomarme de la mano y llevarme al baño de una enorme residencia. La seguí medio sonámbula, para encontrarme con una escena aterradora: un cuarto enorme con un sauna de agua caliente, y cinco personas completamente desnudas. Padre, madre, hijo adolescente y los abuelos. Luego me enteré, que sería la familia que me hospedaría por una semana mientras me familiarizaba con Tokio. Hablaban inglés. El señor de la casa era nada menos que el director de Nijon Broadcasting Corporation, la trasmisora mundial de Radio Japón.

Como, “donde fueres haz lo que vieres”, con más vergüenza que discreción, me quité la camiseta con que dormía y en cueros caminando de espaldas, con algo de rubor, me metí al agua caliente que me supo a gloria. El abuelo no salía de su asombro, por más que su cultura le obligara a disimular, jamás había visto un trasero tan grande en su vida. Vino, con todos sus respetos, a tocármelo para asegurarse de que era real. El joven siguió el ejemplo del abuelo, y antes de que me diera cuenta, tenía a toda la familia encima de mí, acariciando casi con vene-

ración, y mirando embelesados las curvas de mi cuerpo caribeño, que era en estatura casi el doble de la de ellos. No sé qué recuerdos ancestrales me traía aquella escena. La verdad es que muy rápido me sentí completamente a gusto con la situación y estuvimos como media hora todos riéndonos y bañándonos unos a otros armoniosamente.

LA ÚNICA Y VERDADERA

Cuando me fui a estudiar a Estados Unidos de Norteamérica (USA), la administración universitaria me colocó en un dormitorio internacional con gentes de todos los colores y religiones.

Los apartamentos consistían de una sala comedor para ser compartidos por cuatro estudiantes, que a su vez compartían cuarto de dos en dos, con camas pequeñas. La ilusión de la experiencia me tenía en un estado emocional indescriptible y jadeante. Lo que ocurriera después de llorar, un lago, al despedirme de mi madre y mi hermana sería poco inundable. La pasión con que le di el beso de despedida a mi padre, jamás sería superada por la de ningún otro beso a ningún otro hombre. La fe cristiana y la fuerza de mis convicciones eran mis armas más poderosas, para echarle el pecho a la vida y a los estudios.

Llegué con el corazón en la mano, dejé mi maleta en el piso, miré las cuatro paredes que serían mi hogar por cuatro años. Al voltearme, me enfrenté con tres caras más asustadas que la mía. Eran Chichi Chen, Wini Ku y Mihriban Pehgulariuz. Chichi y Wini venían de China a estudiar un doctorado en matemáticas, cargando con su fe, su *Tao Té-king o Daodejing: Libro de la vía y de la virtud*, de su religión Shi Taoísta o Taoísta. Mihriban llegó envuelta en su túnica desde Estambul para completar un doctorado en ingeniería metalúrgica. Nuestras miradas se fundieron en un abrazo tan fuerte que le puso un cinturón de fuerza al Globo terráqueo.

A las cuatro nos esperaba el reto mayor jamás imaginado: demostrarle al mundo que las mujeres podemos con las ciencia, en un mundo dominado por los hombres.

Lo que no sospechamos ninguna de las cuatro era que nuestro reto mayor no serían las matemáticas o la química, sino sostener nuestra

fe religiosa, como la única y verdadera. Wini y Chichi se confabularon en su habitación compartida para que rindiéramos culto a las piedras y al agua, cosa que no se me hacía difícil. Pero Mihriban me colocó *El Corán*, abierto en su primer capítulo, en la única mesita de noche que separaba nuestras camas.

Nuestros desayunos se convirtieron en un sufrimiento. Mihriban no soportaba el olor de la tocineta frita, cosa que era mi pasión matutina. La apariencia de los desayunos de Wini y Chichi eran como para vomitarse de asco. Y, para colmo, cada una rezaba en su idioma y con actitudes de reverencia tales como: con la cara en el piso mirando a la *Meca*, o con los ojos cerrados, o las manos juntas sobre el pecho. Las cuatro nos mirábamos con un cierto grado de repudio e irreverencia. Las cuatro alegábamos tener la única verdad, las cuatro éramos mujeres analíticas; sabíamos que era imposible que la única ecuación de fe se resolviera con cuatro desconocidas diferentes.

Creo que ese primer mes invertimos casi todo nuestro tiempo en auto convencernos de que cada una tenía la única verdad; lo que argumentamos hasta quedar rendidas con la fe. La fe se volvió nuestra obsesión.

Una noche, en la que me proponía rezar un rosario, Mihriban me pidió que dejara la habitación porque necesitaba tirarse a orar de cara hacia la Meca. Nos retorcimos por el pelo, nos restregamos un pedazo de jamón en la cara. Yo le arranqué el manto de la cabeza, mis cuentas del rosario rodaron por el piso. Cuando ya estábamos dispuestas a morir por la fe, entraron Chichi y Wini a separarnos. Lloramos juntas hasta echarnos a reír como locas, y nunca se habló más de religión.

Desde ese día terminamos todas meditando o rezando nuestras oraciones mirando hacia la Meca. Chichi y Wini con su *Tao Té-king*; Mihriban con su *Mahoma* y yo con mi *Cristo Crucificado* y con *Las meditaciones de Kempis*.

Finalmente, nos convencimos de que las tres religiones eran la única y verdadera.

NECESITO CONOCER A ESE MUCHACHO

Aún recuerdo la cara de Mami aquella madrugada de ensueño, cuando regresé del baile. Eran como las cinco de la mañana. Sigilosa entré a la casa, no quería despertarla, mucho menos a Papi. Para mi sorpresa, la encontré sentada en mi cama con la más amplia sonrisa, y creo que con un poco de malicia en sus ojos pícaros y claros como los de la luz en los trópicos cuando comienza el verano.

Era mi primer baile sin chaperona. Despuntaba los dieciséis años y por primera vez Don Ismael, mi padre, accedía a permitirme ir a una fiesta sin Mami, o mis tías, acompañándome. El régimen que imperaba era militar, pero amoroso.

Recuerdo las instrucciones de Mami mientras me ayudaba a ajustarme el bello traje azul con alencón y lentejuelas nacaradas, tan difícil de cerrar por los muchos broches que se cruzaban en la espalda.

Muy pícaro me dijo: -No aceptes Coca Cola abierta, no dejes que se te peguen mucho los muchachos cuando bailes boleros, Titi. Mira hijita, que a los muchachos les da dolor de cabeza. Ellos son muy frágiles, hay que protegerlos. No lo hagas por ti y tu vestido, hazlo por ellos. Y si sientes algo duro por los bolsillos de sus pantalones, esas no son sus llaves.

Intrigada le pregunté ¿qué podía ser, si no eran las llaves?

Con un suspiro y una rápida evasiva, me dijo que algún día yo misma lo averiguaría, que eso eran secretos que la vida me iría revelando, y no era conveniente que ella me los adelantara.

—Todo a su tiempo, cariño, todo a su tiempo.

Cuando estuve lista, Papi pasó inspección sobre mi aspecto. Me hizo girar varias veces sobre mis tacones, subirme un poco más alto el escote del traje y bajarme el color de los labios. Finalmente, luego de hacerme varios piropos, nos dirigimos a su auto para transportarme al club en el centro del pueblo.

Por el camino me indicó no regresar muy tarde y me dio el número de teléfono que debía llamar para ser recogida por un taxi cuando quisiera regresar. Todo previamente dispuesto por él para tal encomienda.

—Es que eres la luz de mis ojos, me dijo. Debía cuidarme. Agradecida le di un beso en la mejilla y subí las escaleras casi corriendo para reunirme con mis amigas en los salones.

De regreso de aquella inolvidable y sublime fiesta, quería contarle a Mami con todo lujo de detalles lo feliz que estaba, lo mucho que había bailado boleros bajo las estrellas, en la terraza del club; lo divinas que habían estado mis amigas y lo guapo que era Conrado, el joven con el que bailé casi toda la noche.

—Mami, ¡había una luna llena espectacular! Y Conrado baila divino.

—Dime hija, ¿Te besó?

Noooooooooooooo Mami, no me besó. ¿Cómo se te ocurre?

—Y dime hijita ¿fue caballeroso?

—Siiiiiii Mami, y es belloooo!!! Y te cuento, llevaba un llavero bien graaaaande en el bolsillo izquierdo.

Con cara de espanto, yo diría más bien con cara de terror, que jamás olvidaré, mirándome bien profundo a los ojos y aguantando la respiración, me dijo:

—Mi amor, necesito conocer a ese muchacho.

ZURLO ANDREA

rzurlo@aliceposta.it

Nacida en Rosario, Argentina (1963), narradora, traductora literaria y técnico-científica. Desde 1990 vive en Grosseta-Toscana (Italia) donde desarrolla su profesión. Es miembro de la Asociación Nacional Italiana de Traductores e Intérpretes (ANITI).

OBRA LITERARIA: Tiene inédita una novela que se encuentra en revisión. Textos de su autoría fueron publicados en la *Revista Literaria Sensibilidades* y en la Web *El Escribidor*. También participó en la publicación colectiva *Antología Internacional Sensibilidades Oro* (Madrid, Galicia, 2005).

DE LOS ARDORES DE DOÑA CARMENCITA Y EL CIRCO

El "saltador" se le apareció delante de improviso, justo mientras ella estaba pasando por enfrente del carro descolorido y destartalado donde él vivía. Fue un instante.

Fueron dos segundos intensos, llenos de una mirada inagotable, que dejaron a doña Carmencita García Salgán con el estómago alborotado.

Ella lo había notado mientras miraba el espectáculo desde su palco. Era el que brincaba más alto de los "3 hermanos saltadores mejicanos", que hacían piruetas en el aire, rebotando como langostas sobre una cama elástica. La señora Carmencita no se perdió ninguno de sus movimientos armoniosos y observó detenidamente cada uno de sus músculos que la malla ajustada resaltaba: extensión-contracción. Equilibrio perfecto.

Entre saltos mortales y volteretas fue que se les cruzaron por primera vez las miradas y ya no las pudieron desatar. Doña Carmencita abandonó el circo, con íntima reluctancia, del brazo de su marido, el Dr. García Salgán, y junto a sus tres hijas: Luna, Sol y Nieves, las tres acicaladas de domingo como paquetes de regalo y aún con el brillo del caramelo y el blanco de los copos de azúcar pegados en los labios.

Esa noche, durante el sueño, doña Carmencita se vio brincando acoplada a su "saltador mejicano", lo que la perturbó considerablemente ya que, por educación y costumbre, era una mujer de sólidos principios morales, que siempre supo sofocar los instintos. Pero ese

sueño la llenó de calor, le hizo arder los labios, le abrasó la piel y se despertó sacudiéndose en un deleite que nunca antes probara en manos del flácido y desparramado Dr. García Salgán, que a su lado roncaba sin pudores. No es necesario decir que esa noche doña Carmencita no volvió a dormir, que repetidamente se levantó de la cama para irse a mirar al espejo del tocador, notando que ahora le brillaban los ojos, que sus cuarenta años se le hacían más ligeros, que los senos se le inflaban de nuevo como frutas blancas madurando con un calor secreto.

A la mañana siguiente, con la excusa de haber perdido una pulsera en el circo, allí se fue sin saber con qué objetivo. Una mujer sobre zancos la condujo hasta la pista para que hablara con el Director. La luz del día rompía la magia nocturna y el circo era un terreno lodoso, con una triste tienda verde y roja rodeada de caravanas y de carros pobres, con gentes que ensayaban sus números sin gran exaltación, sin las sonrisas de la noche, sin los paillets ni el maquillaje pesado. El Director estaba parado en medio de la pista, el sudor le caía copioso por el rostro, formando pequeñas cascadas en los montículos de sus numerosos lunares. Olía a elefante, a paja seca y a humedad. Cerca de él un malabarista no dejaba de hacer caer las clavas al piso, y un mozo de pista aplastaba a la contorsionista para ayudarla a entrar en una cajita poco más grande que un alhajero. Mientras explicaba el asunto de la pulsera al Director, doña Carmencita revoloteaba sus ojos buscando inútilmente a "Miguel el saltador".

Una vez afuera de la tienda, esquivando charcos en el barro general que todo lo cubría, escoltada por un enano servicial, quizás el más alegre de la compañía, el caso o el destino quiso que nuevamente se le tropezaran los ojos con los de Miguel, que conversaba sin entusiasmo con el payaso. Doña Carmencita sonrió con gentileza al payaso que se había levantado el sombrero para saludarle y miró de soslayo los ojos oscuros de Miguel, que le regalaban su mirada cálida y viril.

Dos días tuvo que esperar Doña Carmencita hasta aquella mañana que nunca olvidaría, cuando el enano entró en su tienda de mercería seguido por el saltador forrado por una chaqueta de twid, que le daba un aire menos imponente y más humano.

—Somos del circo— dijo el enano dirigiéndose a Rosita, la dependiente —y buscamos a la señora que perdió la pulsera. Rosita obvió al

enano y miró con gusto a Miguel, casi como si pudiera ver lo que esa chaqueta ocultaba, y llamó a la señora, que no se hizo esperar y les hizo pasar de inmediato a la trastienda.

—Gentil dama, tenemos buenas noticias para usted — dijo el enano con reverencia y gracia, ostentando una voz más alta que su anatomía. Miguel, el saltador, parecía un poco acobardado, la mirada se le había languidecido y se balanceaba incómodo sobre la tierra firme.

— ¿Es esta su pulsera, señora? — preguntó Miguel abriendo la mano y mostrándole una cadena delgada de metal amarillento. Quedó un poco perpleja doña Carmencita al oír la voz del saltador, que parecía más bien un truco de ventrílocuo del enano, de cuanto era pequeña y gangosa; sin embargo, el recuerdo de su sueño no admitía desilusiones.

Ella permaneció en silencio evaluando la respuesta, porque nunca supuso que su plan podía convertirse en realidad y que alguna vez tendría que haber tomado una decisión tan importante en un tiempo tan infinitamente breve, condensado en un adverbio: sí o no.

¿Cómo podía decidir algo así en unos pocos segundos? ¿Continuaría toda su vida vendiendo botones en esa ciudad pequeña y olvidada? ¿Seguiría huyendo de su hogar con la mente, mientras preparaba bizcochos para una estrella, un satélite y un fenómeno atmosférico insaciables, voraces como su padre les había hecho? ¿Era probable tirar todo por la ventana por un desconocido? ¿Era justo seguir soportando a ese marido impuesto por su madre, mantecoso e insípido, religioso y conservador, aburrido y melancólico? No podía seguir desperdiciando su vida, quería ver otros lugares, quería sentir otras sensaciones, quería que se le erizaran los pelos de la espalda.

Las sensaciones no se hicieron esperar y el pelo se le erizó por mucho tiempo en el carro del saltador, que había desalojado a sus hermanos, quienes se mudaron a la caravana del enano que, después de todo, ocupaba poco espacio.

Ahora, a Carmencita, la edad se le volvió casi adolescente, los ojos se le llenaron de resplandores y lágrimas, y los senos le explotaron en el sostén. Ambos quedaron atrapados dentro de una telaraña de placeres. A él no interesaba la edad de ella, a ella no interesaba el escaso

futuro de él, que en pocos años dejaría de saltar por la artritis y se limitaría a limpiar la jaula de las fieras, hasta una trágica mañana, pero de muchos años después, que le caería como un alivio. En ese instante contaba sólo ese instante, ese minuto, ese calor interminable, esa excitación eléctrica que contagiaron hasta a los animales enjaulados.

El Dr. García Salgán fue a buscarla hasta con la policía, sufriendo sobre todo por su apellido pisoteado, pero Carmencita no aceptó desacomplarse, ni abandonar el circo. Probó también llevándole a Sol, Luna y Nieves, pero la madre se limitó a decirles que la vida es una sola y que es mejor aprovecharla antes de ser cadáver. Como último recurso, el Dr. García Salgán probó llevando a su suegra, pero sólo logró que Carmencita se vengara de la madre y con gusto le mostrara por la ventana diez posiciones eróticas que había aprendido.

El destino vagabundo de los circos les llevó por todo el país. La vida no era fácil. Era incómoda y sucia. Los malhumores entre los componentes de la troupe no eran extraños.

El Director le dejaba olor a elefante a la mujer del trapecista y el pobre desgraciado terminó por dejarse caer en medio de la pista, abandonando sólo una mancha roja por recuerdo. Los payasos, a fuerza de bofetadas y mamporros, se detestaban vivamente y, cada tanto, se trezaban y daban de cachiporrazos hasta quedar exánimes en medio del aserrín. Los hermanos de Miguel trataron varias veces de correrle la cama elástica mientras ensayaba, porque decían que desde que estaba con Carmencita la vida misma se le había concentrado en el sexo y por ahí se le escapaba. El enano sufría de melancolía desde la muerte de su chimpancé. A Carmencita otra vez le empezaban a pesar los años, las uñas rotas, el trabajo duro, la escoba en la mano para pelear con el lodo, la hornilla en la que cocinar una pobre sopa, los remiendos en la malla de Miguel, cada vez más agujereada... y luego la artritis, las fieras y el olor a bosta...

—No —respondió la señora Carmencita— no, esa no es mi pulsera
—y sintió que algo se le rompía adentro, pero, después de todo, vida hay una sola.

PLENILUNIO

*It's the very error of the moon,
she comes more near the earth than she was wont,
and makes men mad.*

Othelo (act 5 sc. 2)

W. Shakespeare

—¿Has visto qué luna, Sócrates?

—¿Cómo, Platón?

—¡Por Zeus! ¡Deja ya en paz ese matamoscas!

—No lo nombres en vano: sabes que se enfada y se nos viene como una furia o, peor aún, nos manda a su hijito Ares a regalarnos una zurra.

—¡Deja en paz esas moscas! —protestó Platón.

—Es la luna. ¿Ves?, hoy es plenilunio y las moscas se ponen nerviosas —explicó Sócrates con su calma anciana.

—¿Nerviosas?, ¿las moscas? Las moscas son molestas, fastidiosas, no nerviosas.

—Es la luna, Platón, créeme. La luna puede hacer cosas misteriosas: domina las mareas y los nacimientos, domina las menstruaciones y los amores, domina las aguas de nuestro cuerpo y nos vuelve lunáticos cuando anda cerca...créeme.

—¿También influye sobre las moscas?

Sócrates asintió con la cabeza, sin hablar, por temor a que la mosca le entrara en la boca y quedó meditando en silencio.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Platón, observando a Sócrates que, alternando la caza a la mosca, leía un papel en blanco.

—Sí...— respondió Sócrates haciendo una pausa y dando un tono misterioso a su voz —dos normales cayeron en una tela de araña y tres locos andan sueltos, han quemado nuestros papiros y en el mundo de abajo nos han olvidado...

—¡Ohhh! —exclamó Platón— ¿No nos leen más? Sócrates sacudió la cabeza negativamente.

—No valía la pena pensar tanto.

—Ya. Es la luna, créeme —musitó el anciano Sócrates con una mirada triste y lejana—. Era plenilunio cuando me trajeron aquí... quizás... si me hubieran dejado en casa... si no se hubieran avergonzado... ¡Pederasta, pederasta!... idiotas...

—Nos están mirando —le interrumpió Platón con tono cansado. Finalmente se abrió la puerta, pero ellos no se volvieron.

—Es él —murmuró Sócrates—. No lo contradigas... hoy el pobre se cree un galeno.

El enfermero se acercó con su carrito.

—Buenas noches. Tenga, don Sócrates, su cicuta —dijo extendiendo un vaso de plástico y dos pastillas, una roja y una azul.

—Y para usted, don Platón, el vino más dulce —y le entregó otro vaso de plástico con las mismas pastillas.

Esperó a que las engulleran y, al salir, cerró la puerta con llave detrás de sí.

Ambos se quitaron las pastillas de la boca y siguieron mirando la luna que se había pegado a las rejas de la ventana y amenazaba con entrar en la habitación que su luz inundaba.

—Es el plenilunio, no hay nada que hacerle —susurró Sócrates.

DE INCOMPRESIONES Y CELULARES

Resulta que ese día en Barajas, regresando a casa, en Italia, una andaba con la cabeza un poco entre las nubes.

Habíamos quedado de acuerdo con Eva en encontrarnos después de la facturación, o check—in que le digan, y nos teníamos que llamar por teléfono para pasar juntas las dos horas de espera en el aeropuerto. Así pues, después de hacer envolver mi maleta con película plástica, la despaché y me dispuse a llamar a Eva.

Horror de los horrores.

Primero creí que había perdido mi celular o móvil (según las latitudes). Busqué y busqué dentro de mi mochila y nada. El celular último modelo, con sus miles de musiquitas y jueguitos inútiles, recién estrenado, no aparecía por ninguna parte. Comencé a hacer memoria. ¿Cuándo lo había visto por última vez? Dentro de mi bolso. ¿Y dón-

de estaba ahora mi bolso? Dentro de la maleta que había despachado. ¿Estaba apagado mi teléfono? No, porque está siempre encendido como conviene a la electrónica de última generación.

La chica en el mostrador de información decidió que un celular no podía provocar la caída de un avión, que “*si hubiera muchos encendidos puede ser...pero uno*”. Yo decidí que no tenía ganas de caerme con mi avión por culpa de mi teléfono, así es que me decidí a buscar alguien más consciente que escuchara mi problema, y pasé el control de aduana.

El policía que controlaba junto al detector de metales me habló en español, como es lógico que suceda en Madrid, y yo le respondí en el mismo idioma, seguramente con un acento diferente del suyo, dados nuestros orígenes distintos, pues soy nacida en Argentina, pero utilizando palabras igualmente comprensibles. Nuestro diálogo sintético funcionó a la perfección hasta que el oficial vio mi documento de identidad italiano y me dijo: “*¿Entiende usted el español?*” Respondí que sí, ligeramente confundida. Mientras el detector de metales sonaba por segunda vez, provocado por la hebilla de mi cinturón, una señora policía me llamó: “*Venga que así perdemos menos tiempo*”. Me dirigí obediente hacia ella, que me tuvo con las manos alzadas procediendo a palparme. Curiosamente, también la mujer me volvió a preguntar si comprendía el español, aunque fuera el idioma en que estábamos hablando.

Apenas abrieron el mostrador de embarque de *Alitalia* me precipité para informarles acerca del supuesto paradero de mi teléfono celular. La empleada puso cara de terror y me tiró un par de dagas envenenadas con sus ojos: en un segundo yo había conseguido perturbar la eficaz monotonía de su trabajo, y ordenó de inmediato que buscaran mi maleta y la sacaran del avión. Una vez que hubieron embarcado a todos los pasajeros, quienes pasaban junto a mí observándome con una mirada entre curiosa y acusadora, un empleado me acompañó hasta la pista, donde mi maleta me esperaba envuelta en su vestidito plástico. Antes de proceder a desvestirla de sus galas encelofanadas, un miembro de la tripulación, hablándome en perfecto español, me pidió el número de mi teléfono celular; una vez que le di el número me dijo: “*¿Es italiana? ¡Entonces hablemos en italiano!*”

En ese instante me convencí de que poseo algún serio problema de incomprensión lingüística o bien, sencillamente, de comunicación.

Este último señor llamó a mi teléfono celular y los tres, junto con el empleado del aeropuerto, nos pusimos arrodillados en la pista, con el trasero apuntando hacia los diferentes puntos cardinales y con la oreja pegada a mi maleta para oír si sonaba mi teléfono, mientras las turbinas nos tronaban por encima de las cabezas. Mi teléfono estaba encendido, pudimos oír su alegre musiquita electrónica, y creo que respondió mi camión despezándose de mala gana.

El empleado desgarró el vestidito de mi maleta, yo la abrí, extraje mi celular, lo apagué, y me encaminé hacia mi butaca en el avión, sin saber en qué idioma disculparme.

VIDA DE PERROS

¿Esa frase? ¿Pero cuándo diablos la dijo?

El policía, parado enfrente de ella, reflejaba su misma expresión estúpida, algo incrédula. Él no sabía nada, tenía en su poder una orden escrita que decía lo que decía. Ella aceptó acompañarlo sin protestar: en estos tiempos uno ya no sabe cómo actuar. Ya lo ve, todo por una frase.

En el tribunal la atmósfera era solemne. El juez, desde la altitud de su podio, miraba el mundo como un árbitro de tenis, para verlo mejor, más parejo. Ella objetó que no era tan así, que podía ver peladas ocultas con peinados complicados, tintes con raíces en crecimiento, sombreros maleducados y cabezas redondas o cuadradas, cabelleras rubias atractivas y también a los misteriosos pelirrojos, y otras características que distinguían a las personas y que podían despertar su simpatía o antipatía; pero su abogado defensor le sugirió que no expresara sus opiniones, que mejor callar; si hubiera callado no tendría problemas entonces.

La gran acusadora era una buena amiga, de esas que meten la pata por hablar sin ton ni son, y ahora, en la silla de los testigos, revolvió las manos como si preparara la mayonesa sobre el regazo cubierto por la falda amarilla.

Del otro lado, junto al fiscal, su vecina estaba sin los rulos en la cabeza, irreconocible. Lloriqueaba quedamente su tragedia, mientras que su marido, con manos de gigante, apenas si había tenido el tiempo de secarse el sudor de la frente, y allí estaba con la eterna camisa a cuadros de jubilado jardinero, con restos de hierba en los zapatos y las uñas sucias de tierra. Él fue quien encontró a Tobi muerto, era un trauma que le acompañaría por el resto de sus días, declararía más adelante durante la audiencia.

—Pasemos a los hechos —dijo el juez dando la palabra al fiscal.

El fiscal asintió y se dirigió hacia la testigo de cargo arrastrando la larga toga negra.

—¿Conoce a la acusada? —preguntó el fiscal a la amiga acusadora.

— Sí —respondió ella con voz mínima, continuando en batir mayonesa y deteniéndose solamente para señalarla con el dedo índice temblequeante.

—¿Puede repetir sus palabras, textualmente?

—Que mataría al perro, a Tobi, si seguía ladrando.

Revuelo de susurros de desaprobación, martillazo del juez, dedos acusadores de los animalistas que gritan pidiendo cadena perpetua, llanto desesperado de la vecina sin rulos.

Ahora comprendía. Ahora todo era claro. Pero si ella era incapaz de matar a una mosca, si lo había dicho como se dice cualquier tontería. Tiró de la manga de su abogado defensor, pero el gran letrado ya había planeado que era mejor que se declarara culpable para acortar la pena y para acortar el juicio; porque, como es sabido, un letrado no puede perderse demasiado detrás de un cliente cuando hay otros que esperan sus servicios y que propinan muchos billetes ambicionados por otras muchas huellas digitales que no temen ensuciarse al tocarlos.

Fue condenada a prisión. La guardaron en un calabozo de dos por dos, donde la visitaban de vez en vez, cada vez menos, algunos viejos amigos, salvo la que preparaba la mayonesa.

Transcurridos tres años salió en libertad, porque en verdad Tobi murió de infarto y de viejo, y no de veneno, pero nadie se había acordado de leer el informe del veterinario durante el juicio.

Fuera de la cárcel, ella seguía conservando esa expresión entre estúpida y sorprendida que le quedó impresa en la cara el día en que la

arrestaron, pero que celaba 1095 días de estupor, de encierro, de sol negado, de Tobi inundando sus sueños, de rencor... Volvió a su casa y reencontró a su vecino. Él siempre vestido de jubilado jardinero con su camisa a cuadritos, y su mujer nuevamente con los rulos en la cabeza y, para su gran sorpresa, un nuevo iguau, guau! Un nuevo perro, un nuevo Tobi, un Tobi 2 ladrando desde el alba al ocaso.

Con calma fue al desván y sacó de la funda el fusil del abuelo. Lo abrazó con afecto y disparó a quemarropa sin decirlo antes a ninguna amiga. Esta vez no cometería errores, no volvería a la cárcel, no confesaría nunca, no se declararía culpable.

Guardó el fusil en su funda y con su expresión entre estúpida y sorprendida se asomó a mirar del otro lado de la cerca la camisa a cuadritos agujereada que aún humeaba, mientras Tobi 2 le saltaba y ladraba moviendo la cola, haciéndole la fiesta.

Nota

¹ PARTE: forma vulgar que, después de la Guerra del 36, quedó como arcaísmo para referirse a las noticias diarias –o “Diario Hablado de Radio Nacional de España”– porque, después de ellas, se daba el llamado “*Parte Oficial de Guerra del Cuartel General de su Excelencia el Generalísimo*”.

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Myrs C.A. Mérida-Venezuela
300 ejemplares. mayo 2006